EL CIELO ALEGRE

ÍNDICE

	Páginas
El baño de los chiquillos	11
La Sombra	23
El Casorio	33
Tarde de Junio	43
La Fuente	51
La lluvia	59
Cuadro campestre	67
La faena de naranjas	77
La casa de campo	89
Buscando nidos	103
El paleto de visita	113
La peseta y el sol	125
La primera salida	135
La granizada	149
El riego en la huerta	157
La caja de pasas	169
El recodo del camino	181
El movimiento de las hojas	193
El doctor Centurias	203
El palo del telégrafo	215
El monton de basura	223
La trilla	233
Paisaje de Setiembre	241
Semana Santa en Sevilla	253

EL BAÑO DE LOS CHIQUILLOS

Bajo un sol que echa chirivitas, segun la expresiva frase de mi tierra; colocados de uno en fondo á causa de lo estrecho del camino; embadurnados los rostros de tinta de moras, y los trajes en estado de bandera hecha girones, avanza por el ejido adelante un buen golpe de chiquillos del pueblo, que llevan la premeditada idea de zambullir sus no muy delicados cuerpos en las cenagosas aguas de una alberca.

Los que componen la partida son Miguelillo, pequeñuelo gracioso y travieso; Rosendo,

criatura ágil y despierta, que lo mismo mete una pedrada á las ramas de un albaricoquero, que coje una lagartija en el campo; Hipólito, que así arrima una bofetada á su hermano más pequeño, como sube al más alto álamo por un nido; Caralampio, que declarada su vocacion contraria al magisterio y al sacerdocio, tan así degüella media docena de palomas al maestro, como apedrea al cura cuando vuelve de paseo hácia el lugar; Remigio, Estanislao, Sinforoso..... todos gente de pelo en pecho y armas tomar, forman el alegre núcleo de la cuadrilla de bañistas, que con promesa de pisotear, ante todo, el huerto del tio Canillitas, y de comerse todas las ciruelas y manzanas de las cercanías, bullirá, si Dios no lo remedia, dentro del espacioso estanque, y armará horrible tremolina, cada cual sentando su indiscutible derecho á la rapacidad, á fuerza de manotadas y coscorrones.

Viva la alegría, y vivan las *rabonas* á la escuela, que tan propicias se muestran al recomendable ejercicio de la natacion, acompañado de guerra á los árboles, paliza á las culebras, persecucion á los cigarrones é inauguracion de descalabraduras.

Con mucho manejo de pié y brazo y danza de cabriolas y zapatetas, la turba baja por la vereda de las Erillas, atraviesa el rio seco de la hondonada, tira unas cuantas piedras á la osamenta de un burro echada en el barranco, llega á otro cercano riachuelo que conduce por algunos sitios un tísico chorro de agua, coje en él varias ranas, que sopla con una avena y las hace dar el tronido entre piedra y piedra, y toma, por último, el camino que conduce á la huerta del tio Hipólito, el cual á aquellas horas ni sospecha siquiera, dormido en su casa del pueblo, que á su alberca se dirige aquel ejército invasor que tantas fechorías ha de llevar á cabo.

—¡Eh, muchachos!—dice de pronto Miguelillo,—el guarda baja por aquel repecho con la vara en la mano.

—¿A ver?...—dicen todos alargando la gaita.

—¡Por allí, mirad!—vuelve á insistir el llamado Miguel.

—¡¡Es verdad!!—añaden todos á la vez, y deslizan sus cuerpos uno tras de otro á lo largo de un espeso bardal de chumberas, ocultándose á la fatídica figura del guarda. Huyendo como ágiles perdigones, llegan á un

matorral de la orilla del rio, y en el hoyo que hay oculto en medio, se agazapan contra la tierra.

Formando una compacta pelota, y conteniendo las respiraciones, aguzan el oido y taladran con los ojos la maleza, esperando el paso del vigilante. Pronto pasa éste blandiendo el garrote en una mano y mirando á un lado y otro, mientras pronuncia terribles palabras á media voz.

¡Oh momento espantoso! ¡Quién no lleva grabado en su corazon el trágico instante en que, escondidos del vigilante campestre, le vîmos pasar rozando casi nuestros vestidos y empuñando el récio acebuche en la mano, del cual nunca más se nos olvidan ni las dimensiones, ni el grueso que mostraba, ni el rosario de nudos que habia de caer sobre nuestras costillas!

Despues que verificando algunas paradas y registros hubo pasado el terrible guarda, salió el primer charranzuelo del nido, mirando á la loma por la que traspuso el vigilante, siguióle asustado y receloso el segundo, saltó del escondite el tercero, fué en su seguimiento el cuarto, y así surgieron del matorral unos tras otros, mirando con insis-

tencia hácia el punto por donde se vió desaparecer al enemigo.

—¡Oye!—dice ya en el camino y en voz baja uno de los muchachos,—de buena zurra nos hemos librado.

—¡Digo! ¡y que la vara era floja!—añade acaso el más sensible.

—Pues no, que si se enreda á palos.....

—¡Pero no nos pilló! ¡matraca, matraca!—dice el más decidido, y se golpea con el puño cerrado en la palma de la otra mano.

Podrá creerse que con incidente semejante, la bandada de muchachos camina apresuradamente al pueblo; pues no señor, más que nunca decididos caminan hácia el estanque, y pronto las pedradas que suenan en los troncos de los árboles anuncian el paso del ejército invasor.

Tras una larga caminata en que han agotado hilo á hilo todo el sudor, han crucificado á varias lagartijas y han cortado el rabo á algunos lagartos para verlos dar brincos y saltos sobre el suelo, llegan al apetecido borde del estanque, donde una enmarañada cabellera de zarzas pone pálio rústico al profundo espejo de las aguas.

De seguida empieza el aflojamiento de ti-

rantes, los desenfadados *pongos* al aire para quitarse el calzado, y el presto caer á tierra de las armaduras, que dejan á la vista el bronceado cuerpo de los rapaces.

Libres de la enfadosa casulla, donde no hay punto que no muestre su agujero, empiezan el retozo y la algarabía en torno de la alberca, hasta que el principal nadador sube á un alto poste de ladrillo, y en presencia de todos dice: á la una, á las dos, á las tres (todo en los muchachos es á las tres veces), y juntando las palmas de las manos sobre la cabeza, y metiendo ésta entre los brazos, déjase caer formando un arco flexible y elegante, y va á perderse bajo las aguas, de las que apenas levanta espuma ni rumor; dá despues diestras paladas bajo el líquido, con la melena toda flotante y erizada, y se desliza como pez agilísimo que recorre las distancias de su vivienda.

Tras el largo silencio de la *calada*, en que ninguno sabe dónde irá á salir el nadador, rompe el muchacho el haz de agua con la cabeza, sacude con un movimiento perruno las gotas que se quedaron colgando de sus cabellos, y que se desprenden en perfecto círculo de su cabeza, y dejándose ir de nuevo dando

brazadas magistrales, queda con el líquido á la cintura enfrente del poste, donde otro chiquillo mueve desaforadamente los brazos como aspas de molino, y enarcando graciosamente el cuerpo, déjase ir con igual soltura que el anterior, verificando iguales movimientos.

Ya dentro de la alberca toda la ruidosa bandada de muchachos, uno gira sobre el pié hundiendo los dedos de la mano en el agua para levantar con un movimiento de rotacion una palma brillante; otro corre con torpe paso tras de un camarada, éste desaparece de la superficie y mientras nada debajo del líquido va tirando de los piés á los demás; aquél da gritos desaforados porque le parece haber sentido una culebra; el de acá es zambullido en el agua por dos compañeros que hacen traicion á su descuido; el de allá da saltos hácia arriba dejando al descubierto casi toda su escultura, y todos chapotean alborozados el barro y el cieno del fondo de la alberca, con igual deleite que si se hallaran dentro del baño de una odalisca.

Verificado todo el repertorio de brincos, hechos infinitos juegos, y vaciada á fuerza de manotadas gran parte del agua de la alberca,

la tropa cree prudente salir sin más detencion del baño, y unos encogidos los brazos, otros tiritando nerviosamente de abajo arriba, algunos con los lábios morados y arrecidos, y todos con una gota colgando de la barba ó de la nariz, van en direccion de su sayo respectivo, con un apetito abierto de pronto, que buena les aguarda á los manzanos y perales de uno de los lados del huerto.

Ceñidas otra vez las amarraduras, se deslizan rastreando en direccion á los espléndidos manzanos; rompen al paso porcion de tablas de hortalizas; destrozan con patente descuido los camellones; arrancan varias lechugas clavadas en el suelo, y dejan pelados de fruta los manzanos, con la misma destreza que un ágil barbero trasquila la cabellera de un quinto.

Bajo un verdadero toldo de fuego y de rayos empiezan luego su regreso hácia el pueblo por las mismas veredas, llevando una fruta verde entre los lábios, la piedra en la mano correspondiente, y el propósito firme de verificar la misma operacion al siguiente dia.

***

¡Negra y aborrecida viruela, sarampion

incorregible y delirante tabardillo! yo os desprecio en nombre de todos los chiquillos de mi pueblo, porque el sol podrá cubrir de espantosas llamas la tierra, podrá derretir y desbaratar los metales, podrá convertir en una inmensa pira la máquina universal, pero no podrá de ningun modo proporcionar una simple calentura á los malignos muchachos de mi lugar, porque los hijos de mi país llevan el sol disuelto y hecho licor de fuego por las venas.

LA SOMBRA

LA SOMBRA

VERDES escarabajos, gusanos de luz y luciérnagas de fuego, que vagando por los cálices de las flores y resbalando por las hojas del musgo, servís de estrellas en la noche llena de fantasmas y de tinieblas; prestad vuestros fosfóricos reflejos á mi pluma, hoy que quiero resbalar por las sombras, como espíritu invisible, y pintar los secretos y misterios de la noche.

Y vosotros, calados de luz misteriosa, que como blonda impalpable os moveis al rumor del viento sobre los bordes de los estanques, y en el fondo de los bosques; prestadme vuestro encanto irresistible, y haced que al con-

juro de mi palabra se desprendan de los árboles y de los peñascos esas formas intangibles y vaporosas llamadas tinieblas, que al primer rayo del dia huyen á replegarse en su orígen, así como el alma, rota la crisálida del cuerpo, va á replegarse en su Dios y á bañarse en la luz increada.

Arrastraba la tarde con pereza su dorado séquito de luces y arreboles por los picos de las montañas y por las altas laderas, y empezaba la hora de los recuerdos y de las tristezas, cuando buscando á mi cabeza dulces hálitos que la refrescasen de los trabajos del dia, comencé á caminar por espeso bosque, donde los pinos y las encinas recibian anticipadamente el crepúsculo bajo sus copas, y donde los remolinos de hojas secas venian á estrellarse á mis piés, á medida que allá, tras las columnas de los árboles, encendia el crepúsculo sus reverberaciones de fuego entre nubes calientes é irisadas, que ya simulaban caprichosas sierras africanas, ya séres y árboles de un mundo aéreo y desconocido donde todo resbalaba sin rumores, ya lagos inflamados de oro, que temblaban bajo naves de abierto velámen, ó ya sucesiones y sucesiones de playas serenas y dormidas, tras de

cuyos límites creíase adivinar ciudades no conocidas de los hombres, y misteriosos palacios donde habitarian séres de extraño orígen y de costumbre ignoradas.

Las hojas crujían, crujían bajo mis piés como un rumor de ayes y de gemidos, como una triste música de Diciembre, donde van envueltos recuerdos y esperanzas, rumor de toses prolongadas de débiles enfermos y monótonos golpes de gotas de agua, de esas que en la oscuridad de las criptas labran su encaje de piedra entre la humedad de las rocas seculares y el acumulado polvo de los siglos.

En los distantes paseos invadidos de gente, oíase el rumor unísono y prolongado de infinitos carruajes que marchaban de regreso á la ciudad, simulando un estruendo de olas al romper contra los peñascos: las luces de sus doradas linternas veíanse entre las tinieblas del crepúsculo resbalar unas tras otras como rojas pupilas ó como chispas de gigantesco incendio barrido por el soplo del huracan.

Bajo las copas de los pinos agarrábanse las sombras á las negras arcadas, y el celeste tapiz del cielo daba fondo á los troncos de los árboles, parecidos á cuerpos de titanes que alzaban sus brazos á las alturas.

Pronto las sombras cayeron con lenta pesadumbre; la luna ensanchó su disco sangriento en el horizonte, y se mostró en medio de su eterno silencio bañada de tristeza infinita.

Al contraste de la suave claridad, resaltaron más vigorosas las sombras en torno mio, y cribáronse en mil accidentadas formas y figuras, que convirtieron el fondo del bosque en un fantástico pavimento, empedrado de chispas de plata.

Las distantes campanas de las iglesias, repitieron en medio de la apacible quietud el sereno toque de oraciones, á cuyo aviso parece como que todo queda en suspenso, que los rios se paran, los árboles pliegan en silencio sus hojas, los remolinos del aire se duermen colgados de las ramas, y los espíritus hincan en tierra la rodilla, para repetir con voz entrecortada y balbuciente: ¡*hosanna*! ¡*hosanna*!

Levantándome del asiento en que estaba, dí algunos pasos, que sobrecogia lo solemne de la naturaleza, por las naves del bosque. Apenas me habia erguido de la tierra, desprendióse de mi cuerpo la perpétua sombra que me acompaña, y fué á posarse callada-

mente en el suelo, como enamorada rendida que implora una caricia de su soberano.

Entonces observé todas sus mudas evoluciones en torno mio; ví cómo se arrastraba con sigilo y quedaba en actitud de acecho si por acaso me paraba; cómo fatalmente seguia mis pasos uno á uno, y aferraba su cuerpo de murciélago á mis piés, de los que no lograba desprenderla; cómo movia brazos y piernas, remedando mis propios movimientos, y cómo achaparraba su figura alzando desusadamente los hombros y doblando el irrisorio cuerpo, no de otro modo que si me hiciese burlas y bufonadas.

Me detuve; se detuvo; tomé asiento, cansado de luchar con mi enemigo, y ví cómo tambien la sombra se inclinaba á disputarme el tosco peñasco, quedando doblada sobre el césped.

El perfil de mi rostro dibujóse entonces enjuto y afilado sobre el suelo; miré cautelosamente de reojo si la vision me miraba, y cautelosamente volvió ella tambien el rostro para mirarme. Entre las manchas de la luz, enrejadas de ténues ramillos, intenté poner á salvo de sombra todo el aéreo perfil, y sin poder lograrlo, daba á veces con la frente en

una masa negra que me hacia parecer mónstruo nunca visto por ojos humanos; ya aplicaba la boca á la silueta de un tronco, asemejándome entonces á endriago terrible que arrrojase chorros de tinieblas; ya me convertia en pez de brilladoras escamas fingidas por el salpicado de luna; ya tomaba aspecto de ser apocalíptico de espalda levantada, orejas de trompeta y hocico de elefante; ya se destacaba mi cabeza sobre el suelo como empenachada trompa de cínife gigantesco, que veia por dos esferas de claridad; ya, por último, al más leve movimiento de mi cuerpo, notaba el paso del aéreo perfil á través del encaje luminoso, que ponia sobre mi cabeza rayas de plata y líneas intensas de negrura.

El contínuo ascender de la luna, que por fin hirió mi cuerpo desde lo alto, replegó la sombra en torno mio. Mi enemigo, la sombra impalpable de mi cuerpo, muy parecida, en lo tenaz, á la conciencia, vino entonces á abrazarme trémula y callada.

Solo así, libre ya de fatigas, y arrojados los fantasmas de mi cerebro, pude emprender el regreso á la capital, á esa hora en que los grillos acentúan el silencio con su estridente y monotona canturia.

La luna volcaba su lluvia de rayos desde el cenit: las sombras caian á plomo sobre la tierra...

EL CASORIO

A mi amigo D. José María de Pereda

EL CASORIO

CAVILA que cavila, y luego borra que borra, mi magin anda, á lo que entiendo, mal mezclado en lances de caballería, con asuntos relativos á mi miseria; así es que desde larga fecha acá, no estuvo preparado mi ánimo á zambra ni jolgorio; pero hoy, sacando fuerzas de flaqueza, y haciendo, como el que dice, de tripas corazon, lánzome sin más ni más á un cacareado casorio que hoy tiene alborotado el barrio, no motivando la alegría lo cómico y contrahecho del novio, ni los perendengues y ringorrangos de la novia, sino antes bien ese afan de la gente de sacarle á todo partido, siquiera sea á lo más sério, y oir y ulusmear lo que hay, lo que habrá de haber y lo que

ya pasó, sólo por el prurito de tomar vela en todo entierro y de meterse en lo que maldito le importa.

Para dar comienzo á esta mi pintura, forzosamente habré de empezar por los contrayentes; que nunca jamás se vió edificio sin cimiento, árbol sin pié y pleito sin armadores de litigio.

Empezaré por Anacleta, que á ella habremos de dar la preferencia, y diré que la moza nació y espigó su talle en pleno y espacioso barrio, dando palique y cantaleta á cuanto dulce gitano, chalan faraudulero é hijo de madre arrojóle al paso sus decires, que ella recompensó con derroche de cuanto Dios crió, no todo, por supuesto, exornado de aquellos dulces recatos que hacen más interesante á la doncella, ni de aquel miramiento, órden y compostura tan necesarios al expediente.

Anacleta tuvo la fortuna, que fortuna puede decirse, de enamorar, y enamorar de veras á Aniceto, gitano modelo de agilidad en el yunque, suspirador de amores á la guitarra y embaucador irresistible de cuanta persona quisiera oir su cháchara, más si la persona consistia en una linda mozuela.

Feo era en verdad Aniceto, á quien la naturaleza habia llenado el rostro de dificultades, el alma de atravesados fines, y habia puesto en su cuerpo una ligera curvatura que más acentuaba su fealdad; pero ¿quién repara en pelillos cuando el corazon dice «allá voy,» si á los amores se refiere, y quién es una moza como Anacleta para decir «arre allá» á todo un rendido gitano de tijera en cinto, sombrero de catite y macho levantado sobre el yunque?

Sin parar uno ni otro mientes en nada; y sin meter la mollera en cábalas de este ni del otro jaez, Anacleta y Aniceto concertaron las cosas como Dios manda, y el barrio entero fué testigo de aquel anochecer en que, despues de arras y epístolas, salieron de la iglesia y se encaminaron á la fragua, donde habia de festejarse el casorio, segun y como correspondia al mérito y popularidad de los novios.

Plegado estaba el fuelle en señal de alegría, y más firme que de costumbre hallábase atado en un extremo de la sala el trasquilado *rucho*, pasion y gloria del gitano, que mordiendo los granzones de un desportillado jergon, lecho nupcial de los desposados,

mostraba en el cuello y la carona la afiligranada labor de tijera de que era capaz el contrayente, el cual le sembró de arabescos á su sabor, y sobre la parte trasera del animal grabó á punta de tijera un vistoso letrero que decia: *¡Viva mi dueño!*

En el otro extremo de la estancia, una vieja atizaba la candela, acurrucada junto á la hornilla, y el líquido preso en el puchero borbotaba con intenso ruido, como si estuviera ansioso de salir y caer en el estómago de los convidados.

Pronto fueron estos apareciendo y colocándose sobre tarugos de madera ó sillas desportilladas; y acudieron tantas personas á cumplimentar al feliz Aniceto, que en breve vióse reunido en la fragua cuanto golpeador de yunque, gitano esquilador ó cosa parecida, hallábase rociado por el barrio, sin menoscabo de llegar cada cual acompañado de novia ó gitana conocida, que al final habria de animar la fiesta con palabra ó con obra y dar más rumbo y donaire al espléndido y típico casorio.

Allí estaban, dando al aire manotadas y desaforadas voces, Anacletona, madre de la novia y mujer de Juan Trasiega; Perico el

herrero, con su faz enjuta, cuello cubierto de tirabuzones y patillas á la andaluza; la Sinesia, célebre cantadora y tocadora, con su obesidad exuberante, su rostro pecoso y su lanzada de claveles en el rodete; Felipe Tijereta, propietario de otra fragua del barrio, acompañado de su prole, toda descascarada de vestido y dada de súcias pinceladas en el rostro; tambien descubríase allí á Remigio Esquilapelo, colocado al lado de su novia, que le colgó más bofetadas en el rostro que flores en su peinado; Mediavida, con tijera al cinto, chaqueta acairelada y pechera á ramos; todos alardeaban en rumbo y gallardía, y entre todas las figuras destacábase la de Aniceto, que, bajo el sombrero de catite sembrado de morillas, lucia un cuello de camisa lleno de ringorrangos, chaqueta con ramo de trencillas á la espalda, faja color de fuego que asomaba bajo la chaqueta, mangas abiertas en las muñecas y cuajadas de botones de plata, y, por último, pantalon de inmensa campana que dejábale el pié á cubierto, y que bamboleábase doblándose en largos pliegues cada vez que el gitano daba una pisada con la mano en la cintura, haciendo ver á la concurrencia que él era Ani-

ceto, mozo de encastillado mérito y persona toda ella de valer, desde la punta del zapato hasta la punta del sombrero.

Ande la broma, llénname este vaso, dame ese mendrugo, echa acá esa tajada y caiga la sangre de Cristo en las copas, que todo ha de ser danza y marimorena, y no ha de resonar otro grito que el de viva la Pepa.

Cucharada al plato, cuscurro á las encías, trago á la garganta, la fiesta bulle y resuena en el fondo de la fragua, entre cuya baraunda estallan de pronto las voces de una pelea.

Es de gitano á gitano, y se debate sobre el trato cerrado de un borrico.

—Engañásteme, endino, que el tal pollino es todo un fino primor, y no me pagaste un casco siquiera del probete.

—Paguéte lo convenido, y el trato cerróse por cima de los esperavanes del rucio, que no saltaron á tus ojos, á lo que entiendo.

—¡Nadie toque á esa prenda, que las ofensas al rucio viénenme á mí por derecho, y nadie premito que le toque al santo pelo!

—Ten la fiesta en paz, Catite, que á lo mejor salto y no sé si te doy.

—Pues toma antes de eso para la tu cara.

Y despues de resonar una bofetada, líanse uno y otro á los brazos, en forma de escudo, las chaquetas, y hacen recrujir los muelles de las navajas, abriéndose de piernas en el suelo y comenzando *mojada* tras *mojada*, entre el griterío de la gente y el intervenir de los convidados.

Saltando uno sobre otro, con los codos á la defensa, miden la mal enlosada fragua; corren á un extremo los demás personajes, y los dos firmes gitanos, aquí rozo, allí pincho, allá tropiezo, se agitan en lucha desenfrenada hasta dejar correr al suelo las gotas de sudor. Por fin el más diestro encamina bien un golpe de navaja, y clava contra la pared á su adversario, que lanzando un imponente terno y haciendo varios *relampaguzos* con los ojos, da de bruces en el suelo, revuelto en un raudal de sangre.

Un espantoso grito sale de todas las bocas, y la gente rodea al herido, haciendo toda clase de aspavientos de ascos por la sangre...

***

Así fué, lector, como llegó á su fin la animada fiesta de mi cuadro, sucediendo

esta escena al rayar el dia, y á tiempo de resonar en las otras fraguas los primeros repiques de los martillos sobre el yunque, arrancando al hierro candente salvas de oro, con que los gitanos tocaban á muerto por el compañero fenecido al glorioso envite de navaja.

TARDE DE JUNIO

TARDE DE JUNIO

Allá en un punto de la atmósfera, donde viene á hacerse visible el tul de niebla que la tarde echa sobre los campos, hiere el sol una inquieta molécula que va y viene por los aires, voltea como diminuto gimnasta, verifica mil y mil evoluciones, y tiembla como si se hallara en una superficie de azogue.

Es un insecto microscópico, que aprovechando esa hora de la tarde en que nadan en el espacio millones de átomos y reflejos, zambúllese en la atmósfera de fuego inflamando su cuerpo de gasa, y deshace su vida en alegría, como si se hallara dentro de una campana de oxígeno. Es el baile de fin del dia que danza el átomo alborozado.

Por el horizonte, donde vivas rayas de luz

ofuscadora ensangrientan con energía los celajes, adelanta, blandiendo sus duras alas, un habitador de los campanarios de las iglesias, y trazando bruscos ángulos en el aire, explora el horizonte con valiente mirada.

Sus uñas de garra, de una fuerza increible, van encajadas unas con otras y recogidas por modo instintivo bajo las plumas: su cabeza achatada y grotesca, de un aspecto salvaje, recuerda lo brusco y árido de las aristas de piedra de su nido; su cola se tiende con valentía para sostener y guiar á modo de timon la pequeña nave aérea, y sus alas más parecen dos negros cuchillos que cortan y rebanan el aire.

La molécula, cada vez más cerca del pájaro, redobla sus evoluciones y tiembla en la atmósfera luminosa; ya salta, ya se hunde, ya surge de nuevo, y siempre voltea con prodigiosa habilidad. El pájaro acaba de poner los ojos en ella. Siguiendo la línea recta en que vuela, llama á un lado y otro rápidamente con las alas, desliza su negro cuerpo con violencia, y embiste con el pico á la molécula. En el cuerpo de súcio ébano del pájaro, entra por fin el átomo de oro del insecto.

Consumada esta ley universal, el ave pía alborozada y huye á incorporarse con la legion de pájaros que haciendo círculos sin cuento, rodea, trazando indescriptibles laberintos, el empinado cimborrio de una iglesia. Sobre el dorso de los habitantes del aire, la luz resbala á un lado y otro desviando oscuros tornasoles é irisados reflejos. Vista la legion desde la alta veleta de una torre, el aspecto que presenta es original: un pájaro traza ángulos, otro describe círculos, aquél vuela en marcha horizontal. Todos se juntan formando compacto hormiguero, y ninguno choca con el que se aproxima. A veces, tras de un pájaro que penetra en su nido, entra precipitadamente otro que levanta con las alas al rozar en la piedra un suave rumor de seda; penetra seguidamente un tercero, y al punto salen los dos últimos fuertemente agarrados con las garras y sujetos con los picos como una sola bola de plumas y furor; voltean con dificultad en los aires, chocan con fuerza en los paredones, gritan con poderosa furia afianzando más y más su presa, y dan un tremendo golpe contra la tierra, donde aún revuelven las alas como fieros cortantes; saltan algunas plumas sobre el suelo, y

sepáranse por fin tras una récia embestida. Rastreando despues sobre la tierra y golpeando con la extension de las alas, adelantan hácia una pequeña altura, mueven los vuelos apresurados, y suben á la region del aire, donde tornan de nuevo á sus evoluciones.

Todo es en el cielo esplendor y alegría; el horizonte es un océano de luz que se interpone entre los ojos y las distancias, y envia ráfagas rosadas á las alturas, por donde siguen su paso silencioso los celajes.

La ciudad resuena con el enorme bullicio de todos sus séres y el estruendo de los juegos infantiles. El paisaje de tejas, uno de los de mayores encantos, muestra sus particulares figuras en las blancas palomas y en los pájaros prisioneros, asomando tambien por impensados miradores sus bellas cabezas, las mujeres que sueñan al caer el dia con séres amantes y citas misteriosas.

Allá, en la serena cumbre del cielo, golfos azules sucédense á golfos azules, en los que ni la más leve mancha de color turba la pura serenidad del ambiente. Las sombras de los árboles se alargan desvaneciéndose y perdiendo su intensidad, y entre sus ramas

truena la resonante algarabía de los gorriones que tambien tienen su fiesta cerca de la hora del crepúsculo. En los lejanos cierros de cristales finge la luz deslumbradores incendios, por cima de los cuales destacan las altas chimeneas sus escalonadas flautas, donde á veces suele el viento producir los roncos acordes de la tempestad.

Las ramas enseñan al trasluz los finos calados de sus hojas sobre el fondo azul del cielo, y sube por los aires con serena majestad el último penacho de humo de los talleres y las fábricas, que anuncia la hora del descanso á los trabajadores.

Entonces es cuando nadan más pájaros é insectos en el último rayo de sol; la mosca zumba y voltea: la avispa vuela con la postrera mota de cieno á su panal de barro; la mariposa revolotea y va á posarse en el tallo de hojas, donde ha de ocultar su bello muestrario de colores, dejando convertidas en una sola hoja sus dos alas; la abeja huye á la colmena con las patas teñidas de amarillo; los insectos apenas perceptibles forman luminosos remolinos bajando y subiendo sobre el remate de los árboles, y la araña, por último, deja su flotante hamaca de hilos de luz

colgada en la punta de los álamos, y se descuelga hasta el suelo por la hebra levísima que la suspende.

Los pájaros se dispersan; la luz cierra sus ojos; el crepúsculo se apaga. La noche alza entonces en el cerebro humano la legion de los sueños, y con callado sigilo pone en los ojos la venda de la sombra.

LA FUENTE

LA FUENTE

Fué una noche de más breve duracion que un segundo. Atestada de sueños y vanos delirios la cabeza, me habia sentado al borde de la fuente donde tantas veces descansé, mientras contemplaba el grandioso cuadro de la naturaleza. Aquel manantial habíame inspirado las primeras canciones de la poesía.

Entre dos altas sierras que dejaban ir hasta el valle sus largas túnicas de piedra, la rumorosa fuente íbase cubriendo de tinieblas, á medida que el crepúsculo descendia sobre los pliegues del agua; por su fondo deslizábanse, reflejadas, como fantasmas, las nubes blanquecinas, rozando el fingido pavimento sembrado de esplendorosas estrellas.

El agua que afluia al manantial, caia gota á gota por las quiebras y hendiduras de las peñas, y resbalaba formando madejas y rosarios, hasta sonar como ecos de un instrumento en la superficie cristalina.

Era la hora en que acaso las pequeñas *xanas* hilaban sus madejas de oro, para, al brillo del primer rayo de luna, romper con su blanco cuerpo la superficie del manantial, y tender en las rocas los hilos elaborados en el fondo misterioso de sus palacios.

Quizás tras de los picos de la sierra, que lejos mostraba sus dientes y gárfios sobre el negro fondo del horizonte, convocarian las brujas á bullicioso aquelarre, y trasgos, gnomos, endriagos, mónstruos no conocidos, y séres que se desvanecen al primer rayo del sol, prepararian ronda fantástica girando en torno de algun peñasco.

¿Qué buscaba en el borde solitario de la fuente? Nunca supe explicármelo. Acaso el misterio de la noche cuando llega con su cortejo de tinieblas, quizás la soledad misma con su recitado de las leyendas del silencio, que invaden el espíritu como voces de esferas superiores.

El agua caia armoniosa, caia dulcemente,

y rodaba en hilos sonoros por los cáuces de las peñas, y se perdia en la superficie tersa del manantial.

Ya remedaba su música lejano y vago concierto de gritos y choque de espadas que allá en imaginarios desafíos resonaban entre los ramajes del bosque; ya prolongado galopar de caballos, semejante al de la entrada de Ciro en Babilonia, mientras Baltasar presidia la expléndida cena, Daniel, asustado, deletreaba en los muros las cifras misteriosas, y los vasos sagrados rodaban en la orgía, preludiando el combate al estruendo de las canciones báquicas; ya semejaban chasquidos y besos de copas finísimas, ó sonoros derrumbamientos de cristales, que caian, caian sonando cada vez más lejanos, no percibiéndos allá á lo último sino vagos ecos surgidos del fondo de los abismos; ya suspendian los oidos inefables armonías, como de expléndidos mares helenos, donde cantan nereidas y náyades bajo las ondas; ya salmodias y misereres, como entonados en catedral oscura por las voces profundas de los saderdotes; todo, rumores, gritos, canciones, lo mismo el fragor de horrísona batalla, que el dulce zumbar de los insectos, llegaba con fasci-

nador halago á mis oidos, adormeciéndose mi espíritu al son de la mágica leyenda de las aguas.

De pronto, un rayo de luna cayó sobre el manantial, y rozando primero las aguas, inundólas de luz pálida y azulada, ciñó sus círculos temblorosos de reflejos suaves, y atrevesó la cristalina superficie, internando sus hilos de luz hasta el fondo mismo de la fuente.

Al contraste de claridad y de tinieblas, la imaginacion evocó todos los delirios de la tierra, y una ronda de fantasmas y espíritus giró en torno de los árboles, entre la lobreguez de las hojas, bajo de los pliegues del agua y en el suelo mismo que hollaba con mis plantas.

Al mener suspiro del viento crugian cautelosamente hojas, tallos y ramas, y los calados de luz pasaban de un punto á otro dejando bandas luminosas en el aire.

Embargado por tan vagas emociones, mi espíritu cayó en dulce soñolencia, y hora tras hora rodaron lentas y misteriosas las de la noche sobre mi espíritu, alhagado por el sueño y los rumores de la fuente.

Cuando abrí los ojos vuelto de mi letargo,

el sol hacia su entrada triunfal en los cielos, y su primera chispa luminosa deshizo cuanto vano delirio pudo idear la fantasía.

Las luchas encontradas de la vida, el combate de anhelos y pasiones que nos devora, los ayes lanzados por el dolor, la carcajada de la loca alegría ¿serán acaso no más que la confusa leyenda del manantial, ó la engañadora noche de luna?

LA LLUVIA

LA LLUVIA

Envuelta en el blanco cendal del aguacero, la casa de campo aparece sumida en hondo y profundo letargo, lo mismo que si hubiese llegado la hora de su ruina. No se oyen los rumores del trabajo de los campesinos, ni el trasiego de la gente al ir y venir de la tarea, como tampoco se solazan en el corral las gallinas, ni vuelan sobre el tejado las palomas: antes bien, las unas dejan escurrir por su traje de pluma el contínuo gotear del agua, y las otras ahuecan el abultado cuello metidas en el palomar, y asoman la cabeza por las ventanas, abismándose en la infinita quietud del paisaje.

Los charcos brillan en el empedrado del cortijo como claros espejos, y su cristal vése

roto por el contínuo repique del aguacero, que, á cada gota que arroja, levanta á la altura de una pulgada una pequeña cabecilla de agua, que al punto inclínase sobre el suelo, y vuelve á sepultarse en el charco.

Los montes lejanos aparecen cubiertos de rayas diagonales, y de una blanca gasa que más se espesa cuanto más distante la percibe la vista allá en los lejanos horizontes.

¡Son de ver en el campo los árboles, con sus retahilas de gotas suspensas de las ramas, y sus cortezas lavadas por la lluvia. El caracol que en ellas petrificóse durante el verano, ablanda su extraña gelatina entre el contínuo resbalar del agua, y removiéndose torpemente, echa fuera los pequeños tentáculos y comienza á trazar una vía de plata sobre el arbusto. Los insectos ocúltanse en el dorso de las hojas y en los huecos de las piedras, y allí duermen sueño profundo, mientras la hormiga sale, por rara casualidad, de su granero, y sube tallo arriba con una pequeña gota á las espaldas, como nuevo Sísifo condenado al terrible peso de una lágrima. Los canalones de la casa hablan con hueca y pomposa oratoria, dando chasquidos y palmetazos contra el suelo. Las demás canales

recitan sencillamente la monótona cancion del invierno, cayendo en determinados sitios, donde, como perennes buriles, abren estrechas hendiduras, y cada cuenta de agua que entra en ellas, ábrese en palma brillante, que salpica los muros vecinos. Los pájaros vuelan silenciosamente entre las breñas; saltan de una á otra tarama, alzan la cola al parar el vuelo, picotean distraidamente en la tierra, y vuelven á volar en cualquier sentido, como quien no está sujeto á programa.

Una hormiga rubia, llega lentamente al escalon de la casa, indagando y parándose para escuchar, y llama la atencion de la mujer que cose tras de la puerta: deja ésta entonces la costura, quédase fija en el animalejo, y lo sigue en todas direcciones, hasta que, subiendo marco arriba, desvíase de un lado de la pared, y desaparece cerca del alero.

El ruido informe del agua penetra en los oidos de la mujer, y empieza á contarle tales cosas de héroes de leyendas y de personajes de poesía, que la mujer acaba por creer lo que dice el agua, y sin mover dedal ni aguja, queda con la vista fija en las poéticas lejanías, y observa las avalanchas de aguaceros

que aparecen tras de los montes, con sus largos y ondulantes cables; vé cómo van llegando los velos blanquecinos hácia ella, los cuales dejan de ser blancos cuando se manifiestan á cierta distancia; contempla allá en una ladera el atravesar por las vides de un alegre zagal que conduce á una mansa bestia, y que, á despecho de la lluvia, adelanta con paso tardo; clava luego la vista en las masas de vapores que cruzan el cielo, apenas señalando sus contornos entre el tono gris que las envuelve; vé llegar nuevos ejércitos de aguaceros asomando tras de los montes, y sus ojos acaban por adquirir una vaga é indefinible aureola, que los hace parecer ojos de loco, hasta que, arrancada la mujer á su éxtasis, mira en torno de sí algo sorprendida, clava el dedal en el dedo correspondiente, y arroja un involuntario suspiro, mientras torna al hilo de su tarea.

En esto entra apresuradamente en la casa una gallina que salióse del corral por un agujero, y que á todo correr busca refugio, agachando, acobardada, la cabeza, y haciendo largo chupon de la cola.

Ni un destello de sol se percibe por ningun lado. Tonos pálidos y suaves imperan en el

horizonte, cerrado con obstinacion á los rayos de luz.

Entre el deshilacharse de la lluvia, llega de una manera lenta y confusa la voz de la campana del pueblo, donde las mujeres cosen igualmente detrás de las puertas, y los chiquillos recorren las chumberas, sin temor á la lluvia, tratando de engañar á los caracoles con la repetida cantata de *¡caracol, sal, sal y verás el sol!*

En el cortijo es mayor aún el silencio.

Con su acompañamiento de tristezas llega el crepúsculo, y empieza á cobijarlo todo en sus pliegues.

Ya de noche, las personas de dentro de la casa, al pasar por delante de la puerta, creen ver esta cubierta de un paño negro formado por la sombra, muy semejante al que fingen los nichos vacíos en los cementerios.

En tanto que el gato permanece clavado en la ceniza, y el candil rasga con punta de oro las tinieblas, óyese únicamente el rumor de una gota que entra por el techo, y que hace de reloj, redoblando con golpes lentos é isócronos en el plato que la recibe.

CUADRO CAMPESTRE

CUADRO CAMPESTRE

RETREPADO en una silla que apoya contra la pared de su cortijo, se halla el tio Benedicto fumando un sabroso cigarro, y á través de la gasa azulada de humo que le envuelve, puesto que él ha de presidir la accion de nuestro cuadro, vamos á hacer su retrato, seguros de que habrán de convenir, que lo que es como simpático, el tio Benedicto, aunque viejo, pone muy alta la bandera, y no hay que venir con coplas ni canciones y hacer signo de que nó, porque no quita lo cortés á lo valiente, y el tio Benedicto es simpático por cima de todo lo que se quiera argüir en contra.

Diré, pues, que la persona del viejo, empieza en su altura por una resplandeciente calva, orlada de cabello, tan así cano, como así negro; sigue á la calva una frente llena de claridad y de blancura, más parecida á frente de hombre delicado que piensa, que de humilde labriego; arranca bajo ella una nariz rosada y aguileña, airosamente encorvada sobre un bigote canoso y recortado con pulcritud; hacen compaña á la nariz dos ojos dulces y de mansa expresion, donde las negras pestañas se juntan en apretados hacecillos que dan algo de incitante á la mirada, y cuando alguna, muy escasa vez, se sonrie, su semblante se envuelve en una expresion tal de sinceridad, y hasta diremos de honrada franqueza, que no hay más remedio que rendir parias y decir: «este es un hombre á carta cabal.»

Sosteniendo en las manos un libro abierto, sobre el que cae la sombra de una pámpana como la de una enorme mariposa, el tio Benedicto observa, el golpe de gitanos que bajo la parra hace sus oscuros fruteros de vareta, y los grandes haces de tallos que se apoyan contra la pared, algunos de los cuales llegan con sus puntas á los balcones de

la casa, llenos por supuesto de vistosas macetas de claveles, que asoman sus flores por entre los hierros.

En derredor de la puerta del cortijo, hay una verde colgadura compuesta de madreselvas y rosales, que al escalar la fachada, dejaron sobre las paredes brillantes grupos de flores, y pusieron marco pintoresco á las ventanas.

Por una de estas, asoma entre tiestos de albahaca la limpia y brilladora alcarraza, con sus labores en el vientre y su historiada tapadera.

Las jaulas de los pájaros se ven tambien colgadas en la puerta. Junto á los palos de la enramada hay esteras y tablas viejas que sirven de resguardo á las lagartijas; un sombrajo de matas cubre la redonda boca del pozo, el cual ostenta su cubo atado á la punta de la cuerda y su garrucha por donde la soga se desliza; dentro de un tiesto de lebrillo vése junto á la pared la húmeda masa del *afrecho*, donde van á picar las gallinas; un aguerrido ejército de palomas recorre el caballete de tejas de la casa, y un pavo real, colocado bajo un limonero, abre su espléndida cola, revolviéndose á todos lados, para

enseñar la vistosa opulencia de sus plumas.

El grupo de gitanos destácase bajo la sombra de la *enramada*, y cada cual tiene á la derecha un haz de tallos dispuesto á la labor.

Con cuatro varas fuertes y vigorosas hace uno de ellos una cruz, que afianza por el centro, y arqueando las puntas hácia arriba, forma con ellas el esqueleto de un frutero, que despues va vistiendo de vareta, mientras otro gitano le imita en la faena, y otro concrétase á remendar capachos y canastas, revolviendo las *vardascas* con maestría.

Una tostada gitana, hija del caporal de la cuadrilla, y novia de un trabajador, ha ido tambien contratada al cortijo para dedicarse á la labor más fina, como es la concerniente á canastos de costura, cenachos de espeso tejido y algun *dije* que tuvieran á bien encomendarle.

El aspecto del cuadro, es por extremo característico. Rostros de hendidas facciones, cuellos negrísimos como el cordoban, rizos enmarañados en torno de los hombros, patillas de boca de hacha, que dan mayor relieve á la pintura, pañuelos á modo de casquetes en la cabeza, cuyas puntas se recojen sobre la nuca; todo reviste el encanto y

los colores de un acabado cuadro de género.

Entre la gente de la cuadrilla, hay gran animacion y alegría. Varetazos dados al aire, golpes de puño qua caen sobre el trenzado de la labor, inclinaciones de cuerpo, que revelan el entusiasmo por la tarea, risas, denuestos, términos pronunciados en *caló*, todo confúndese y entrelázase en medio del mayor estruendo y de la más bulliciosa algazara.

De pronto, la dulce voz de un gitano deja escapar la siguiente copla, que traza una estela de armonía en el aire:

Trabaja mi vida,
tuerce la vareta,
que mañana tendremos *chorreles*
que por tí la tuerzan.

La única voz femenina que habia en el cuadro, respondió á la bien entonada copla con esta que decia:

Quien un cesto labra
jará mil quinientos,
lo que me interesa es que tus *quereres*
nos lo lleve el viento.

El gitano volvió á cantar:

Tuerce la vareta,
tuércela, gitana,
que los mis *quereres* están más seguros
que el sol en tu cara.

En el entre tanto, los fruteros que van quedando terminados, encájanse unos dentro de otros hasta formar pirámide, y los cenachos salen rodando por el suelo, mientras los haces merman con prodigiosa rapidez, y quedan al cabo reducidos á simples *ataderos*, que son partidos para hacerles arder en la candela.

.....

Cuando allá, al caer de la tarde, los gitanos fueron entrando uno tras otro dentro del cortijo á recibir su salario de manos del tio Benedicto, cada cosa colocóse en su sitio, y la puerta de la casa fué cuidadosamente barrida por una criada, que sacudió la escoba contra una piedra, al concluir.

Sentóse luego el tio Benedicto en el umbral, y entre las primeras sombras de la noche vió á lo lejos adelantar la alegre caravana de los gitanos que atravesaban por trochas y veredas en direccion al pueblo; y cuando apenas se veian las figuras del cuadro perdidas en la distancia, oyó llegar has-

ta el cortijo, entre los sones poéticos de las esquilas y el canto monótono de los grillos, la dulce voz del gitano, que de nuevo repetia, cruzando por los cañaverales y las fuentes:

Tuerce la vareta,
tuércela, gitana,
que los mis *quereres* están más seguros
que el sol en tu cara.

LA FAENA DE NARANJAS

LA FAENA DE NARANJAS

MERCEDES la trinitaria atraviesa todas las mañanas el puente de Guadalmedina, á eso de las siete, y se dirige á la faena de limon y de naranja establecida en la calle de Peligros, recogiendo antes de llegar, en las abiertas y nerviosas ventanas de su nariz, el olor intenso del fruto, tan tónico y agradable á los nervios, que dijérase lo muerde y masca el olfato, así como los dientes muerden y mascan los cascos fragantes, llenos de breves granulaciones.

Como decir faenera quiere decir tanto como gracia, chiste y lances de amoríos, todo en una pieza, Mercedes, que en cosas

semejantes va pensando, aprieta y repiquetea el paso, con extremecimiento de la flor que lleva en el rodete, para antes de que lleguen las demás compañeras, y se crea justo comenzar la tarea, poder echar su *ratico* con el que á la presente le da palique y cantaleta, el cual es, ni más ni menos que el dependiente mayor de una casa de comercio sita en la misma calle, y que, aunque se nombra dependiente mayor, es en verdad el más chico de cuerpo de todos los compañeros de oficina, tanto, que su estatura hace resaltar bastante la pluma que suele ponerse tras la oreja cuando anda de acá para allá dentro de la casa ó medita algun asunto sobre la carpeta.

Y poco que se relame Mercedes cuando por las ventanas bajas de la casa, cerca de las cuales se hacen las faenas de la naranja, lo vé atravesar con aire de persona importante desde su despacho al del jefe y de éste al de la Caja, llevando siempre un haz de papeles en la mano, y con aquella agilidad y soltura del que bien conoce su oficio y se desliza sin tropezar en obstáculo alguno.

Don Manuel—así se llama el amante, por una semana, de Mercedes—es pequeñito de

cuerpo, sonrosado de color, de bigote negro, donde apunta alguna cana, de edad de cuarenta años, y de una traza tan de niño gracioso y regordete, que Mercedes, en lo primero que piensa cuando le vé, es en cogerlo de la mano y ponerse á jugar con él á la comba. Nerviosillo, apuesto y diligente, con algo de abdómen, que acentúa más aún su figurilla graciosa, y mucha charranería para mirar con arte las cosas relativas al amor, D. Manuel le tiene sorbido el seso, como se dice, á la alegre faenera, que para no desmerecer en nada de las circunstancias del novio, es alta sin exceso, rubia, aunque llena de pasion, de ojos azules que contrastan de manera bellísima con el color de las naranjas, de muñecas y brazos cenceños, y de una pulcritud en el andar y en el vestir, que no parece sino que trata de vencer en aseo y elegancia á los propios racimos de limones que ella viste de papeles de seda con maestría. Es Mercedes, en lo naturalmente artística, así como una especie de Sarah Bernhardt del barrio.

A todo esto, con tanto aparente espiritualismo en su persona, la muchacha arroja la gracia á chorros por la boca, como arroja,

echa trizas y rizos el agua, el caño de la fuente, y su lenguaje es tan pintoresco, que aquel á quien le cae un mote de sus lábios, se le queda pegado como lapa á la piedra, segun lo ajustado, propio y expresivo que sabe buscarlo aquel especie de pincel de su lengua.

Cuando luciendo tan gentil donaire, Don Manuel atraviesa la calle, y vé á la muchacha con las pirámides de odorantes naranjas retratadas en los ojos, y el trozo de puerto, lleno de buques, que se descubre en el fondo de la calle, metido, como mar diminuto, en las pupilas, siente que por todo su sér corre una vertiginosa sensacion que parece desencajarle los huesos, y le *acorrala* la sangre á la cabeza, como si tuviese colocada una bomba encargada de subírsela al cerebro.

Para probar la afinacion de sentidos de la faenera, baste decir que Mercedes, y lo cuenta ella misma, conoce á D. Manuel por el olor, como puede conocerse un fruto cualquiera; y eso le ocurre desde el dia en que lo conoció, y que comieron juntos en la Caleta, entreteniéndose ella en oler, durante largo rato, los forros del sombrero de D. Manuel, y sumiéndose despues en dulce transporte de

vuluptuosidad. Es un olor el de su novio—dice Mercedes,—que «no consiste en el de sudor, ni en el de las ropas, siendo los dos á un tiempo, á los cuales hay que unir un tercero, más particular, que se exhala de la carne, y que á cierra ojos diria cualquiera ser de hombre »

Bajo un asta de bandera enclavada en uno de los balcones de la calle, y á la puerta de una gran tienda de comercio, se halla establecido el tenderete de cajas y de frutos, unas y otros colocadas en enormes pilas; y en derredor del vistoso conjunto, muévese la gárrula nube de faeneras, cuyos rostros encienden las arreboladas ráfagas del sol, que arrancan vivas reverberaciones á las naranjas. Diríase que las figuras danzan dentro de una especie de incendio suave, donde toman buena parte en la coloracion el limpio amarillo de rey y los tonos de carmin de la tarde.

Como la calle está cercana al mar, y cerca del mar está la Pescadería, el olor á marisco y agua estancada en el fondo de las barcas, llega intenso y penetrante al olfato, unido al de boquerones fritos de la taberna cercana, donde el dueño, con el mandil ceñido, y el lanzon de hierro en la mano, hace su venta

cotidiana, pisándose la lengua para hablar con nativo *ceceo*, é intercalando entre palabra y palabra un término indecoroso.

De las casas de la calle, todas dedicadas á inmensos almacenes y caballerizas, se exhala en frescos hálitos olor de cuadras y de grandes depósitos de pasas; y esto, unido á los infinitos carros que pasan, hundiendo sus ruedas en los baches con infernal ruido, y á los borrosos pregones que anuncian todo género de mercancías, dan á la calle aspecto de vía de gran poblacion, y no faltan en torno del cuadro, para completarlo, el consorcio de cúpulas y chimeneas de fábrica, la faja de humo del vapor que atraviesa el puerto, y el estruendo de yunques y martillos en fraguas y herrerías.

Aprovechando la clara, en que los compañeros de oficina se han ido á almorzar, Don Manuel, dando una alegre carrerica, llega á la ventana baja que da á la calle, desvía con disimulo por un lado el transparente, y siempre con la pluma tras de la oreja, hace una bolita de papel, y la tira, escondiendo el brazo, sobre la nuca de la faenera, que cerca llena su caja de fruto.

La muchacha llévase la mano al cuello,

volviendo la cabeza, y haciendo una particular figura con los dedos, mete la mano por debajo del transparente, y deja caer la bolilla; pero por diestra que quiere estar en retirar el brazo, cójeselo D. Manuel por la muñeca, y sobre el picaresco signo de los dedos, imprime un beso ladron, que le deja en la nariz un incitante y *alegre* olor á naranja.

—Que me esperes cuando se acabe la faena,—dice ébrio de gozo y en voz baja el dependiente.

—Esperaré—responde ella con disimulo, para no ser notada de las compañeras;—y la pareja no vuelve á cambiar palabra en toda la mañana.

En cambio, el cuadro tiene vida y movimiento de por sí, para presentar á los ojos completa animacion.

En medio de las cincuenta faeneras que envuelven naranjas en finísimos papeles de seda trazando un particular movimiento con las dos manos y haciendo girar entre los huecos de las palmas el fruto, los carpinteros encargados de ir clavando las cajas conforme están llenas, ejecutan con alegre martilleo su tarea, dejando oir alguna que otra copla no desprovista de sal y pimienta; y

unas personas aproximan porciones de naranjas para irlas embalando, y otras ponen colmo saliente á sus cajas, por cima del cual cae luego la flexible madera y se ciñe á la curva trazada por el fruto, y mientras, salta alegre y repiqueteado un diálogo junto á una pila de naranjas, los dichos y bromas no recobran paz ni descanso, poniendo todo el mundo motes á los que pasan, llamando engañosamente á los vendedores, y tomándola con el señorito que tiene la mala fortuna de pasar cerca de las faeneras.

Por el fondo de la calle, toda accidentada por el contínuo rodar del tráfico, ya es un carro el que asoma, cargado de larguísimas varas de hierro, que á cada golpetazo de las ruedas suenan como los instrumentos en el cuarto acto de *Los Hugonotes*; ya es un rudo trabajador del muelle el que atraviesa con un enorme bulto á la cabeza; ya un pescador con los cenachos colgados de los codos, la faja enrollada á la cintura, la camisa abierta por el pecho, la esportilla de los cuartos dejándose ver entre la faja, y la boca torcida, diciendo en el tonillo particular de los pescadores de Málaga: «Boquerones á ocho cuartos, vivitos y coleando.»

Al par que despues espira esta animacion y movimiento, fenece poco á poco la tarea; las cajas se llenan, los carpinteros cesan de clavar, algun papel sobrante sale arrastrándose por el suelo, las faeneras entran en la casa á cobrar sus jornales.

Cuando la última ha tomado, á eso de las dos, la direccion del barrio del Perchel, Mercedes quédase sigilosamente en la esquina de la calle, sale á poco el hombre gracioso y regordete, que á aquella hora finaliza su tarea, y siguiéndose uno á otro á alguna distancia, atrapan un coche que pasa, y se lanzan á pasar la tarde en una venta.

Colocados bajo el emparrado, Mercedes, despidiendo enloquecedor olor á limonero, pide delante de una mesa las calientes sardinas de una *moraga*, y D. Manuel, notablemente excitado por el calor, exige al mozo, antes de empezar á comer..... un sustancioso refresco de naranja

LA CASA DE CAMPO

A mi bella amiga la Sra. Doña Matilde Cabello de Bark

LA CASA DE CAMPO

Por la vereda estrecha y blanquecina, festoneada á uno y otro lado de verdes listas de pámpanas, que conduce desde el pueblo á la lejana casa de campo, avanza la familia del propietario D. José, de vuelta de misa, y narra y comenta cuanto vió en el pueblo durante las dos horas escasas que estuvo en él, al cual solo va de siete en siete dias, levantándose para ello á la del alba, y llegando á Chumberas á la hora misma en que el sacerdote se persigna delante del altar, dá la media vuelta que sigue al acto de soltar el cáliz, y dice entre un silencio lleno de píos de gorriones: *Introito Ad Altare Dei.*

Vuelve hácia su casa de campo la familia,

y mientras sigue los ángulos y curvas de la vereda, voy á trazar el retrato de cada una de las personas que van en la caravana, no teniendo que molestar mucho al lector, porque la familia de que se trata se compone solamente de padre, madre y una hija moza, de cortos abriles, que ¡Ave María Purísima, y qué guapa es!

Manuela, como la llamaban antes de casarse, y *doña Manuela*, como hoy la llaman en el contorno, es la esposa de D. José, y á un cuerpo de baja estatura y algo lleno de carnes, si bien de aspecto delicado, une el ser un poco dada á los remilgos, y un bastante á lo meticuloso, con lo cual, y atendiendo al moverse de sus ojos asustadizos, no pecaremos de exagerados al calificarla de *dama de la media almendra*, sin que esto quiera decir que doña Manuela se dé fácilmente, y así como así, á lo ridículo, ni que no sea poseedora de todo aquello que constituye el principal encanto de la mujer, como es bondad, honradez, castidad, y cierto aire pudoroso que hace que se la mire, y que luego se la vuelva á mirar, y que cuando ha pasado nos deje dentro del alma como un *olor* inexplicable, que no se olvida fácilmente.

Consuelo, que así se llama la jóven, aunque su padre ya no es alcalde del pueblo, como lo fué en un tiempo, la considera la gente, sin embargo, como persona donde radican méritos propios de valor absoluto, y goza de cierta fama en el lugar. Es morena, tirando de largo, y muestra encendido ese color moreno, por la sangre luminosa que baña su semblante; su color recuerda esas rosas de tono rojo oscuro, cuyas hojas parecen estar hechas de terciopelo. Los ojos que campean en medio de este tono de color, son negrísimos, de un negro de cuervo, algo mate, lo cual da á la expresion algo de cadavérico y siniestro, pero que por lo mismo es de una belleza extraña y enloquecedora. El cuerpo con que hace junto este rostro el viaje por la vida, es bien proporcionado, más bien alto que bajo, apretado de carnes, con lo cual hace pensar en las cosas de la tierra, y de una soltura y movimientos armoniosos. Todo este tesoro va vestido con la mayor sencillez, y hasta con aire poco correcto; pero no sé lo que emana de la jóven, que donde ella echa á rodar luces de los ojos, todo queda en una legua á la redonda como *aristocratizado*.

D. José es un severo señor, todo hidalguía,

que parece hecho, por lo enjuto y elegantemente arrugado, de cáscaras de avellana, y que denota un vigor de nérvios y una entereza de carácter en completa armonía con el ambiente de antigüedad que envuelve su casa de campo, sus sóbrias costumbres y todo lo que de él procede. Es D. José uno de esos hombres en los que el traje, ó mejor dicho, el aire del traje, parece como que es parte integrante de ellos, y los define y retrata mejor que el más diestro pincel. El dia que se muda D. José de chaqueta, ya no es el mismo hombre; se necesita ver invariablemente en él sus zapatos de becerro blanco, que su pié estrecho y elegante hace presentables á los ojos; su pantalon de lana á cuadritos, que jamás conoció mancha alguna ni rodilleras; su americana de ligero dril dando aletazos en torno de su persona á medida que el aire la remueve; su chaleco indefectiblemente desabrochado en algunos botones, con lo cual pone á la vista la inmaculada camisa, y su sombrero de paño flexible, color de pasa, que él se pone de un puñado y arruga sin saberlo artísticamente, con cuyas prendas y con cuyas circunstancias, D. José es el hombre de porte más simpático, honra-

do y franco, que vieron hidalgos de Galicia y nobles cosecheros andaluces.

Las tres personas, colocadas en la vereda, por órden natural, esto es, Consuelo delante, la madre detrás y el padre en seguimiento de ésta, adelantan y charlan á su sabor, sintiendo que ya el sol empieza á caldear y á hacer hormiguear su sangre.

D. José, entregado á su natural abandono, ha tirado, con aire distraido, de la punta de un sarmiento de los que dan al camino, y se ha quedado con un frondoso tallo de pámpanas en la mano, con el cual se abanica de vez en cuando. Consuelo dice que es necesario que su madre le compre un vestido igual al que le ha visto aquella mañana á la hija del maestro, «porque ella no quiere ser menos que nadie.»

—Eso á tu padre—le responde Doña Manuela, tratando en tono de broma, de quitarse la peticion de encima.

—Vaya, papá,—dice Consuelo, apartándose para que pase la madre, y poniéndole una mano en el hombro á D. José cuando se pone á su nivel:—¿me lo comprará usted? ¡Nunca me quiere comprar nada!

—Yo no; las mujeres son las que entien-

den de eso,—añade afectando acritud don José, aunque hecho por dentro una breva madura. Y enseguida le echa una mirada tal la hija, inclinando la cabeza sobre su hombro, que necesita el buen señor ser su padre, para no decirle en el momento que sí.

Dilucidando quién va á ser el que por fin le compre el vestido, la familia llega á dar vista á la casa, que allá en la suave falda de un monte, y sobre un valle formado de fértiles huertas, enseña sus muros blanquísimos entre los árboles y se destaca entre las frondosas listas de vides que se extienden por las laderas.

La casa resplandece entre el paisaje, alegre, pura, risueña, llena de claridades de la mañana y cercada de bandos de palomas que se desgranan de los aleros del tejado. Aislada la casa del pueblo, del cual solo llegan al caer de la tarde los ecos tristes y melancólicos de la campana, parece como hogar encantado lleno de suaves conciertos y rodeado de ocultos manantiales de dicha. Lo mismo cuando la confusa luz del alba cierne sus reflejos sobre su blancura, que cuando al morir el dia se envuelve en agradable rumor de grillos, insectos, y susurros de ramas, la casa

parece colgada dulcemente al paisaje, y no resuena en toda la comarca otra voz que la lanzada por la familia, ó el canto del pastor cuando vuelve, entre el repique de las esquilas, de los campos. En las diáfanas noches de luna entran por las ventanas impalpables bandas de plata, que van á dar en el suelo simulando la aérea sombra de un cristal, y dibujan en derredor el follaje de las madreselvas enredadas á los hierros, como si la luz pasara antes de llegar al suelo por el gracioso calado de una mantilla El rayo de luna lucha entonces con la claridad de la luz artificial que sobre una mesa alarga sus dormidos reflejos, mientras D. José se entretiene en ajustar en silencio las cuentas del dia, levantando leve y crispado rumor con la pluma, que recuerda el crujiente papel del furioso y ofendido moro Tarfe.

Ni un tumulto, ni un eco del mundo, ni un lejano resonar de voces que vaya á interrumpir el amable sosiego de la casa.

Ya cercana á ella la familia, que á toda prisa desea alcanzarla, resplandece alegremente bajo el sol de la mañana que la llena de luces y reflejos; un pavo real hace vistosamente la rueda colocado bajo un limonero,

y por el caballete del tejado destaca su aéreo perfil un gato que se pasea sobre las tejas, viendo el andar menudo y engallado de las palomas.

La planta baja de la casa se compone de cocina, (que es el estrado de las casas de campo andaluzas) de un cuarto en un extremo con su ventana baja cubierta de follaje, y de otra sala tambien con ventanas llenas de tiestos y verdura.

En el piso alto y único, anúnciase la habitacion de los frutos por el intenso olor á pasas y algarrobas; la del vino por el misterioso zumbar de los mosquitos y el ruido levísimo de las efervescencias; la de comestibles por el olor á los jamones y morcillas, y la de trastos rotos, por un especial é inesplicable olor á madera vieja, que anuncia su presencia. El pajar está colocado en la parte trasera de la casa, y en los rincones altos se admiran telarañas de todas dimensiones, y se percibe el gratísimo aroma de la paja. En un extremo del corral, cubierto por frondosa parra, está la cuadra, con sus estacas y pesebres, y en ella se siente el contínuo patear del caballo y los relinchos fogosos que dispara.

A unos quince pasos de la vivienda, está la fuente, con su eterno y monótono ruido, sus hoyos hechos en el suelo para poner los cántaros, y sus ramajes cayendo sobre el manantial.

—¡Jesús María, qué calor!—dice al fin, entrando en la casa doña Manuela, y soltando en una silla el devocionario que trae en la mano.

—¡Uf, qué sol!—exclama al mismo tiempo Consuelo, abriendo el abanico y echándose bocanadas de aire en el rostro.

Don José nada dice, pero se abanica igualmente con el tallo de pámpanas que aún conserva en la mano, y se suelta todos los botones del chaleco, pasándose despues el pañuelo por la frente. Y como intenta quitarse el sombrero para refrescar más pronto la cabeza, interrumpe doña Manuela dando un grito, y adelantando las manos hácia su esposo:

—No te lo quites, no te lo quites, que te resfriarás.

A poco, no bien calmado todavía el sudor de su cuerpo, Doña Manuela empieza á dar órdenes á los criados para que arreglen el almuerzo. ¡Pronto,—dice,—pronto!

Consuelo principia á quitarse los alfileres de la mantilla y á echarlos en la mesa, donde rebotan al caer. Luego, y antes de despojarse del adorno, va á mirarse á un espejo, colocado enfrente de la puerta, guiada de ese afan de las mujeres de verse antes de descomponer su tocado, para apreciar cómo se hallaron delante de la última persona. Tráese despues con la mano, torciendo la cabeza, el enredado velo, y lo empieza á doblar por las señales que se marcan en el tejido. El olorcillo á esencias y á sudor que se desprende del cuerpo de Consuelo, incita á cerrar vuluptuosamente los párpados y á dar rienda suelta á los sentidos. Cambiándose despues de traje, sale á la cocina con los enseres de labor en las manos, y se dispone á continuar el bordado comenzado el dia anterior.

—A almorzar,—dice en esto Doña Manuela; y sin más tardar, la familia siéntase á la mesa, y principia alegremente el almuerzo.

Cuando se han levantado de los asientos, Doña Manuela vése *por allá dentro* á entretenerse en varias tareas domésticas; Consuelo se pone á bordar detrás de la hoja de la puerta, y D. José se vá á una habitacion interior,

donde hay un catre abierto incidentalmente, quítase los zapatos, dejando ver los piés cubiertos de blanquísimos calcetines, inmediatamente se desprende de la chaqueta, y toma la línea horizontal, no tardando en dar señales de que ha sido invadido por el sueño.

Mientras borda la jóven, una pluma de gallina, blanda y suave, es empujada por el aire casa adentro, y rueda con dificultad sobre las losas, perdiendo y ganando terreno, segun que el aire la mantiene en flujo ó reflujo.

En el espejo de enfrente de la puerta se reproduce gran parte del paisaje, que forman primero tablas de huerta, luego oscuras copas de limoneros, y, por último, una enórme mancha de sol, por medio de la cual se prolonga una larga hilera de cañas, que forma evoluciones de grande y alineado ejército desplegado sobre campo de batalla.

BUSCANDO NIDOS

Al Señor Don José Alvarez Pasaron

BUSCANDO NIDOS

Viendo la hermosa tarde que hacia, Luis y Pedro, como dos buenos camaradas, resolvieron no ir á ocupar sus respectivos bancos á la escuela, y sí fué mútuo acuerdo de ambos meterse los libros debajo del brazo y salirse al campo, nada ménos que con la idea de encontrar cada cual su nido correspondiente, mucho mejor si era lleno de pajarillos.

Pedro distinguíase de sus demás compañeros por su habitual indiferencia hácia todas las cosas, su cara de un feo nada comun, y el mal aspecto de sus vestidos, cuya dudosa pulcritud se comunicaba á su rostro más de lo conveniente.

Luis era, por el contrario, un chicuelo de

ojos llenos de malicia, un tanto grandes, que se hallaban dotados de un brillo singular. En el cuerpo del muchacho, en sus actitudes, en sus palabras mezcladas de una sonrisa especial, en todo lo que á él se referia, observábase la vivacidad más canallesca, unida al más refinado aire de malicia. Era el chiquillo como un raro compuesto de pájaro y niño, más si cabe de lo primero que de lo segundo. De tal modo era su sensibilidad, que bastaba á arrancar una vibracion á su sistema nervioso, el zumbido de un insecto, el brillar de un rayo de luz, ó la más insignificante palabra de un camarada.

Con su roto y deslucido pantalon á media pierna, su tirante atravesado sobre uno de los hombros, su chaqueta cribada de agujeros, y el mordisco que enseñaba en una oreja, el cual daba mayor aire de malicia á su cara, Luis parecia un charranzuelo de los que se crian entre barcas en las playas de Málaga.

Poco músculo, ciertos movimientos de gato, mucha luz en las palabras, y un chisporroteo de inteligencia en los ojos. Cualquiera creeria que el cuerpo del chiquillo pensaba y discurria, y que sus carnes y sus vestidos

reian y hacian muecas, bien que todas ellas picarescas.

Descalzos ambos muchachos, llenos de pinceladas los rostros, uno con un alpargate en una mano, y el otro con el libro de versos de la escuela debajo del brazo, descendieron por una vereda cerca del pueblo hasta llegar á la orilla del rio, donde una larga línea de álamos se extendia y adelantaba campo adelante en medio de valles frondosos, lomas tapizadas de verdura, y montes donde horadaban el suelo de bronce las encinas.

—¿Sabes, Pedro—dijo de pronto Luis—que el maestro nos va á zurrar bien la badana?

—¡Y á mí qué!—repuso Pedro registrando los árboles con los ojos á ver si encontraba nido.

—¡Pues ná! En cuanto mañana nos presentemos en la escuela, vas á ver lo que es bueno. ¡Digo! y si no sabemos la leccion.... ten ahí mi libro á ver si la sé.

—Yo no soy el maestro.

—Bien te se conoce, mecache; pero con el libro abierto, me parece que podrás saber lo que dice.

—Bueno, trae, pero no me hagas burla,

canastos, porque si me disgusto, ya sabes á lo que saben mis uñas.

—Corriente, ten por esa hoja del libro.

—Ya está, *escomienza*.

Y Luis dió principio á la leccion diciendo:

Yo ví sobre un tomillo
quejarse un pajarillo
viendo su nido amado...

De pronto, paróse al pié de un álamo que ponia su remate al nivel del lejano campanario de la iglesia, y exclamó, agachando el cuerpo y bajando mucho la voz:

—¡Chél mira, mira Pedro; ¿no ves allá arriba?

—¿Allá arriba?

—Sí, hombre, en la punta del álamo.

—Pus no veo ná.

—Sí, en el *cojollo*... ¡es un nido!

—¿A ver, á ver? Sí, ¡pus es verdá! pero mira, sube por él.

—Muy alto está, Pedro.

—¡Qué! lo alcanzas enseguida.

—¡Diablo! ¿y tú por qué no subes?

—Yo no; ¡quita!

—¡Yo no! ¡yo no! ¡pareces tonto!

—Anda tú, si quieres.

—¡Pos ya se vé que quiero!

—No eres capaz ¡eh!..

—¿Que no soy capaz? ten ahí el libro—dijo tocado en su amor propio Luis;—pero mira, si viene alguien no mires *pa riba*, no me vean y se lo cuenten al maestro.

—Anda, no viene *naide*.

Abrazóse al tronco Luis, y apenas hubo dado dos arremetidas hácia arriba subiendo primero las manos y luego encogiendo las piernas, cuando debió ocurrírsele alguna idea luminosa, porque se deslizó hasta dar con los pies en el suelo, y dijo:

—¡Mecachel ¿y de qué será el nido?

—De jilguero será,—respondió Pedro.

—O de chamarís, ¿no erdá?

—Tamien.

—Pero te digo una cosa.

—¿Qué?

—Que si alcanzo el nido, es pa mí.

—¿Y pa mí no?

—Pos sube tu por él, mecache.

—Bueno, es pa tí, pero me darás un *gurripato*.

—Eso; y si tiene huevos, uno ¿no erdá?

—Sí, pero sube.

Y Luis volvió á abrazarse nuevamente al tronco del álamo, y empezó á dar pequeñas

arremetidas á *rastrabarriga*, auxiliándose de piés y manos.

Era de ver al chiquillo subir y darse maña para no caer; hincaba los piés en las cortezas, clavaba las uñas en las grietas y cojíase con los dientes á algun tallo, quedando casi suspenso en los aires.

—¡Anda, valiente! decia Pedro desde abajo.

—¿Viene alguien? preguntaba Luis volviendo la cara, con las mejillas completamente rojas.

—No viene naide, anda; poco te falta. Agárrate á ese tallo... échate ahora al lado... upa... así; ¡ya estás en la cruz!

—¡Eh! ¡Eh!—gritó Luis, esparrancado en las grandes divisiones del álamo.—¡Ché! ¡qué bien se vé! ¡digo! la casa del tio Lúcas, la huerta de Hipólito, la *igresia*..... ¿no la ves tú ende ahí?

—Yo no.

—Y el rio, ¿lo ves?

—Tampoco.

—¡Digo! ¡qué largo!.....

—Pero anda, sube.

—Allá voy,—dijo Luis, y empezó á erguir el cuerpo sobre el tronco, abrazándose á él.

Al emprender de nuevo la ascension, el

muchacho trepaba por las ramas con la misma agilidad de un pájaro.

A tanta altura llegó á verse, que apenas si desde abajo se le distinguia pegado al tronco del árbol. Los tallos, cada vez más espesos, salíanle al encuentro, las ramas hacíanle rasguños en la cara, y las hojas le daban de bofetadas, como si defendieran el nido, ya cerca del muchacho.

—¡Upa, valiente!—decia sin cesar Pedro desde abajo.

—¿Estoy muy alto?—preguntaba Luis con voz que ya apenas se le oia.

—¡Uy! ¡cuánto!

—Mira, mira, ya lo toco.

Así era en efecto. Luis alcanzó el nido, y diciendo con indecible alegría «tiene pájaros,» se lo metió cuidadosamente en el pecho, encorvándose para no hacerles daño.

—¡Qué viento!—decia desde arriba Luis, casi sin oírsele.

—¿Eh?

—Que..... ce..... ucho..... ento.

—No se entiende.

—Me..... rece que..... voy..... á caer.

El aire sopló en aquel instante con tal

fuerza, que el álamo se balanceó de una manera formidable.

Terrible era el momento. Con la color completamente pálida, Luis empezó á temblar entre las ramas y á querer agarrarse para descender.

Esfuerzo inútil. Un hálito de tromba imponente arrancó algunas ramas en torno del niño, hizo besar el polvo al álamo con la punta, y el muchacho fué lanzado á los aires dando vueltas vertiginosas, yendo á estrellarse en una enorme piedra situada á la orilla del rio.

Una exclamacion de dolor exhalada por el otro compañero, y el rumor de un cuerpo que se desgarra, fueron los ecos que se oyeron entre el zumbido del viento.

***

Cerca del haz de músculos y sangre del muchacho, pudo verse un pequeño nido con algunos pajarillos sin vida. Sobre ellos volaba, dando gemidos de dolor, un breve y azafranado chamarís.

EL PALETO DE VISITA

EL PALETO DE VISITA

Reco, el mozo del lugar, se alista y recompone para ir al pueblo inmediato á ver su novia, con la cual habla dos veces por semana. Esta vez cae el acto en la tarde del domingo, y como nosotros andamos siempre á caza de algo que relatar á nuestros lectores, vamos á lanzarnos, si el mozo no lo impide, en persecucion de su persona, para ver en qué faenas distribuye el rato agradable de su dicha.

Empero, vayamos con cuidado, porque no separa á tres tirones de su persona un nudoso y descomunal garrote, y no estaria bien que por meternos en camisa de once varas, el mozuelo nos diera con la tranca en las narices, que por mi parte aseguro anticipadamente la *repoquísima* gracia que me haria.

Pero no por el temor al palo hemos de dejar de ver á nuestro sabor al mozo; que para algo se ha inventado la astucia, y por algo es amable la honradota y cariñosa madre de Reco, que con solo haber oido nuestro *Ave-María* á la puerta de su casa, ya nos ha dejado entrar, y nos pregunta las causas de nuestra ausencia, sin pensar la pobre, que mientras ella se cuida de nuestra evidente ingratitud por no ir á visitarla, estamos viendo por un espejo, en el cual se refleja la figura completa del mozo, metido en su cuarto, todas las operaciones que hace para ponerse guapo y lindo, segun y como requiere la acaramelada visita que le preocupa, porque no ha de decir la novia, que Reco es un mozo así como se quiera, sino antes bien, todo un *apuesto lucero*, sábio en el arte de liarse la faja á la cintura, y maestro y profesor en eso de ensartar corazones en la flecha rapidísima de sus ojos.

Ved, si no, por el cristal azogado del espejo, cómo suda y se esfuerza por abrocharse los seis botones, que pegando unos con otros, han de ajustar, hasta ponerlo rojo de asfixia, el labrado cuello del *camison*; cómo una vez ceñido el vistoso pantalon á rayas, de cos-

te de tres duros, saca del fondo del arca el afelpado chaleco con olor á manzana y á alhucema, salpicado de ramillos azules que se destacan sobre fondo rojo, y mete luego los brazos por las troneras, tratando como de cojer con las manos algo que volara á su espalda; cómo se pone seguidamente la chaqueta ribeteada de trencillas, que le promete ahogarlo de sudor; y cómo por último, peina, soba y perfila sus negras y abundantes patillas, que parecen como lo único llamado en su cara á sacarse á vistas, y ponerse en condiciones de ser admirado, tratando de adelantar el mozo, al efecto, las quijadas, aunque con esto logre acentuar la expresion cerrada y bruta de su fisonomía.

Pero el magin de Reco no hila tan delgado que se pare en tan sutiles pormenores, y lo principal para él, aparte de su novia, son sus negras patillas, que bastantes untos de yerbas que le fueron recomendadas, costó al mozo el poder espigarlas y sacarlas á flote, bien como siembra de verde y primorosa almásiga.

Ello es, que arreglados todos los pelos de la cara, y dado el *perdone usted por Dios* á los de la cabeza, entre los cuales seria mas difí-

cil poner al descubierto la raya que abrir una carretera en terreno montuoso, coje de un rincon de su cuarto su *chivata*, que ha de servirle de baston, en cuya punta luce una porra no ménos grande que la cabeza de un chiquillo, agarra despues la bolsa de la yesca donde van unidos eslabon y pedernal, y sale en completo traje de domingo á la cocina, dispuesto á hacer á pié el corto trecho que media desde el pueblo al lugar inmediato, donde acaso impaciente le aguardaba ya su bella Dulcinea, oliendo á ropa limpia y á aroma de claveles, los cuales ella sabe clavar en las trenzas de su rodete, con todo el charro artificio de que es dueña.

—Hasta la vuelta, madre,—dice Reco poniendo el pié en el escalon de la calle. Y echando fuera primero la *chivata*, y luego el pié derecho, y metiéndose la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta, queda puesta su persona á los cuatro vientos, para enamoramiento de mozuelas y envidia y cabildeo de los demás mozos.

Allá va el gentil enamorado pisa que pisa y cavila que cavila, dando rumbos y donaires á la persona, sacando el pecho para lucir todos los primores que allí supo dejar su no-

via, y echando miraditas á un lado y otro para ver si algunos ojos ocultos expian su figura desde los balcones.

Entre unas y otras, Reco sale por la punta del calvario, y allí, libre ya de gente que pueda salirle al paso, echa una espaciosa mirada desde la punta de su zapato hasta donde los ojos le permiten, yendo cuerpo arriba, y deja asomar una sonrisa de triunfo, que denota la impresion que cree causará su acicalada presencia en su linda y apasionada novia.

Como los zapatos vienen á ser caso incidental en los piés del mozo, y como ejercicio quiere aquello que ha de ser bien manejado, Reco va haciendo equilibrios para sostenerse, con más molestia que si le sujetaran fuertes y pesados grillos.

Pero no es esto lo peor, sino que considerando el mozo que nadie le acecha en el camino, y que como dijo el otro «ojos que no ven corazones no quiebran,» hasta va pensando en este instante si quitarse ó no los zapatos y metérselos debajo del brazo, mientras se acerca á la poblacion, porque es lo que él recapacita; «un *deo* que se rompa de un *trompezon*, mal que bien *pué* curarse; pero *pa* un

buquete que se abra en un zapato, no hay *melecina* ni *ingüente* en la botica».

Y entre burlas y veras, el mozo, sin resolverse á poner en práctica su pensamiento, va pisando con primor las chinitas del camino como si atravesara sobre sitios encharcados, y de vez en cuando saca el pañuelo y sacude el polvo á los chapines, que chapines parecerían, á no ser por la figura, que es bien otra, y por los tres cercos de clavos que lleva el mozo en cada suela.

Así andando y pensando, y con más cuidado puesto en su traje que en su persona, Reco entra, por fin, en la primera calle del pueblo, que como está empedrada de punta á punta, y como el mozo levanta sobre las piedras un descomunal ruido á cerrajería, alguien se asoma á las ventanas para ver pasar la caballería, que por tal le vende su propio pisar y el ruido que mete con los clavos.

Empero todos estos contratiempos tienen su compensacion, porque enfilándose el mozo con el ancho patio que en el fondo de una casa se abre bajo el verde coronamiento de una parra, atisba lo primero á la luciente estrella de sus sueños, que sentada en una silla, y con la vista fija en el suelo, aguarda la presencia

del novio, ya presentida por los pasos; y sin decir oste ni moste, cuélase el mozo de rondon casa adelante, y llèga cerca de su dulce dueño.

Hay entonces una sonrisa de *paparreta* por parte de él, sonrisa frescota y á la buena de Dios, y otra sonrisa por parte de ella, que sin abrir siquiera los lábios, y sin apartar la vista del suelo, parece como que quiere hacer dibujarse en su boca; y cambiados que son estos dos saludos, crúzanse otros de palabra, que son:—Dios te guarde, cara *e* sol.—Ven con Dios, rosa *trempana*;—y Reco toma asiento á cinco varas de distancia de su novia, y empiezan las maniobras del primer cigarro, sin siquiera salir en toda la tarde una palabra más de sus lábios.

En seguida comienzan á salir tiros de saliva de la boca del mozo, al cual parece no le ha llevado al lado de su novia sino el inaguantable deseo de escupir; cuanto á la moza, da principio asimismo al barrenamiento con la mirada, siempre fija en un punto, de la loseta que se halla cerca de su asiento. Alguna vez desvia los ojos hasta ponerlos sobre los zapatos del novio; pero asustada de la temeridad, vuélvela al sitio anterior, que por

milagro no empieza todavia á dar señales del barreno.

—¡Ejem, ejem!—suele decir de vez en cuando Reco, mientras se entretiene en liar un nuevo cigarro, con el cual deja á poco á su novia envuelta en una axfisiante nube de humo.

En tanto que todo se lo callan los novios, las gallinas del corral que vagan en torno de ellos, hacen, por el contrario, excesivo uso del cacareo, y á la vez que el Reco de la bandada engalla la cresta y sacude las alas para mostrar toda su fuerza y bizarría, los jilgueros entablan sus reyertas dentro de las jaulas, las perdices se dan *con el pié* por medio del llamamiento, y un enjambre de insectos forma invisible banda de música, volando en torno de la parra, y dejando oir los penetrantes quejidos de sus alas.

Dijérase que cuanto no goza de palabra para expresar su pensamiento, pone particular empeño en hablar hasta por los codos, á diferencia del maldito novio, que cuando al fin mueve los brazos y estira las piernas como para dar muestra cumplida de su locuacidad... es solamente que desea sacar la petaca del bolsillo para liar el quincuagésimo cigarro.

Así trascurren las horas, así la tarde declina, y así llega la noche:

La oculta familia de la novia, ruega al cielo y á la tierra que el novio se levante y se despida; pero este coje la noche por la punta, y sin variar de posicion, se dispone á pasarla sentado al lado de su dueño.

Quien deseara oir en el silencio de la noche el diálago de los dos amantes y anhelara sorprender sus pensamientos, sólo podria oir entre la sombra el metal de voz del novio, que de vez en cuando dice, disparando tiros de saliva, y cambiando de posturas la *chivata*:

—«¡Ejem! ¡ejem!»

LA PESETA Y EL SOL

LA PESETA Y EL SOL

Inés y Juan son dos muchachos de pocos años que piden limosna en una de las calles donde mayor es el tránsito y la animacion. Uno es con respecto al otro, lo que el personaje manchego respecto á su escudero. Si forzoso fuera simbolizar á los dos pobres en un solo objeto donde se vieran representados sus caractéres, elegiríamos entre las piedras la turmalina, que frotada ligeramente con un paño adquiere en los extremos la electricidad positiva y la negativa.

Trocado el cráneo de Juan, que es el idealista, por una diáfana calavera de cristal, veríase subir de su fondo á la superficie las irisadas burbujas de sus sueños, como suben

los puntos luminosos de la efervescente copa de sidra.

Ginés, puede decirse, es el gorrion en la clase de muchachos. Su pensamiento jamás se eleva del ras del suelo, hállanse en él sobradamente despiertos los instintos de rapacidad, y sus ojos, vivos y penetrantes, despiden un perenne y sutil goteamiento de chispas de luz.

Su traje andrajoso lleno de nudos y desgarrones, su bardal de cabellos caido sobre el semblante, y su cara convertida en paleta donde se ostentan todos los tonos de la suciedad, anuncian á la legua el sátrapa de legítimo abolengo, y el mendigo que mientras pide por Dios con signos de angustia en el rostro, guiña con un ojo al diablo y lo provoca á risa con su truhanería.

Por el espíritu de Juan desfilan cómo por el fondo del agua largas procesiones de astros que dejan lleno de esplendores su cerebro. Vive como deslumbrado. Para él seria más grato recojer estrellas del fondo de un lago, que las monedas de la losa en que pide.

En vez de inventar cábalas y combinar útiles maneras de vivir, imposibilitado como se halla por su imaginacion excesiva, se en-

tretiene durante su vagar por las calles en recojer el cristal que á lo lejos hiere la luz sobre un monton de basura, el fragmento pintado de vivo color, y cuando va á producir en su alma la agradable emocion estética.

Con esta diferencia de caractéres, mientras Ginés, sobradamente apegado á la tierra, ha reunido al llegar la noche más acaso de lo què necesitè para el siguiente dia, Juan no deja de ver pasar nubes y nubes por su cabeza, al quedarse dormido sobre el escalon que le sirve de almohada.

Puestos los dos en la calle á alguna distancia, el suspicaz Ginés ensaya su trotecillo al lado de la gente, y exhala una voz tan angustiada y triste, que no parece sino un debilitado y sutil hilo de agua.

—Señorito, una limosnita para mi madre, que está enferma.

—Perdona, niño.

—Aunque no sea más que un centimito, que no lo puedo ganar.

—Dios te ampare; déjame.

—Señorito, hágalo usted por caridad; para ayudarme á comprar un panecillo.

Y entre negativas del transeunte y suplicatorios del muchacho, el hombre acaba por

sacar una limosna, y dársela, para verse libre de su presencia.

Cuando la moneda ha caido en manos del chiquillo, el hilo de agua queda cortado de pronto, como el de la fuente á la que se le pone un dedo en el caño.

Céntimo á céntimo, Ginés ve crecer poco á poco su capital, y más redobla su esfuerzo en vista de lo conseguido, instigado por el afan de la avaricia que se alza con fuerza increible en su pecho.

El procedimiento de Juan es diferente. Se sienta á la oriental, como lo exige la indolente pereza de su cuerpo, y pónese el sombrero entre las piernas, esperando á que el que pasa le eche una voluntaria limosna.

Seguidamente mete la mano en su bolsillo, porque es de advertir que por muy roto que se halle el traje de un muchacho, el bolsillo anda siempre bien de costuras, y saca su porcion de objetos fútiles é insignificantes, que luego comienza á examinar uño por uno, hasta que llega á un cristal de color de rosa, el cual se pone ante los ojos, y dice cándidamente, sin sospechar que anhela someter el orbe á su deseo:

—¡Si el mundo fuera así!

Pero podria convencerse de que no lo es, si más que en mirar el inflamado disco del sol á través de la improvisada lente, se entretuviera en observar que su sombrero hace mal papel de cepillo de iglesia, y que el capital de Ginés se redobla á medida que va con su trotecillo al lado de la gente.

Juan, á fuerza de abismarse en la imágen del sol, ha llegado á incrustrarla con fuerza increible en su retina, y se entretiene en observar cómo la esfera luminosa deja á cubierto los puntos del suelo á donde mira, sin que le sea dable percibir claramente los objetos. Es una ceguera sublime la que ha contraido, mirando el disco esplendoroso del astro.

Entretenido en notar que el iris redondo que lleva aferrado á la retina, deja á cubierto ya la hoja del árbol que tiene delante, ya el insecto que se para sobre una piedra, ya el grano de tierra sobre el que pone la mirada, siente acercarse al otro compañero, que rebosando alegría, mueve entre las dos manos, puestas en forma de hucha, su ya considerable tesoro.

—¡Mira, mira!—dice el rapaz enseñando á Juan las monedas.

Pero en este momento atraviesa un deses-

perado que estruja entre sus manos la última peseta que posee. Con marcados signos de desprecio en el rostro, por tan escaso capital, mira el doloroso cuadro de los mendigos, arroja cerca de ellos el dinero que ordena se lo repartan entre ambos, y lleno de terribles propósitos sigue desconcertado su camino. ¡Una peseta al alcance de dos muchachos!

No seré yo quien intente describir la batalla para conseguirla, ya que no poseo la trompa épica de Homero ni el poder de los grandes génios del mundo.

Solo diré que tras una espantosa brega en que la inteligencia dijérase se agolpó toda entera á las uñas, el suelo fué furiosamente arañado, y los trajes hubieran sido hechos trizas si pudieran contener más jirones; Juan por llevar impresa en las retinas la engañadora imágen del sol, no pudo ver el plateado disco de la peseta, mientras Ginés, no ocupado en mirar inútilmente á los cielos, la estrechó al fin entre sus manos, dando fúriosos gritos de alegría.

—La pillé, la pillé,—canta el tuno en la alegre charla de los pilluelos.

Su rostro, una vez ganada la batalla, brilla orlado con todos los resplandores del

triunfo; sus pupilas tiemblan como dos gotas de azogue; sus lábios se agitan con inquieta excitacion nerviosa; sus piernas vacilan como ante la espantosa culebra.

—¡Una peseta!—dice en un roto lenguaje, todo emocion y verbo.

Despues, sepárase un punto del otro muchacho, no vaya á arrebatársela; inclínase para arrancarle un sonoro trino contra el suelo, arrójala gozoso sobre la piedra y.. suena, como doble de muerte, un fatídico toque de esquilon.

Aterrado, restriega entonces la peseta entre sus manos; desmenúzala y pulverízala con los ojos para analizarla; clávale el duro diente, y ¡oh castillo de naipes que rueda por el suelo! ¡Falsa, falsa tambien la engañadora peseta!

LA PRIMERA SALIDA

LA PRIMERA SALIDA

Puesto el oido en el acento ronco del mar, que vago y profundo se dilata por toda la costa, está el pequeñuelo Ruperto, hijo de un antiguo arriero, con la cabeza sobre la almohada, todo desvelado y conmovido, porque á la del alba habrá de emprender su primer viaje á la capital, acompañando, en union de su padre, las cargas de cajas de la récua, segun, antes de acostarse, y arreglado y dispuesto su diminuto traje de arriero, le prometió el hacendoso autor de sus dias, para quien, dicho sea de paso, no hay en la época de la vendeja dia festivo ni rato de solaz, sino solamente cargar tercios de fruto sobre las bestias, coser y recoser cinchas y *atajarres*, y adelantarse al sol para hacer cundir provechosamente la tarea.

Ruperto es un prodigio de destreza y vivacidad. Salta y bulle como una burbuja, y su juicio, notablemente precoz, su formalidad increible, y sus aires de hombre avezado á los riesgos y contrariedades de la vida, hacen de él una deliciosa miniatura, que tanto solaza el pensamiento con lo que promete ser para lo futuro, como alegra la vista con su gracia infantil, remedo de hombre sesudo y amojamado.

La madre de Ruperto, no sabemos si á causa de lo duro del lecho, ó más bien por ser la primera vez que el muchacho hace su salida al mundo, tambien está desvelada; así es, que cuando llega la hora de llamar á su marido, como tiene por costumbre, y de empezar á remover aparejos y mazos de sogas, no necesita hacer esfuerzo ninguno para sacudir el sueño; álzase con rapidez de la cama; busca, palpando, en la oscuridad, la caja de fósforos; restriega uno de ellos en la pared, y hecha, de súbito, la luz, enciende, sin más preámbulo, el candil, y vístese de modo bastante á la ligera, porque despues de la partida del marido, vuelve otra vez á acostarse, segun hace de diario, á causa de que aún no piensa despuntar el dia.

Dándole mecidas el candil delante del cuerpo, cogido como lo lleva del garabato, hace despertar á su esposo, y va con paso lento á la cama de su hijo, dolida de tener que sacarlo del sueño á hora tan desacostumbrada para él.

Pero la alegre voz de—¡mamá!—que da el rapaz apenas la madre llega cerca de su lado, disipa todo el temor de ésta, la cual, clavando el candil por el rabo en una hendidura de la pared, principia á vestir á su hijo, dándole besos, y trata de enseñarle cuál ha de ser la manera de que no puedan engañarlo en el camino.

¡Pero apenas si sabe ya *ratadas* el muchacho!

—Bueno, bueno,—suele decir, con el pensamiento fijo en los lances del viaje, que el padre le describió tantas veces.

La criatura no puede estarse quieta. Dejándose apenas vestir por su madre, marca un paso marcial, sin moverse del mismo sitio, y todo se le vuelve doblar y más doblar las rodillas, con brío y desembarazo, como si fuera cosa del otro jueves la imaginada caminata á que se entrega.

Tan pronto chasquea el látigo con la boca,

imitando á los mayorales de las diligencias, como arrea con voz soñolienta el burro, tal como si á aquellas horas fuese ya encaramado en uno de los rucios de la récua, bajo la lluvia de fuego del sol y entre el turbion de arrieros, cargas y rehatas, que llenan de bote en bote la carretera.

—Chiquillo, estate quieto—suele decirle la madre, que, práctica en las cosas de la vida, supone cómo ha de acabar tan infantil entusiasmo; ¡pero ya va á ser obedecida! A medida que el muchacho se ve con una prenda más de las que han de darle aquel carácter de hombrecillo que tanto le gusta, entabla un diálogo con la madre, que no es, por supuesto, contestado, en que el microscópico arriero hace como que contrata un trasporte de cargas para la capital con el dueño de un cortijo; y ahí es nada el tonillo que da á la conversacion, lo bien que apura el *regateo* á su favor, y la coleccion de decires que derrama con el cortijero hasta que el trasporte queda definitivamente ajustado.

Por toda contestacion á estas travesuras, la madre amenaza pasar de los besos á los bocados de verdad, tal és la fuerza con que siente en las entrañas el cariño por su hijo.

Empero, no hemos de seguirles en todas sus evoluciones: diremos únicamente que una vez cargada, á la luz del candil, la retahila de la récua, y una vez que ha prorrumpido en llanto la infeliz madre de Ruperto, monta el novel arriero entre los dos tercios de cajas de una carga, y sale por la punta del calvario, donde el padre comienza á instruirlo en todas las cosas é incidentes que les ocurren al paso, segun que lo permite la dudosa claridad de las estrellas.

—¿Vas bien? ¿No te caerás?—pregunta el padre de tiempo en tiempo, marchando á pié al lado de su hijo.

—Sí, voy bien—responde sencillamente el muchacho,—y de seguida reanuda el hilo de sus preguntas, que para formular la contestacion dejó roto entre los lábios, como la sarta de perlas de un collar.

En lo que principalmente se afana el rapazuelo, es en que su padre le diga cuándo llegará el cuadro de la vendeja, que él le hubo descrito tantas veces.

—Pronto, pronto lo verás; cuando lleguemos á la playa,—dice el padre calmando la ansiedad del muchacho.

—¿Y cuando lleguemos á la playa, veré tambien el mar desde cerca?

—¡Claro; y verás cómo es de grande!

—Pero me bajaré á coger algunas conchas, ¿sí?

Entretenidos en estos diálogos, descienden padre é hijo la larga cuesta que les separa de la playa, y al poner el pié en la arena, el dia se anuncia con arrebolados resplandores, y sale á poco el sol tras el límite azul oscuro del mar, inflamándolo todo de fuego y haciendo vibrar en el ambiente sus largos rayos de oro, como pinceles que van bosquejando los objetos y los colores.

Ruperto queda ante el amanecer, como arrobado por las maravillas de la naturaleza.

A la derecha de la carretera, toda llena de gente y de trasiego, mira la série de montañas formadas en escalonamiento como inmensa grada de cíclopes, las cuales enseñan la inflamada gasa de la mañana extendida sobre crestas y promontorios, toda llena de remolinos y ráfagas de fuego; en las faldas admira la série de blancas casitas con su trozo de huerto sembrado de cañas y limoneros, sus frescos pozos ante la puerta y sus

bandadas de palomas y pavos reales. Más cerca del camino, por el mismo lado, ve entusiasmado el muchacho anchas y hermosas huertas cubiertas de cañas dulces, con sus norias rechinantes, de las que tira el macilento rocin, haciendo vaciar los cangilones sobre el haz de trémulo estanque; los palos del telégrafo, más al borde, altos y *sérios*, abriendo los brazos de alambre para dejar paso veloz á la noticia, y los hortelanos inclinados sobre la tierra haciendo espaciosas operaciones de labranza.

A la izquierda, déjale suspenso la llanura infinita del mar, llena de claridades y trasparencias, y alumbrada en forma de giganteseo óvalo por el sol, que descarga sobre las olas su esplendoroso lampo de pedrería; sobre la extension llena de pliegues y arrugas de agua, atraviesa un vapor sembrando de penachos de humo la atmósfera; algunas lanchas de vela latina, hinchada por el viento, intérnanse lentamente en el mar conduciendo la madrugadora cuadrilla de pescadores. En los alegres ventorrillos de la izquierda del camino, las aves del corral picotean en el suelo los primeros granos de cebada que les arroja la ventera mientras hace

las tareas de la mañana; moviéndose la mujer en llanura tan dilatada como la de la playa, su figura aparece como vista á través de un cristal de disminucion, y contrasta notablemente con la grandeza del paisaje.

Ruperto ve quedarse atrás montañas, llanuras de mar, paisajes y caseríos, y salir á poco á su encuentro nuevas y resplandecientes marinas salpicadas de lanchas y vapores, nuevos montes escalonados en pintoresca cordillera, más alegres y ámplios paisajes recamados de morales y limoneros, y otros bellos caseríos como colgados del pico de las rocas, por cima de los cuales tiende su línea azul el cielo, siguiendo el caprichoso recorte de crestas y cumbres accidentadas.

Apenas un pueblo desaparece de la vista del muchacho, otro surge, más risueño y agradable, de un oásis del camino, con su torre de iglesia carcomida y coronada por la cruz, sus tiendas rebosando frutas y mercancías destinadas á los arrieros, y sus chiquillos desmonterados, haciendo por la calle toda clase de diabluras.

De media en media legua, una vieja y negruzca atalaya se eleva sobre la costa, enseñando al mar sus ventanas, de aspecto mo-

risco, por donde asoman su catalejo los vigilantes.

El terreno que va apareciendo á medida que adelanta, ya es accidentado y montuoso, ya ofrece una larga llanura guarecida en una ensenada de montañas, ya se encrespa y deja metida la carretera en una estrecha garganta por donde pasan, sobre lóbregos puentes, récuas, diligencias y arrieros. Estos hacen sus comidas montados en las cabalgaduras, al compás de la monótona mecida de las bestias.

El muchacho siente que vibra todo su sér como una sonora cuerda, subyugado por la contemplacion de tan inusitado esplendor.

Cerca ya de la capital, le aguarda la mayor y más honda de las sorpresas. La ciudad presenta á sus consternados ojos los esbozos de sus torres y de sus campanarios, envueltos en una gasa impalpable compuesta de polvo de luz y oro. Mástiles de barcos; ruido de pregones que se oyen á lo léjos; rodar de infinitos carruajes que producen un ruido espantoso, como si fueran arrrastrando el trueno; vocear de mayorales á las puertas de la ciudad, donde aumenta el bullicio y el estruendo; trasiego gigante del comercio; alga-

zara del muelle revestido de brillante aspecto babilónico; fábricas, talleres, tiendas, fraguas, yunques y martillos, forman el grandioso concertante de la capital, por cima de la cual extienden su ronco y grave plañido las campanas, hablando como de profecías y de grandes hechos cristianos y llenando el conturbado espíritu de trágicas y sublimes emociones.

Llegado al término de su viaje, el padre de Ruperto pregúntale con risueña mirada qué opina de aquel *pueblo tan grande* á donde arriban; pero el muchacho apenas si contesta, dejando la vista extraviada perderse entre tanta magnificencia, y experimentando una sensacion honda é intensa como nunca hasta entonces hubo sentido.

Cuando allá al caer de la tarde regresan padre é hijo por los mismos lugares, dejadas sus cargas de fruto en la capital, el muchacho siente que se desatan fuerzas y sentimientos desconocidos dentro de él; que se ensancha, como abierto por cuñas de luz su cerebro, y que su pueblo le parece pobre y mezquino comparado con el panorama espléndido del mundo.

¡Quién sabe! Tal vez por una de esas cosas

extrañas de la vida, el padre de Ruperto, que salió de su casa conduciendo á un diminuto arriero *de á vara*, vuelva en compañía de un pintor, de un músico, acaso de un poeta.

LA GRANIZADA

Al Sr. D. José Benitez

LA GRANIZADA

Ya están arrastrando por allá arriba los mazos y martillos con que se funde la tempestad, y una nube de esas cuyo color lo forman el plomizo y el violado, cierra por completo, de un lado, el horizonte, dejando á otras nubes más diáfanas cruzar á carrera tendida por el cielo, y proyectar su paso fugitivo sobre los campos.

Los mantos de este ejército de fantasmas que se deslizan por el suelo, oscurecen casas y paisajes á medida que atraviesan, y parecen enormes murciélagos que vuelan al ras del suelo, ú olas de sombra que ruedan persiguiéndose en el mar de fuego del dia.

Desprendida del horizonte, avanza una sobre las montes, baja precipitadamente á los

valles, y corre á través de las campiñas con ánsia loca y febril. Ya echa un velo de sombra sobre la nieve de las altas cimas, ya oscurece la superficie de plata de un rio, ya pasa sobre el largo puente con el andar de majestuosa vision; oscurece á su paso el vivo color de los sembrados, enrédase en las cruces de los campanarios, pasa sobre las poblaciones, barriendo los reflejos de las casas, y traspone por el lejano horizonte, como sombra que sigue, y no alcanza la vista, menos rápida que su carrera.

Tras los primeros truenos, la tierra adquiere un tinte imponente y sombrío; en el aire parece que vibran partículas metálicas.

El bochorno invade todos los cuerpos, y cuondo los nérvios, llenos de electricidad, no arden y chisporrotean como diamantes en el fuego, se enervan y languidecen cual sí cayeran en la más honda postracion. El olor acre de la tierra, en medio del marasmo en que se halla el organismo, lo excita á escenas de pasion; la imaginacion suprime entonces obstáculos y distancias, y dijérase que da besos en lábios encendidos é incorpóreos.

Cerrado por todos lados el horizonte, los pájaros desaparecen de las ramas, y á las pri-

meras ráfagas de viento las hojas tiemblan nerviosas y asustadas, queriendo escaparse de los árboles.

La tempestad zumba cada vez más cercana.

Un relámpago, que en lo oscuro del dia finge un incendio universal, antecede á violentas bocanadas de aire caliente y á prolongado estrépito de puertas y ventanas, seguido á lo cual empiezan á caer algunas gotas anchas y tíbias, que agrandándose desproporcionadamente sobre la tierra y evaporándose al calor interno del suelo, son sustituidas por otras, y luego por otras, que acaban por empapar la tierra y simular listas de sombra al lado de los trozos secos guarecidos bajo balcones y repisas.

El temporal va cada vez más en aumento. Las ráfagas se hacen furiosas, silba el aire con dolientes gemidos en los resquicios de las maderas, forman las hojas raudos remolinos que van calle adelante como séres animados, y tras un espantoso trueno, seco, horrible, tremendo, aparecen los aires rayados de blancas y vigorosas líneas formadas por granizos, empezando el formidable y deslumbrador aguacero.

Es de ver entonces la caida de las sonoras cuentas. Dando fuertes botonazos en los cristales, síguense los granizos unos á otros por el plano inclinado de las monteras, ruedan empujándose por las canales, forman cascadas y airosos remolinos cayendo hácia los baches, y traban alegres bailoteos en las puntas de las torres, donde el hierro produce las notas de una esquila cascada.

Las familias se asoman á ventanas y azoteas para presenciar la caida del aguacero. Agrupadas las cabezas en distintos huecos, hácense las personas curiosas advertencias sobre la lluvia. Uno indica, señalando con el dedo, dónde viene á darle un granizo, la série de rayas trasversales tendidas en los aires, las cuales, segun la direccion del viento, se juntan ó arremolinan huyendo en direcciones distintas; otro señala á un distante caballete donde saltan y brincan las brillantes cuentas formando un dislocado tejido que se tiende sobre las tejas; aquél observa, medio abstraido, un árbol cubierto de ramas y de hojas, donde entrando por la cúpula los granizos y cayendo luego de rama en rama, bajan en resonante cascada hasta el cimiento, dando saltos y brincos como bolas de ru-

leta; éste mira el bombardeo de lágrimas en aleros y repisas, donde, cuenta á cuenta, se forma una labrada crestería que se extiende á lo largo de las casas; uno coje los granizos en la mano; otro aproxímaselos á la boca; aquél forma una luciente bola que procura hacer perenne entre los dedos, y todos miran embebecidos el espectáculo del aguacero, que en todas direcciones rueda y pártese haciendo infinitas cascadas, rosarios y madejas, y levanta estruendosos rumores en cristales, tejas y campanas.

Mientras cae la sonora lluvia y los truenos se suceden, el labrador mueve la cabeza con ademan de disgusto por la naciente cosecha; la beata enciende los manoseados cabos á Santa Bárbara, *abogada* de rayos y centellas; los chiquillos aprovechan el momento de escapar de sus casas á la calle para pisar y recoger los granizos y hacer con ellos estátuas y figuras; y los gatos, que al barruntar la tormenta fueron de un lado para otro dando saltos y cabriolas, acechan el primer rayo de sol que caiga por una claraboya, para meterse en él y entornar los ojos con pereza.

Cuando todo ha cesado, corren los chicuelos por las calles y por los alrededores de la

poblacion, buscando los caracoles que salen despues de la lluvia. A su paso, encuentran hojas y flores deshechas; yerbas arrancadas de las canales; charcos cercados de granizos, y toda la série de fragmentos que la lluvia hace salir de sus escondites.

Tambien sobre el suelo suele encontrarse á veces algun pájaro ahogado por la lluvia, que medio enterradas las alas entre los granizos, simula hallarse dentro de blanco y original sepulcro de perlas.

EL RIEGO EN LA HUERTA

EL RIEGO EN LA HUERTA

CAMARATE es un honrado trabajador, cuidador de lo suyo como una hormiga, y grande como un San Cristóbal. Cuando atraviesa la calle con el almocafre colgado del antebrazo, y aquella codicia por llegar pronto á donde se encamina del hombre que no piensa más que en sus quehaceres, dice alguna mujer sentada en el escalon de su casa; «ya va el hortelano á su huerta;» y el aludido, como contestando á esta frase mental, levanta al andar un rumor macizo de talones que delata lo récio de su persona, y á cada paso que añade á la caminata, como puntada al pespunte, deja retemblar todas sus moyas de carne, desde las que se ciernen en sus pantorrillas, semejantes á morrillos de buey, hasta las que se extienden por pier.

nas y espalda, que á despecho de la tela del traje, pone de manifiesto la anatomía.

Camarate es un gladiador que ha ejercitado sus fuerzas en las luchas del trabajo, y á pesar de sus cincuenta años, aún tiene vigor para afrontar nuèvos huracanes.

Es de oir al corpulento hortelano, cuando sentado entre el corro de gente de la plaza, habla de sus plantaciones y de sus almásigas, y trata de completar con la mímica lo que deja por describir su palabra.

Con los piés cruzados en las puntas, recostado sobre un brazo y el sombrero echado sobre una oreja para evitar los rayos del sol, gózase en relatar sus emociones de la huerta, y enseña, pegada al extremo del lábio inferior, una corpulenta colilla, que en tanto que le da á la lengua Camarate, tiembla pegada á su boca, como lapa á la piedra, sin que muestre en el más brusco movimiento proximidad de caer.

El aspecto de cara de leon de su rostro, embosca la expresion de ternura y alegría, que pugna á veces por hacerle agradable. Es un mónstruo por el aspecto, á quien nadie ha visto nunca sonreir.

Todo este Goliat doméstico está sentado al

pié de un barranco, junto á una hilera de colmenas, contemplando antes de poner mano á la obra, la extension llena de surcos de la huerta, cuyo solo aspecto inunda de inefables goces su alma.

—«Desde aquí—dice hablando consigo mismo—veo la tabla de tomates hecha toa una gloria prifeta, con sus frutos agazapaos contra el suelo y sus tallicos que pronto darán de sí otras nuevas premicias. La tabla puesta de calabazas, paece mesmamente una cama reonda de panzas de clérigo. Pos mia allí los pimientos, unos verdicos, otros encarnaicos, escaecios del sol, y esperando el chorro de la alberca. Mas allá veo los pepinos tendios contra el suelo, que paece que escuchan si viene el ruio del agua: esa tabla proujo el año pasao toa una belleza de fruto. Las lechugas, las coles, aluego los perales, los manzanos dispues, paece que aguardan á que suelte el chorro por los camellones, pa jartarse de frescura y alegria.»

Y el hortelano, que habla en voz alta cuando está solo, prolonga hasta lo interminable su discurso, poniendo motes de cariño á las plantas hermosas, y colgando alifafes á las que no medran.

—¡Eh! ¡manos á la obra!—dice por último, soplando al suelo la colilla del cigarro, y da varias zancadas antes de entrar en la huerta.

Primero va á sacar de debajo de una mata el azadon, el escardillo, la azada, y cuantos instrumentos necesita para sus operaciones; y luego que los ha puesto en sitio conveniente, se humedece y restriega las manos, échase la azada al hombro, y empieza á pasar revista á los camellones, por si hay alguno roto por donde pueda desperdiciarse el agua.

¡Ahí es nada el paseo! A pesar de lo grandullon de su cuerpo y de la honda huella que estampan sus piés, en metiéndose camellones adentro, es más diestro en no herir planta alguna que Cuasimodo en dar saltos y volteretas sobre las torres. Aquí desvia la pierna para no rozar las delicadas hojas de una planta, allí asienta el pié en una canal, porque así conviene al apisonamiento del terreno; más allá mete el pié entre las hojas sin ajar lo más mínimo la tez de ninguna, y cuando le parece, salta; y cuando no, pisa quedo; y tan pronto queda abierto de piernas para inclinarse y desenredar dos tallos que se habian trabado de disputa, como va

con la cabeza gacha y la hazada al hombro, indagando dónde está la avería, ó tapando lo que conviene para en el momento de soltar los frenos á la alberca.

Satisfecho de su requisa, vuelve otra vez nuestro hombre huerta arriba, solo en su solo cabo, con las mangas remangadas por cima de los codos, el camison abierto por la pechera, y los piés llenos de arañazos y restregones.

Al llegar junto á la alberca, apoya una mano sobre el tosco muro, mide con la vista la porcion de agua, sin equivocarse en lo más mínimo, y calculando en el momento la distribucion, como insigne matemático, se dispone, sin más, á tirar del tapon del estanque, que se halla sumergido en la poza que se forma en los puntos de escape de las albercas.

Remángase aún más la manga derecha, clava una rodilla en el suelo, apóyase con la mano izquierda en la accidentada pared, y hunde el larguísimo brazo, palpando el tapon de trapos y madera. La brega hecha á tientas, arranca de la frente del hombre anchas gotas de sudor que van á dar sobre el líquido, y descomponen su figura dibujada en el fondo.

Por fin atrapa el extremo del tapon, del

que cuelga un recio cintajo, y disponiendo el cuerpo á la huida, da un gran tironazo, y en el momento salen cien revueltas crines de espuma entre golpes y chasquidos, que se abren en sueltos ramales sobre el suelo, y parten con la violencia del cuerpo que busca su nivel.

A medida que el chorro adelanta, la esponja abierta de la tierra lo merma y lo sorbe con ánsia, haciéndole caminar más despacio á medida que más avanza por el suelo.

Camarate, despues de enjugarse con la manga de la camisa los salpicones que le cayeron en el rostro á tiempo de tirar, empuña la azada nuevamente, y como quien saca á pasear brioso caballo cogido de la rienda, pónese al nivel de la punta del chorro y empieza á seguirlo en todos sus saltos y evolucionos.

La corriente, convertida en una trenza cristalina, mete la cabeza, con movimientos de culebra, por entre la hojarasca, y échase al lomo toda la série de pajas, tallos secos y pedazos de hoja que encuentra al paso, batiéndolos en la corriente y alternándolos con redondas manchas de espuma oscura y rumorosa.

A medida que entra en los camellones, el agua se oscurece y sube con lentitud hasta dar en el tronco de las plantaciones, y lleno que es un trozo de terreno, el hombre cierra con la azada el sitio de entrada y abre el de otro lugar, principiando el agua á remover de igual manera la hojarasca tendida en las canales.

Entrando de surco en surco y rodando de tabla en tabla, el raudal ondula, quiébrase ó se pulveriza, segun que transita por llano, cae de piedra en piedra ó tropieza con algun obstáculo que le hace formar rompientes, ondas y espumarajos.

Las almásigas, mientras el agua hace su entrada lenta en los camellones, son mojadas por Camarate á golpe de hilo de regadera, y quedan cubiertas de partículas de gotas brillantes. Por los sitios donde ha pasado la corriente, queda la lista negra de lo húmedo tendida de punta á punta, como si en aquel sitio diera una banda de sombra.

Los olores de la huerta llegan agradables é intensos al olfato; la frescura sube tambien en hálito fresco de la tierra, y las plantas recobran su lozanía, halagadas por el riego.

Yéndose el hortelano hácia la alberca,

pues calcula que ya debe hallarse vacía, apóyase contra el muro y contempla la cuarta escasa de líquido en que nadan peces y anguilas con notoria dificultad. Algun pez salta del agua dando una brusca colada, y entonces deja en el ambiente como un latiguillo de gotas, que caen fustigando la superficie. Las ovas, á medida que el líquido fué descendiendo, quedaron colgadas de los muros entre grecas de piedra, vericuetos medrosos, y un confuso hervidero de reptiles. En la pared se ve clara y distinta la señal del agua, hasta la cual bajan por el caño las fantásticas petrificaciones que la corriente forma pasando siempre por el mismo sitio. En el fondo del estanque una rana asoma los ojos saltones, colocada sobre una piedra, y deja retratar lo oculto de su barba en el cristal, que más cercano á las lobregueces del fondo, copia con más energía cuanto arriba se descubre, desde las breñas que caen como pabellones sobre los bordes, hasta las azules profundidades del cielo.

Camarate, haciendo idénticas operaciones á las anteriores, hunde otra vez el brazo en la poza, y clava el endurecido tapon en la alberca. El chorro, cayendo desde más altura,

baja roto y desramalado, partiéndose en lucientes pulverizaciones.

Regada al cabo la huerta y acabadas todas las tareas consiguientes, el hortelano fúmase el último cigarro, despues de haber metido bajo la mata los instrumentos de labranza; y cuando ha apurado la colilla, siempre hablando consigo mismo, pone el pié en el camino y se dispone á volver á la poblacion.

¡Cosa impensada y extraña! Camarate, todo tosquedad y robusta agrupacion de materia, es en extremo religioso, y en cuanto halla ocasion comienza á tirar de letanías.

A medida que avanza hácia su casa, asentando los récios talones en la senda, dice, de modo que se oye á diez pasos de distancia, con visos entre de originalidad y de locura: «Padre nuestro que estás en los cielos..... Santa María madre de Dios...»

LA CAJA DE PASAS

LA CAJA DE PASAS

CANTA que te canta.

No parece sino que todas las cigarras del mundo se han dado hoy cita en torno del pasero.

Muéstrase éste completamente lleno de uvas puestas á secar, y á trozos ya se ofrecen á la vista en disposicion de volverlas, pues los palos de los racimos quedaron secos, haciendo su última contorsion, y si es las uvas, ya salvarón bastante la categoría de pasas, llegando á quebradizos grancejos.

El sol cae sobre el lagar como una inundacion de luz, y sus paredes toscas, blanqueadas con cal, resplandecen como enérgicos reverberos.

La casa, que está situada sobre un cerro,

consta de un solo piso, es decir, el bajo, y contiene, en primer lugar, la sala de entrada, en uno de cuyos extremos se distingue una alcoba ocupada por blanquísimo lecho, al que hacen compañía algunos cuadros decorativos; bajo ellos, con perfecta simetría, se alza una decena de sillas de paja, alternando en su tejido los colores rojo y verde, que en líneas allegadas de los cuatro lados, van á reunirse en el punto céntrico del asiento.

Al lado derecho de la sala se descubre otra habitacion con ventanas á la fachada principal, en una de las cuales, coronada de tiestos de flores, produce el aire silbido casi imperceptible, arrancando á las plantas ráfagas de perfumes, que luego difunde por el ambiente.

Por los hierros de la reja se precipita hácia arriba, haciendo toda clase de gimnasia, profuso tropel de enredaderas, que á trechos lucen sus campanillas blancas y azules, sacudidas de polvareda morada éstas, y de roja las primeras.

Por entre dos macetas, asoma sobre labrado platillo de barro una fresca alcarraza cubierta por historiada tapadera, y por sus po-

ros destila menuda lluvia de apretado rocío.

En una jaula suspendida en el hueco de la ventana ejecuta un canario su más brillante sinfonía, y de vez en cuando picotea las hojas de lechuga introducidas en los alambres.

Detrás de la sala de entrada, y paralela á ella, extiéndese la ahumada cocina campestre, con sus alcuzas colgadas de los clavos, sus botijas verdes sobre las tablas, su vasar de platos guarnecido de jarros de cristal, y su chimenea cargada de peroles y calderas, entre cuyos huecos se entrelazan frondosos tallos de rojas adelfas, y pequeñas ramas de limoneros, salpicadas de frutos de oro.

Por una puerta falsa, situada en la cocina, se sale al campo, y lo primero que se observa detrás de la casa, es la elevada pila de sarmientos, divididos en gavillas, que las vides arrojaron durante la poda, para arder silbando y retorciéndose bajo la campana de la chimenea, en las noches en que los granizos llaman con dedos de perlas á los cristales.

Tropiézase con los toldos, ya de lienzo, ya de tablas, los unos con sus hojas de madera replegadas á guisa de enormes alas, y los otros con su blanca tela sujeta en lo alto en

forma de ceja y sus largos flecos de tomizas, desparramados por el suelo.

En la puerta principal de la casa se alza una espléndida enramada, compuesta de cuatro retorcidas vigas que sostienen la balumba del techo, donde se mezclan las bolinas y las cañas, y donde el aire suena incesantemente, arrullando la siesta con sonidos gárrulos y alegres.

Debajo de la enramada bulle inquieto tropel de gente, donde se ven algunos rostros femeninos, graciosos como de Andalucía, entreteniéndose hombres y mujeres en llenar cajas de pasas, mientras al son de las cigarras entona cada cual entre dientes su largo repertorio de coplas, ya festivas, ya llenas de profunda tristeza.

En oscuro frutero de vareta se elevan las pirámides de racimos separados por clases, y una verdadera república de formaletes, cañas abiertas para sostener los papeles de los lechos, cajas vacías, medias cajas y cuarterones, cubre por completo el pavimento, en uno de cuyos extremos, y tocando su mango en un puchero embutido en la pared, se alza *tieso y enjuto* el escobon de palmas, fabricado en los talleres de Almojía.

Un muchacho como de diez y ocho años salta de acá para allá, bien trasportando las cajas llenas dentro de la casa, bien pesando con la honda y la romana tal ó cual lecho, ó ya alargando la jarra del agua á alguna morena, que de manos de ésta va á las de al lado, de éste á las del de más allá, de aquél á las del tio *Embuste*, y de éste, por último, al garabato que de en medio de la enramada baja como de régia bóveda, y donde balanceándose despues de colgada, la vasija viene á hacer en aquel aquel templo veces de suntuosa lámpara.

Armado cada cual de su correspondiente tijera, óyese el castañeteo producido al cortar el tallo demasiado largo, ó el chupon rebelde que desvirtúa el hermoso racimo.

Tiéndese en el formalete con la cara hácia abajo el primer lecho, y empléase un regular trabajo en su ejecucion, por ser regular tambien la clase de caja que se elabora, conocida por el nombre de *dos caras*.

Hecha la primera operacion, intercálase pasa suelta ó pequeños gajos para ir rellenando los huecos, y una vez terminada esta segunda faena, empiézase la última cara, ó sea *la de arriba*, cuidando de que la pasa

sea algo más gruesa, por ser la que habrá de quedar á la vista.

Mientras todo esto hace cada uno en su respectivo formalete, ó el tio *Embuste* cuenta alguna aventura de sus mocedades, ó se murmura de la gente de la casa, sacando á relucir añejas historias ó misteriosas intrigas.

A tiempo que llega una cuadrilla de vendimiadores á los toldos, cargada con sus fruteros de uvas, Rosalía, novia del *manijero*, y muchacha de cuyo pelo pudiera hacerse un columpio, canta la siguiente copla, haciendo llegar su voz á los oidos del mozo:

Como hierve en las bodegas
el vino espumoso y nuevo,
así hierve el amor mio
en el fondo de mi pecho.

No se hace esperar la respuesta.

Apenas la última vibracion de la voz de Rosalía se borra en los aires, Fernando, mozo de tez bronceada, que usa negras patillas de *boca de hacha*, camison abierto, con mangas arrolladas, faja que jamás desenrosca de su cintura, y en ella terrible arma de acero, lanza con voz argentina esta copla, cuyas notas van espirando alegremente, des-

pues de haber repercutido en la cañada, como si allí hubiese sido entonado el cantar:

Borracho voy á volverme
por gustar de lo que es bueno,
en la copa de tus lábios
que está rebosando besos.

Pronto advierten todos el tiroteo, y hasta el tio *Embuste* echa su cuarto á espadas, entonando con voz cascada su copla respectiva.

Aquello se convierte en un verdadero drama. Los celos, la envidia, el orgullo, el amor, cuantas pasiones germinan en el corazon humano, salen en forma de cantar, ya de unos lábios femeniles, ya de la boca rosada y fresca de curtido mozo.

Marcha nuevamente la cuadrilla, alejándose por angosta vereda, y ya va perdiéndose de vista, cuando llega confuso y poético el rumor de la última copla entonada por Fernando.

Síguese poniendo á los lechos la segunda cara, y bien colocados los racimos, acaban por cubrir la pasa más inferior, intercalada á modo de cascote, no viéndose por fin otra cosa que alineadas y simétricas pasas, quedando constituido el lecho en oscuro tablero de ajedrez.

Oprímese con otro formalete el que contiene el lecho terminado, y mediante una rápida vuelta, queda á la vista la cara hecha anteriormente, que, como construida á ciegas, necesita de retoques, variantes y composturas.

Acabados cuatro lechos, van á llenar una caja, de antemano vestida de elegantes pliegos, poniéndose encima de la última capa abigarrada viñeta sembrada de colorines que ocultan los papeles del lecho, cuyos lados, guarnecidos de encaje de oro, ya muestran alegre paisaje, ya airosa maja de pié breve y curvas graciosas, envuelta en pañolon de Manila, del que caen á manera de lluvia los flecos.

Empréndense nuevos lechos, y tornan una y otra vez los vendimiadores con los fruteros llenos de uvas; y mientras ya caido el sol en el mar, flota, al parecer, entre las olas como cisne de luz, y las sombras suben de los valles, y callan las cigarras, y de la aldea inmediata llegan con el viento las campanadas de la oracion, cada cual abandona su tarea entre risas y danzas alegres; y unidos todos bajo la *enramada*, mientras se prepara la cena, y el gallo ha huido de las sombras, y

los pájaros han callado su algarabía en los álamos, y en el cielo empiezan á temblar millones de estrellas, la guitarra, dando al aire su voz quejumbrosa, acompaña con punteadas notas los dos siguientes cantares, con los que da principio la fiesta:

ROSALÍA.

Cosa que mucho se mira
se dibuja en la memoria;
no es extraño que en mi alma
se dibuje tu persona.

FERNANDO.

Pupila que al sol contempla
lo copia con vivos tonos;
¡por eso llevo tu imágen
en las niñas de mis ojos!

EL RECODO DEL CAMINO

Al mejor de los amigos, á Joaquin Mazas, ameno y elegante escritor

EL RECODO DEL CAMINO

TREPANDO el caballete de la tapia, á cuya sombra se halla recostado Ginesillo, baja rozando las piedras una erizada semilla aérea de esas que lanzan por todos lados como tiesos hilos de araña, hace varias evoluciones, segun que el aire la mueve con mayor ó menor violencia, retiénese un momento en varias hendiduras de la pared, y desciende con lentitud sobre la cabeza del muchacho, que, con el cuerpo tendido en el suelo y el codo derecho apoyado en una piedra, la mira caer del ala de su sombrero, y hace un repentino movimiento para cojerla, como si se tratara de una mariposa.

Da una manotada en el aire, y escapándo-

sele la semilla, alza la cabeza y échasela hácia atrás sobre ambas manos cruzadas, tendiendo en tierra todo el cuerpo, con lo cual queda como echado en el lecho, y dispuesto cómodamente á ver la ascension de la viajera.

Lo primero que nota, al seguirle dentro de la sombra que la tapia proyecta en la calle, es que va dando lentas y pacíficas vueltas, á estilo de aspa de molino, y que á veces se pierde de vista y vuelve á aparecer.

Atraviesa el límite de la sombra la semilla, y al entrar en la luz, un tropel de hilillos de sol va repentinamente á irisarla y á inflamar su cuerpo de gasa. Echando, á guisa de animal, pata tras pata por el aire, y rozando ya en el muro de enfrente, ya en la rama de olivo que asoma por la tapia, ya en la pared de una chimenea, la semilla va adquiriendo poco á poco velocidad, y al cabo no aparece á los ojos del muchacho sino como un esbozo de mariposa, ó como mancha levísima del aire.

Cuando se pierde de vista, el zagal desanuda el lazo de las manos, levanta la cabeza y yergue hasta medio cuerpo, apoya á un lado y otro las palmas contra el suelo, y trayéndose debajo de sí los piés con un movimiento

de gimnasta, dá un repentino salto y queda puesto de pié, estirando entonces los brazos y abriendo con un bostezo la boca, que le hace traer á los ojos dos chispas de lágrimas.

Se estira el zagalejo, y viendo que ya el sol va de caida, y dando en la cuenta de que le esperan en el cortijo con los encargos que para el pueblo le hicieran, mira al fondo de la calle donde se halla, y divisa el campo, ya lleno de rayos oblícuos y de largas siluetas de sombras.

Acomódase bien en el seno los paquetes de hilo, botones y cintas que comprara en la tienda, canturrea una copla y parte en direccion del cortijo.

Mientras, á saltos y cabriolas, llega el zagal al recodo del camino, desde el cual se dá vista al pueblo entero y se descubre un hermoso paisaje, el párroco del lugar administra las últimas cepilladas á su manteo y los últimos alisamientos al pelo de su sombrero de canal, y sale tambien por el mismo sitio del muchacho, empezando el pacífico paseo que todos los dias dá á la misma hora para recrearse en los pintorescos alrededores del pueblo.

Este, lleno de escenas y rumores de ven-

dimia, muestra sus innumerables toldos de pasas; cuadrillas de hombres, teñidos por el sol, y soportando en la cabeza las canastas llenas de racimos, atraviesan por veredas y caminos, dejando á su paso marcado é incitante olor á uva madura.

Las lomas cercanas del pueblo muestran una corona de sol en sus cimas, y por los valles principian á extenderse la lobreguez, que luego levanta leves murmullos del río.

El párroco adelanta por la vereda deslizando el manteo al mismo ras del suelo, haciendo entrar el aire en los anchos pliegues, y arrastrando á veces una hoja seca que alza un ruido estridente, y dá volteretas durante corto trecho. A veces se abren demasiado los pliegues del manteo al bajar una cuesta, y entonces, la figura del sacerdote, acentuada de extraña manera por las anchas alas del sombrero, parece pájaro monstruoso próximo á levantar el vuelo.

Las yerbecillas y plantas que bordean la vereda, van destacándose instantánea y sucesivamente sobre el fondo negro del hábito, y por un momento vénse desfilar sobre la orla del manteo tallos de acederas, manojillos dé escas avenas, moños erizados de pitas, y toda

la série de rastrojos que el sol dejó al borde del camino, de los cuales se desprende un intenso y penetrante olor á verano.

Cuando el cura dá vista al recodo donde todas las tardes suele sentarse, ya ha tomado asiento en él el zagal, y ha vuelto á olvidarse de que le esperan en el cortijo; con las piernas abiertas en el suelo, se entretiene en arrancar las espiguillas secas que caen bajo su dominio, ó en echar al aire piedrecillas que coloca en el dorso de la mano, y que ha de cojer al vuelo, despues de disparadas, en medio precisamente de la palma.

De vez en cuando pónese á guisa de pantalla los dedos sobre los ojos para evitar los rayos del sol, y explora pausadamente todo el camino, abismándose por algunos momentos en el paisaje.

De pronto descubre, ya encima, la impensada figura del sacerdote, y como no le dá tiempo á huir, como fuera su deseo, compónese lo mejor que puede, y espera la llegada del personaje.

—Dios te guarde, Ginesillo, dice éste al llegar, y desvíase todo el manteo por la espalda, del lado izquierdo, pásalo por debajo del brazo, y tendiéndolo con soltura sobre el

regazo, quiebra en un ángulo la línea recta de su cuerpo, y queda sentado sobre la piedra.

—Güenas tardes, señor cura,—responde todo atarugado Ginesillo.

—¿Qué haces aquí á estas horas? ¿no te esperan en el cortijo?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Ná, señor cura; me senté una mijilla pá escansar.

—¡Ah! luego vienes del pueblo...

—Sí, señor. Allá fuí por unas encomiendas.

—¿Estás este año de temporada con el señor Cipriano, no es eso?

—Sí, señor.

—Parece que la vendimia va ya de capa caida, ¿eh?

—Enotavía quea algo colgao de la cepa, señor cura; en casa de mi amo se seguirán cortando algunos capachos.

—Y las cajas ¿á cómo han empezado este año?

—Pues á vintidos, lo corriente, y á vintiocho el grano; mi amo parece que está muy contento, porque como es güen precio y

luego ha caio por aquí eso de la filosera...

—Efectivamente, no es mal precio, y es para estar contento que las cajas puedan valer algo.

—Con que, si V. no manda otra cosa...

—Nada, Ginesillo; dá al Sr. Cipriano mis recuerdos.

—De su parte serán encomendaos.

Y besando al cura la mano, y dándole un adios que dijérase olia á tomillo y yerbas de los campos, partió el zagal aligerando el paso, pues el crepúsculo se le venia á más andar encima.

El cura quedó solo sobre la piedra. Los últimos arreboles del dia encendian pabellones de púrpura en los cielos, y los últimos destellos del sol los hendian con rasgos de luz ofuscadora.

En el ambiente nadaba toda la série de animales alados, desde el mosquito hasta el pájaro, y en la copa de un álamo de la huerta, alzaban los gorriones estruendosa algarabía de píos y exclamaciones que se confundian y entremezclaban como los restos de colores en la brillante paleta del artista.

El pueblo fué despidiendo poco á poco todas las reverberaciones del crepúsculo, des-

de la que finge llameante incendio hasta la que simula melancólico velo morado, que aja lentamente la sombra.

Los hortelanos regresaban de los huertos vecinos, y al llegar al recodo del camino enviaban su respetuoso saludo al sacerdote, el cual hacia sonar tambien el nombre de Dios entre las brisas de la tarde.

Los chiquillos gritaban á lo lejos en las calles del pueblo, y corrian en torno de los grupos de mujeres, que sacaban las sillas de sus casas y las colocaban sobre los empedrados, para formar corros alegres y bulliciosos; el rumor de las esquilas bajaba medio confuso por las pendientes de las laderas; el aire fresco de la tarde movia con delicioso balanceo todas las hojas de los árboles, y empezaban á volverse indecisos las líneas y contornos.

La oracion se oyó apacible y lenta, entre una suspension general de la naturaleza, y sus ecos resonaron en las fuentes y en los peñascos.

El cura murmuró en voz serena la Salve, y los murciélagos formaron ronda fantástica sobre su cabeza.

Al mismo tiempo, atravesando con sus hi-

los de luz el sonrosado éter, brilló sobre el pico de los montes el hermoso lucero de la tarde, semejante á flor abierta de pétalos azules.

EL MOVIMIENTO DE LAS HOJAS

Al conocido escritor D. José Gutierrez Abascal

EL MOVIMIENTO DE LAS HOJAS

AHORA que las hojas verifican sus últimos movimientos, como los viejos corazones sus latidos, justo es consagrarles un modesto lugar en nuestro *álbum*, siquiera sea como el recuerdo que se envia á todo lo que fenece.

El confuso rumor del oleaje ha pasado una y mil veces por ellas mientras han formado copa frondosa á los árboles, y los rayos del sol han burlado sus movimientos para atravesar instantáneamente hasta el suelo, y dibujar un lunar de oro en el agua.

¡Con qué majestad se movieron las blanquecinas hojas del álamo; allá, cuando en la primavera les hacian ricas promesas las au-

roras, que llegaban esmaltadas de tintas rosadas!

Presidiendo la fresca esplanada de un huerto, que acaso recordaba triste estudiante desde el cuarto de agitada poblacion, el álamo se alzó pomposo y gallardo, no con la sombría arrogancia del pino, sino con el alegre brío de la juventud, levantando sus ambiciones al cielo y uniendo en magnífico haz sus ramas elegantes y decididas, que por la noche señalaban á la estrella donde querian subir. Entonces no recordaba lleno de altivos arranques el invierno, y dejaba entrada franca á los pájaros, con la misma ansiedad que las almas grandes dejan entrada á las nobles ideas.

Desde la cúpula al cimiento, sus hojas se movian en resonante balumba, y se balanceaba su tronco con la majestad del mástil de un gran buque anclado en el puerto. Él era la torre que servia de guía á las oropéndolas y mirlos del contorno; en su remate chispeaba el último destellos del sol, que lo convertia en solemne rey con corona.

Las brisas llegaban á él cargadas de impalpables gérmenes de fecundacion, y á su choque suave, las hojas batian como alegres

palmas de entusiasmo. Ahora mira en la corriente que se arremolina á su pié, pasar mústias y amarillas las hojas de otros álamos, que van impelidas por el último movimiento, el que lés presta un cuerpo extraño, como al cadáver se lo presta el horrible trepidar del carro fúnebre. Pronto él lanzará tambien la última hoja, la que acaso fué excelente músico pegada á la sonora rama, y la que puso cubierta, durante la lluvia, al desamparado nido de pájaros.

En otros diferentes árboles, las hojas verificaron tambien sus movimientos, bañándose de luz y de alegría. Únicamente el sauce dobló sus ramas á la tierra, y miró triste y melancólico por el cristal del lago la brillante vida de los cielos, buscando acaso en los remotos mundos el guardador de la dicha y la inmortalidad.

Conforme á la condicion de cada sistema de hojas, el movimiento produjo en ellas sonidos y rumores diferentes. En el exuberante plátano produjo ecos de instrumentos moriscos y de zambras de serrallo, marcando con pereza las pausas del ritmo de los climas ardientes; al pasar el aire por las combadas hojas del arbusto, salidas de un mismo tronco,

que recuerdan por su forma la elegante arquitectura árabe, habló el adormecido lenguaje de la pasion y trajo como voces perdidas de lejanos países orientales.

En el pino fingió el flujo y reflujo de la marea, y recordó la inmensa soledad de los mares y las escenas del incendio en las olas; al soplar con violencia el huracan, el árbol mostró su poderío esgrimiendo las tremendas mazas de su fruto, circuidas de escamas de bronce, y sacudió su oscuro ramaje como mónstruo que se apercibe para la lucha.

Cruzando el aire por la retama alzó, como de ocultos lábios, agudos silbidos; al dar en el almendro, formuló en los filos de las hojas el rumor de la lluvia y de los idilios del Abril; en el moño de zarzas levantó barullo de brujas y lejano zumbido de aquelarre.

Aquella hoja que colgó de la punta de un tallo y quedó suspendida al ras del agua, zambullóse en las inquietas burbujas de la corriente, y ejecutó una interminable danza de saltos y cabriolas; hundia en el blando cristal su punta, la impelia una onda de agua, y saltaba de nuevo al ambiente enseñando al trasluz una cuenta cristalina.

Otra hoja cayó, pendiente del tallo, al bor-

de de la vereda, y el aire la obligó á barrer incesantemente el suelo, haciéndole levantar rumor entrecortado y estridente; al borde del camino vió pasar los labriegos para los campos, las bestias cargadas de frutos, el mendigo que va de pueblo en pueblo implorando la caridad, y ella seguia entre tanto barriendo el mismo punto del suelo, como si padeciera de una extraña monomanía y se aferrara en dejar bien lisa la superficie.

En la grieta de una tapia tambien deslió una hoja el rollo elegante de su cuerpo, é hizo vida de claustro rozando al empuje del viento la piedra, que debió escuchar sus místicos murmullos. Creció enferma y blanquecina, sin que pudiera el sol bañarla en luciente color de esmeralda.

Otras hojas vivieron bajo las aguas del estanque, que les dieron su imperceptible movimiento; el tallo caido desde fuera, quedaba roto, al parecer, bajo el cristal, y á veces lo movian con rápido coletazo los peces nadadores.

Los rosales de hojas diminutas extendidas por las tapias de los conventos, se agitaron con soñoliento misterio á las primeras brisas de la tarde, cuando un rayo de sol doraba

los acristalados caballétes, que aparecian cuajados de temblorosas estrellas de oro, y el órgano se dejaba oir tras de los muros, acompañado de coros y salmodias. Al pasar una ráfaga de aire, las hojas llamaban de plano en el muro, como la mano del peregrino á la puerta de un hogar enclavado en la nieve; tal vez querian entrar para unir el perfume de sus rosas al flotante penacho de incienso que subia á través de las columnas y las labores.

Allá entre las pitas y chumberas, donde las arañas tienden de punta á punta sus hilos irisados, salió entre crestas de púas el almendro bravío, que resguardó en el dorso de sus hojas los nidos de los insectos, construidos con blanquísimas fibras, que recuerdan las de los gusanos de seda.

Todas las hojas, segun su posicion, unas al ras del agua, otras metidas en la grieta de un muro, algunas bajo los manantiales, y las más colgadas de las ramas, verificaron los alegres movimientos de la primavera y el verano, y llenaron los oidos de suaves y gárrulas armonías.

Cuando el invierno impere sobre la tierra, no quedará de tanta balumba de follaje sino

alguna hoja llevada á sitio reservado por el viento, la cual, colgada de una de esas redes que tejen la lobreguez y el tiempo en las cuevas ocultas, se volverá de un lado para otro sin cambiar jamás de movimiento, parecida á ciertas ideas que dentro del cerebro bullen con la insistencia de la monomanía, sin parar tampoco en su giro monótono y eterno.

EL DOCTOR CENTURIAS

EL DOCTOR CENTURIAS

El doctor de mi cuento es un sér extraño y original. Viéndolo, acuden á la memoria involuntariamente los maravillosos personàjes de Edgard Poe; creyérase que flota en torno de él algo del aire de sapiencia que envuelve á los iniciados en los *avatares*. Su fisonomía es problema tan intrincado para quien desea inquirir algo en ella, como es intrincado el problema que, mediante su ciencia, se propone resolver en la vida.

Su rostro se concreta á dos formidables mechones de cabellos entrecanos, que caen sobre dos hundidos ojos, varias arrugas que le van de las mejillas á la barba describiendo pronunciadas curvas, y una boca desdentada

y fea, que acaba de darle toda la apariencia de un caracterís:o de comedia del pasado siglo. Únase á esto su traje, compuesto de leviton con innumerables pliegues en la cintura, chaleco de desgastado terciopelo, pantalon de negro punto, y corbatin ceñido á un cuello de récias paredes, sobre el que descansan las quijadas, y tendremos lo que es en su hábito exterior el sapientísimo héroe de mi cuento.

Cuanto á sus propósitos morales, diremos que la única causa por que lucha, y la mision que él se cree llamado á realizar, es la invencion de una sustancia ó medicamento, segun el cual, la vida, á semejanza de la materia inanimada, pierda cuanto tiene de deleznable, y se perpetúe, y goce de eterna salud y bienestar.

Nadie diria, á pesar de la apariencia caduca del doctor, que lleva largas centurias dedicado á su invento, entre retortas y morteros, tratando de pasar por el alambique la sustancia que dé alma y vida á su medicamento, el cual, segun la frase del sábio, «hará temblar á la muerte, con la sola presencia de una espátula remojada en el unto.»

Inflexible y constante, á despecho de las

derrotas sufridas durante largos años de análisis, todos los dias y á idéntica hora permanece metido en su laboratorio, donde á las materias más novísimas une las de más antiguo abolengo, y por donde han desfilado sistemas y teorías, sin que ninguno haya venido á hacer la luz en el cerebro del sábio.

La gente, cuando pasa alegre y risueña cerca de su casa, echa, en su ignorancia, pocos años de vida al doctor; pero no sabe que éste, oidor de cuanto de él se murmura, lanza una sonrisa de desprecio, abre una de las ventanas, que da sobre sus sales y reactivos, y exclama midiendo la intensidad de los rayos solares:—¡Aún hay vida que vivir!

Y es cosa que semeja cuento decir que cuando abre la ventana, la luz ahuyenta cuanto de tétrico hay en el laboratorio, bien como una sonrisa anima un rostro caduco; pero es lo cierto, que el brillo de los fondos y mangos de los cacillos, el borde, hecho túnel, de los embudos, el irradiar de las cacerolas y la luz que se descompone en cristales y pedriscos, llenan como de luminosas aristas el ambiente, y el doctor, que antes parecia próximo á su fin, adquiere el brío de

cercana erupcion, cual si hubiese permanecido largo tiempo sumido bajo pavesas.

Allí tiene el sábio, colocados en diferentes divisiones, el pesado antimonio, parecido á cuerpo de ceniza con reflejos; el cromato de potasa, de vivo y anaranjado color, que alegra intensamente la vista; el sulfato de cobre, que posee el matiz, sin la trasparencia, de la esmeralda; los arsénicos blanco y amarillo, uno bañado de los frios reflejos de la seda, y otro con algo de los visos del ópalo y los tonos suavemente morados de la amatista; el antiguo *sulfur*, formado de amarillentos cristales, con las tintas de los limones nuevos en su seno; el menudo y gracioso clorato, blanco cual hojas de azahar reducidas á chispas brillantes; los ácidos cítrico y tartárico, uno lleno de filamentos incoherentes y otro más alargado en sus cristales, imitando el tono de agua levemente turbia. En tablas distintas que adornan con severa simetría la estancia, se ven en botellas de tapon esmerilado. ácidos líquidos y esencias, como la de rosas, que ostenta la claridad pacífica y serena del aceite; la de lavanda, parecida en su color á una disolucion de cromato con algo del tono de áscuas mortecinas; la de limon,

semejante á claros é irradiadores topacios, y otras varias y numerosas sustancias, que extendidas por todo el laboratorio, le dan ese intenso y particular olor de farmacia, y lo revisten del carácter adecuado á la retrospectiva figura del doctor.

Pero es el caso que, poseedor éste, mediante largos estudios, de muchas y variadas ciencias, tiene la de hacer animarse los séres que fueron; y es de verlo emplear primero una fórmula de espiritismo y hacer luego acudir en torno suyo, en visible y espantable ejército, las formas de los que le antecedieron en la difícil ciencia que posee.

Su objeto al reunir esta fatídica asamblea, no es otro que el de deliberar sobre los medios favorables á su invento; y al efecto hace sentar en morteros, hornillos y cacerolas, toda la extraña falanje, la cual acude con plena inteligencia al concurso.

Ved, ahora que es la media noche por el filo, al doctor, hacer sus signos y manipulaciones y adquirir en su ejercicio misterioso visos de nigromante.

Pronto unos golpes dados como por mano invisible en distintos objetos de la estancia, hacen agitarse desmesuradamente campanas

y medidas, y ábrese sigilosamente la puerta, empezándose á oir los chasquidos y los pasos, llenos de temblorosos crujidos, de la legion que entra en órden de formacion á ocupar sus asientos.

Marcando el redoble de la marcha, un espectro de tenebrosa presencia adelanta á la cabeza de todos, trayendo atado un gran cráneo á modo de tamboril á la cintura, sobre el cual deja caer las dos enormes tibias que sujeta en las manos, levantando un rumor fúnebre sobre el que descansa la marcha numerosa de los aparecidos.

En su seguimiento entra, pareja tras pareja, todo el resto de la extraña comitiva, que, dentro ya del laboratorio, va dando en torno del doctor esa vuelta que ejecutan los comparsas en los teatros.

A medida que se desenvuelve, cada esqueleto mueve con ágil desenvoltura piés y coyunturas, y dá alguno, con la mano descarnada, en algun perol ó embude colgado en la pared, que se queda luego bamboleando, y hace resbalar sus reflejos sobre la fria blancura de los espectros.

Presididas por el doctor, las osamentas toman asiento, cuál en una retorta, cuál en el

metálico cono de un cacillo, ésta en el borde del alambique, aquella sobre un mortero granuloso.

Hecha la señal de apertura con una espátula descargada sobre una caldera, la asamblea da solemne principio á la sesion.

La discusion que se verifica es la misma que tuvo efecto desde el orígen remoto de los siglos. Un espectro se expresa con vaguedades é incertidumbres, otro embrolla el debate apuntando un descabellado procedimiento, aquél confía la más larga resistencia de la materia al método y á las severas fórmulas, éste á la completa supresion de medicamentos.

Tal barullo logran meter en la cabeza del doctor, que éste sacude un tremendo porrazo en la caldera, como aquel de la campana de uno de los actos de *Norma*, y llama al órden con voz imperiosa á la asamblea.

Pero el concurso, poseido entonces de amor propio, que hasta sigue apegado á las osamentas, hace sonar sus glorias adquiridas, tratando de avasallarse unos á otros.

—Yo inventé la anatomía,—grita uno, poniéndose de pié, con horrible chasqueamiento de huesos.

—Yo, larga série de medicamentos modernos;—añade otro con no ménos énfasis que el primero.

—Yo el sistema de la homeopatía.

—Yo *el método de Raspail.*

—Alto ahí: yo he suprimido el dolor humano con el cloroformo.

—¡Bravo, bien!—oyóse en todos los ámbitos, ante este poético invento.

—¡Orden, señores esqueletos!—vuelve á gritar furiosamente el doctor.

Pero no cesa la algarabía, sino que, por el contrario, va cada vez en aumento, hasta el punto de que las osamentas van de las palabras á las manos, de las manos á los hechos, y pronto el laboratorio no es sino el campo de una horrible lucha cuerpo á cuerpo y brazo á brazo, en que tarros, filtros, farmacopeas y cápsulas, van por el aire con vertiginosa rapidez, levantando seco chasquido de huesos al dar en el brusco aparato de los esqueletos.

A poco, la estancia no es sino un espantoso caos, donde las fórmulas revueltas amenazan destruir la humanidad, donde el blanco *cremor* y el arsénico, de extraordinaria semejanza, unen su polvo impalpable, y donde la

sombra extiende, más espesos que antes, sus negros é impenetrables crespones.

El doctor, en medio del templo de la ciencia, ve las luces derribadas, las fórmulas caidas, los experimentos contradichos por pruebas vigorosas, y todo publicando la aciaga destruccion y la ignorancia.

Pero no por esta derrota ceja en su empeño: símbolo del tiempo y la sabiduría, analiza y recompone, y va tenaz á su fin, como la estrella, segun el dicho de Goete, que marcha sin apresuramiento, pero segura é invariable.

¿Conseguirá su propósito? Por de contado, mientras forma y obtiene sus sustancias, por cada minuto que trascurre, despréndesele un alma de cada cuerpo, como flor caida de sonrosado almendro, allá cuando en los dias primaverales dan los buriles de la lluvia sobre la purísima nevada de sus flores.

EL PALO DEL TELÉGRAFO

EL PALO DEL TELÉGRAFO

En una infinita llanura donde la sombra producida por una planta adquiriria el valor del diamante; donde no se descubre más agua que la de un manantial que cogeria en el hueco de una mano; donde no hay pájaros que rompan el silencio, ni carros que rechinen, ni voz humana qne cante, y donde el horizonte traza la abrumadora circunferencia del desierto, el palo del telégrafo se eleva con sus conos de porcelana y sus paralelas de alambre, á semejanza de una operacion matemática planteada sobre los campos, allá donde nadie habrá de ir á resolverla, ni habrá tampoco ojo humano que se detenga más tiempo sobre sus extraños signos, que el que emplea la locomotora

en pasar sacudiendo sus crines de humo y de fuego, llevando en sus entrañas los séres que salvan arrebatados el desierto.

El tren mueve á lo lejos sus anillos con el furioso tragin de una horda de elefantes; ruge cada vez más cerca; hunde el formidable hocico en el espacio, separando á un lado y otro las capas del aire; sale de un impensado recodo, y desfila con su larga cola por delante del mástil enhiesto, que impasible queda mostrando al horizonte su operacion matemática con la insistencia de las mudas esfinges de piedra.

Colocado al borde de los escuetos rails, el tronco descarnado contempla desde su altura los secos nudos de sus ramas, que unos tras otros suben hasta la cima como señales de brazos de un cíclope lisiado en espantosa lucha sostenida frente á frente con el hacha.

¿Quién sabe si la extraña momia vegetal fué egregio tronco de cedro frondoso, y cada herida que muestra fué arranque de rama gentil tendida de frente, que al menor soplo del aire se balanceaba con gallardía, como si el árbol fuese elegante equilibrista apercibido para atravesar sobre una cuerda de flores la primavera? La lluvia lo azotó, mientras él

dió abrigo al nido poniéndole manto de verdes hojas, y columpió la delicada cria como abuelo que mece la cuna de sus nietos.

Si el solitario atalaya fué corpulento pino que se irguió clavado en una montaña de hierro del Norte, veria sereno venir la tempestad, seguro de su triunfo, y moveria á las primeras rachas de viento sus brazos hercúleos armados de porras formidables; un momento veríase arder en espantosa hoguera de relámpagos, sacudiria la cabeza entre el torrente de fuego, y recibiria con los brazos abiertos al huracan, que desgreñando su ramaje, lucharia por tenderlo en tierra mientras él hincaba el pié resistente en el suelo y rechazaba con sus músculos la violenta acometida de la tromba. Si el rayo cayó entonces en su cabeza y trazó vertiginoso remolino de brilladoras serpientes, luciólas por gala el pino y sonrió á la palmera, que allá á lo lejos movia perezosa sus cuatrocientos abanicos.

Clavado en el suelo el denegrido esqueleto, como lo estaba cuando vestia ramas y hojas, no siente al llegar la primavera bullir las sávias en su tronco, ni subir la vida del centro de la tierra por sus fibras lozanas em-

pujando los últimos brotes para que se abran á la luz del sol. Para él no habrá ya noches de estío llenas de fragancias y de estrellas, porque convertido en fijo centinela del progreso, no podrá extender sus ramas para recibir la oleada de luz de aquella luna que antes bajaba, como en misteriosa cita, á dormirse en sus brazos.

Adios las serenatas de ruiseñores entre las cañas, los cantos de los labriegos en la huerta, las auroras teñidas de azul y el canto argentino de las alondras.

La lluvia, en vez de empedrar vistosamente su ramaje, dejará estampadas en su tronco las gotas caidas á lo largo, como lágrimas vertidas por su pena; los granizos no levantarán original armonía de sus ramas por música templadas, sino que formarán una extraña cancion, como arrancada á insonoro mástil que perdió sus cuerdas.

Verá reemplazarse las escenas pacíficas de los campos por noches llenas de tormentas en que las nubes ruedan sus masas de vapores en las sombras; los relámpagos parece que tratan de alumbrar el seno de las rocas, y el rayo cae en los alambres y se desliza y vuela como sierpe de fuego.

En vano querrá fingirse idilios del Abril simulando placentero ruido de colmena; el enjambre anidará en el tronco de otros árboles, abiertos con amor para recibir la miel de los panales. Acabó la blanca corona de palomas paradas en la copa para descansar del vuelo fatigoso, la amable compañía de las tórtolas de cola en medio círculo, y el habla silbada de los mirlos alegres.

La nieve no vendrá á engalanarlo en invierno con blancas madejas, ni lo colgará de estalactitas vistosas que parezcan el fruto de sus ramas; el otoño echará de menos su presencia, y el arbusto no verá pasar en torno suyo el vals rapidísimo de las hojas, en otro tiempo desprendidas de sus ramas.

Clavado en el sitio de su deber, renunciará al recuerdo de sus horas felices, y no soñará con los alegres dias de fiesta, en que al son de la gaita veia bailar mozas y mozos bajo el ámplio dosel de su ramaje.

Pero aun arrancado al campo frondoso y trasportado al borde del camino, posee secretos encantos y noble aureola de poesía.

Si no es él quien preside el cuadro ardiente de la vendimia, cayendo sobre los apretados racimos para arrancarles chorros de

trasparente mosto; si no es él quien desciende, entre una pintoresca escena de molino, sobre el haz de ordenadas seras, y esprime del fruto el codiciado hilo de aceite; si no cabecea en medio de las olas entre velas hinchadas de viento y banderas que se rizan al soplo del aire; si no suspende la muerte sobre el hogar humilde, y contempla los risueños juegos infantiles; si en tierra extranjera no alza el pabellon y da nacionalidad al pátrio suelo, fijo en cambio, como avisado centinela en medio del desierto, él es quien va delante de todos en la lenta evolucion del progreso humano.

A la hora en que la noche apaga toda claridad, el solitario fantasma mira en torno de sí buscando algo amoroso que le acompañe. En el ancho desierto, sólo hay la copia de una estrella posada en el microscópico manantial; pero una hoja traida por el viento y caida sobre el agua, oculta la imágen de la divina estrella al triste solitario, que como mártir cristiano, vuelve entonces los ojos al cielo con los fatigados brazos abiertos en sempiterna cruz.

EL MONTON DE BASURA

EL MONTON DE BASURA

Saliéndoseme á borbotones la risa del cuerpo, por haber oido disertar largamente acerca de las excelencias de los llamados asuntos poéticos aún hoy celebrados por personas de buen sentido, vínoseme á las mientes lo más despreciable de todas las cosas, lo que por inútil arroja á la calle todo el mundo, y sin vacilar, tracé el anterior epígrafe, proponiéndome demostrar, en la escasa medida de mis fuerzas, que allí donde menos se piensa salta la liebre, y que asunto es el de la belleza, que no hay que ir buscando con anteojos, pues esta seria mala señal, sino antes bien echárselo á la vista allí donde menos se piense.

Y sin más kiries ni introitos, pues lo primero es no ser pesado, comienzo diciendo, que con el favor de la naciente primavera, el monton de resíduos que se eleva á uno de los lados del cortijo, muestra una pintoresca fimbria formada de verdes y relucientes ortigas, en medio de las cuales asoma algun que otro dorado granzon, que allá por Agosto, erguido en medio del oleaje de luz y mieses, movió con elegancia su espiga entre las amapolas, y dió al aire su primoroso estuche sembrado de granos de oro.

Por cima de la fimbria, un manto tejido de trozos de zapato, blancos cascarones de huevo, pedazos de telas de apagados matices y una espesa lluvia de chispas de cristal, semejantes á vivas estrellas, cubre por completo la pirámide, dejando tambien enseñar la accidentada túnica el moño de verdes y feas cerrajas, el destrozado juguete del niño antojadizo, y el trozo de velo desechado, que cubierto por los rayos del sol, parece un fragmento de reja misteriosa, formada de vivísimos hilos de luz.

Entretenida con muy grande priesa en añadir puntos y puntos á su larga calceta, la caduca cortijera clava su cuerpo en silla de

escasa alzada, al lado del monton de resíduos, y aquí es ella, que por no tener el pico cerrado, tal es de dada á la parola, empieza á hablar consigo misma, y ánimas benditas lo que empieza á decir de cosas, ya para acercarse el canasto, ya para sujetarse á cada momento la aguilla en la cinta del delantal, ó bien para enredarse, con particular manejo, la hebra de hilo del ovillo entre los dedos, á fin de echar por cima del cruce de las agujas la inacabable retahila de puntos crecidos y menguantes.

En el disparatado argüir de su discurso, ni deja hueso sano á la razon, ni quiere su ventura que tope con algo lógico que decir á la soledad, la cual de mejor grado recibe la apacible lluvia de rayos de sol que los saltos y dislocaciones de entendimiento.

En estos desconciertos hállase la vieja, y á todo da su manotada, hace su mueca, ú otorga señal de asentimiento, cuando, porque afligida no se halle, topa su oido con el brillante trino de un canario, cuya jaula se halla clavada en el monton de fragmentos, y cuyas plumas sacude y alisa, con hundimientos de pico entre las alas. Aquí fué de la retahila de la vieja, que al oir enajenada al in-

imitable músico, dejó escapar toda clase de exclamaciones y voces de cariño, con lo cual el canario aplicó primero un ojo para ver lo que pasaba, y luego redobló sus fusas y semifusas, empezando á dar mate á la varilla subiendo y bajando con el trino en la garganta, tan claro y cristalino, como si arrojara por el pico un collar de granizos que fueran á dar en honda y vibradora copa de oro.

La vieja quedó, á la cantata, con las ideas en suspenso, y arrobada y distraida dejó caer las manos sobre las rodillas, cesando en sus automáticos movimientos, y dejando entonces ver mejor su porte y atalaje.

Todos hacia la vieja con el cabello, suelto á su antojo; desplegaba orgullosa el mapa complicado de sus arrugas, y en el vestido enseñaba más tajos y mandobles que castillo puesto á combate.

Alta cosa era, en verdad, la vieja, en punto á antropología, como que semejaba momia venida de Egipto; y desde luego digo, que si la viera un cierto y estimado amigo mio, dado á los huesos y calaveras, enseguida echaríale encima medidas y trazos para asegurarse de frontales, cavidad cerebral y ángulo del cráneo, lo mismo exactamente que

si se tratara de un grande hallazgo é importante descubrimiento para la ciencia.

Al toque de clarin del canario, removióse pausadamente la bandada de gallos y gallinas que cerca agrupaba crestas y colas, y entre estiron de cuello y paso persuasivo, fuese llegando al monton de resíduos, y una gallina agachándose en el hoyo formado para sacudirse, otra picoteando en los granzones de la paja, el gallo subiendo al montecillo para desde allí lanzar su canto, al parecer atascado en el pescuezo, pues sacudió alas y cuello y encorvó la gaita, primero de abajo, y luego de arriba, las aves invadieron poco á poco el monton de resíduos. Vióse éste al cabo hecho fondo de un pintoresco cuadro, donde no faltaba la figura humana á uno de los lados, pájaros formando sacudimientos de plumas, y un rayo de sol tendido como banda luminosa sobre la composicion.

En el fondo de la pila, debian revolverse con gran impulso el calor y la vida, que muy luego alimentarian troncos y raíces, y cada átomo ó resíduo debia agitarse con gran empuje, soñando en brillantes oleajes de flores.

Al declinar la luz, apagábase el brillo en unos cristales y encendíase en otros, como

impensadas estrellas; las sombras de la jaula, de la vieja y de las gallinas alargábanse sobre el suelo, y venia, mientras tanto, una bandada de gorriones, á pararse, con gran descaro, cerca de la pila de escombros, entre el más gárrulo de los diálogos.

Una gallina que se hallaba dentro del hoyo situado á la falda de la pirámide, echaba por alto la tierra mezclada de granzones, para cojerla entre sus plumas; movíase, zarandeábase con vigor, se sacudia, y volvia á quedar cubierta de una lluvia de fragmentos, que eran de nuevo despedidos y recojidos de nuevo entre sus plumas.

El sigiloso viento, llegaba soplando con disimulada fuerza, y al dar sobre la pila, lanzaba voz de alarma entre pajas, trapos y papeles, y una dislocada marea de cosas fútiles empezaba á moverse y á ascender de la superficie, aventándose á poco, y juntándose despues en arrebatado remolino, donde por modo extraño giraban trozos de carta, pedazos de hojas secas, tiras de trapo, restos de chanclas, y todo lo dable á ligereza, bien que auxiliado por el soplo del jugueton vientecillo.

Cuando se deshizo en una explosion brus-

ca el remolino, siguió atareado en sus trinos el canario; la mujer echando puntos á su calceta; las gallinas escarbando con deleite en los escombros, y una abeja que atravesó sobre la pila trazando ángulos especiales, vaciló levemente sobre un trocillo de roja bayeta, que se le antojó sin duda viva y deslumbrante amapola.

LA TRILLA

LA TRILLA

Cruja el furioso látigo; caigan los haces sobre la era; troten apresuradas las bestias; remeta el tridente por las orillas los dorados manojos; todo vaya precipitado, que la tarde empieza á extinguirse, y antes de llegar la noche habrá de quedar hecha la parva.

Una pirámide de gavillas se eleva en uno de los lados, y nuevas cargas de trigo entran á formar otra gigantesca pirámide, que á su vez habrá de caer, haz á haz, bajo los cascos de las bestias y la tabla del trillador.

Truenen las campanillas,
¡arre, Lucera!
Recrujan las gavillas
sobre la era.

Los caballos arremolinan su crin sobre los cuellos; pasa el trillador de una mano á otra, en medio del círculo, los nudosos rendajes de las bestias; saltan las espigas bajo las herraduras, desgranándose en rosarios de oro, y corren á toda prisa los horarios de la esfera, reduciendo las horas á segundos y levantando ruidoso estrépito de golpes y pisadas.

El trillador suda sin descanso, y corren por su faz ardientes gotas que van á dar sobre los haces.

En el cielo, un paño inflamado se extiende en el horizonte como velando la puesta del sol; inúndase la atmósfera de partículas brillantes, y el mar mírase á lo lejos alumbrado por los últimos rayos del día, y arde y tiembla como inmenso lago de fuego.

Es la hora en que las mozas del pueblo se encaminan á la fuente con el cántaro á la cadera y la cabeza llena de flores.

La fuente está situada cerca de la era. El trillador, que piensa ver entre las mozas aquella á quien prefiere, á fin de hacer notar su persona, cuelga el trillo, cubierto por abajo de pedernales, á los rendajes de los caballos, y entonando una soñolienta copla,

monta sobre la tablazon y deja en el aire con el látigo una sarta de chasquidos.

—¡Miguel es el que trilla! ¡Vámos allá!—exclaman todas, deseosas de que el mozo las pasee sobre la tabla.

Y sin más, sube repecho arriba la invasion femenina, hasta rodear la era, dando gritos de alegría.

Hace parar entonces Miguel los caballos, adelanta una muchacha con paso vacilante entre los haces medio desgranados, colócase á espaldas del trillador sobre la tablazon, rodea con un brazo la cintura del mozo, y arrancan nuevamente las bestias entre rápidos chasquidos del látigo y el coro de risas y palmadas de la concurrencia.

Tira, caballo moro,
brinca y resuella,
y arroja granos de oro,
que pasa ella.

Nueva moza pónese sobre la tabla, mayor número de chasquidos deja oir el látigo, y

Sirva Dios de testigo,
porque Dios sabe,
si me ahogara contigo
sobre esta nave.

Cuando sube otra moza, canta Miguel:

Grano fuera, mozuela,
¡mira si es grato!
para entrarme en la suela
de tu zapato.

Y luego que otra sube:

Celos tengo á las vueltas
que te alborozan,
y hasta á las hojas sueltas,
porque te rozan.

Queda hecha al fin la parva, y en tanto que en lugar separado avienta un campesino la del dia anterior, otro quita los arreos á las bestias, y otro junta lo trillado en el centro de la era, regresando las mozas hácia el pueblo con el cántaro en el talle y el caldero pendiente de una mano.

El crepúsculo borra horizontes y trasparencias con angustiosa lentitud, cierran los trabajadores las tareas del dia al toque de oraciones, las chimeneas despiden sus espirales de humo á los cielos, y caliéntanse las cenas en las hornillas, al rumor de la llama, mientras los sarmientos arden retorciéndose y lanzando gemidos de dolor.

Sentado á la mesa, el campesino parte á

grandes trozos su pan moreno, saborea la clásica berza, con tragos de añejo mosto, y comparte con sus hijos su alegría.

Fuera del hogar, á la vez que suena el idílico repique de las esquilas y la voz de los pastores, llénase todo de vaga tristeza, y entonces es cuando empieza á resplandecer el gusano de luz, que lanza sus rayos desde algun cáliz abierto.....

PAISAJE DE SETIEMBRE

PAISAJE DE SETIEMBRE

TELESFORO, el antiguo sirviente de la quinta, rumia entre dientes el aire de una *tocata* que él oyó la noche anterior en el pueblo, y sube por las ramas de una higuera, con un cesto ensartado en el brazo, para recoger los últimos higos tardíos, todavía escarchados por la fria humedad de la noche y teñidos del simpático color cárdeno oscuro que les es peculiar.

Alguna vez, la música que trata de recordar el criado sale harto confusa de su boca, ó más bien se escapa con marcado dejo gangoso por el órgano nasal; pero cuando esto sucede, no es que Telesforo se propone aprender á cantar por la nariz, sino sim-

plemente que se ha tapado la boca con un higo.

Cuando abre alguno de estos, antes de engullirlo, no sea que se halle á la sazon *habitado*, lo que vé en vez de ser alguno viviente, es una gota de rocío que, pegada á la rosetilla morada que se divisa en el punto opuesto al del palo, se interna carne adentro á medida que el fruto se grietea, fresco y rosado, entre las yemas de los dedos de Telesforo.

Por dentro sólo se le advierten fibras lacrimosas, intercaladas de pequeñas semillas que se dejan ver bajo el velo purpurino de la carne; algunas estrías como de oscuras rosas de fuego, dan mayor vista al seno del fruto, que con su aspecto, y suave fragancia, pone en ejercicio las despiertas glándulas y abre de par en par el apetito, que recibe gustoso el delicado fruto de Setiembre.

Debajo de la higuera, en cuyo alrededor se extiende un amarillento tapiz de pámpanas caducas y temblonas, una legion de niños atruena con sus voces los oidos de Telesforo, y alza los brazos á la higuera demandando cada cual su parte correspondiente en el botin.

—¡Telesforo, higos!—gritan en escandaloso concertante los chiquillos, llamando la atencion del criado, que, como antiguo camarada, los deja vocear un buen rato antes de darles contestacion.

—¡Allá vá para Leopoldo!—dice por fin el sirviente, buscando en la combinacion de las hojas un hueco por donde pueda bajar el fruto.

Leopoldo, el primogénito del dueño de la quinta, es una criatura como de diez años, de cejas y cabello negrísimos, de tez llena de esas trasparencias del niño bien criado, y de ojos todavía más negros que el pelo, donde las chispas de inteligencia arden y brillan como las de carbones en el dorado fondo de la copa.

—¡Telesforo, higos!—vuelven á cantar los niños, como repitiendo el motivo de una ópera.

—¿A ver?—dice de nuevo el criado;—este para Andrés.

El segundo gloton de los cuatro ó cinco de la quinta, es un pequeñuelo que disimula á las mil maravillas sus pasadas y raterías, bajo el deslumbrador aspecto de su cabellera rubia llena de alborotadas ondas, el aspecto

á la vez cándido é inteligente de su cara, y las costas y paisajes *azules* que se le ven en el fondo de los ojos.

Si se le mira desde el punto de vista de la comida, maldito si se diferencia en nada de sus demás hermanos, pues un higo, que es lo que lleva comido hasta ahora, es poco para él, que de buena gana apuraría el cesto entero de una sentada.

Cumpliendo por órden riguroso la damanda de los niños, va dejando caer el criado higo tras higo por el mismo agujero de hojas, y cuando ha dado repaso á toda la higuera, despojándola de su fruto, baja con arte las estendidas ramas altas, da despues en la cruz del árbol, y por último, salta sobre el suelo, y es cercado por los muchachos, que sin decir oste ni moste con relacion á pedir permiso, meten la mano en el cesto, dispuesto cada cual á hacer de las suyas.

El criado se vé en la necesidad de poner en alto, con una mano, el frutero, para defenderse de los invasores, y como uno de los pequeños es tan poco diestro en echar el paso, que tropieza con todos los obstáculos, Telesforo se lo encaja de una manotada en la cintura, aprovechando el brazo libre, y allá

se va entre la loca risa de los compañeros que, salvando con agilidad los tallos de pámpanas de la viña, salen por fin á la vereda que se extiende cerca de la quinta.

Pero al llegar á este punto, D. Leopoldo, padre de los niños y señor de unos cincuenta años, de porte extremadamente aristocrático y noble, de cabello y perilla blancos, que resaltan con vigor sobre el moreno tostado de su rostro, es divisado por los muchachos en un cercano mirador hecho de asientos rústicos, no lejos de la casa, donde todas las mañanas se vá á leer los periódicos, y allá sale pitando la alborotada jaula suelta, llamando la atencion del lector, que se quita y ondea en el aire el emborlado gorro turco como señal de victorioso saludo.

Al minuto, apenas si al buen señor se le ven los bigotes, sepultado entre el enjambre de chiquillos; uno se le sube por las piernas, otro le da besos en las mejillas, el de aquí le echa los brazos por detrás, aprovechando el hallarle sentado, y todos le llenan los oidos de cosas sin lógica ni fundamento.

—Formalidad, formalidad,—dice, levantándose como puede, D. Leopoldo, y echa á andar en direccion á la quinta, segun se lo

permiten los obstáculos de que le van llenando los muchachos.

—¿Vamos á almorzar? ¿Es ya hora, papá? ¿Está puesta la mesa? ¿Qué vamos á comer?

Estas y un diluvio más de preguntas, acosan al padre por todos lados, ínterin va respondiendo á la loca charla de todos, y da tambien su carrera en persecucion de los alborotadores.

En la quinta se halla la mesa perfectamente dispuesta para el almuerzo.

Doña Emilia, que ya está sentada en su puesto, espera vestida con sencillez y elegancia. Es una señora como hasta de treinta y y seis años, de ojos brillantes y alegres, un tanto cargados de carne, pero de un modo gracioso, de nariz un poquito abultada en la punta, de boca sonrosada y fresca, como interior de sandía, y de una viveza en la conversacion tan llena de ráfagas de alegría, que pasar un rato á su lado es no sentir rodar el tiempo. Si á esto se agrega el espectáculo esplendoroso de su encarnacion, llena de juventud y de vida, la cual brilla como iluminada por dentro por adorables luces de rosa, tendremos hecho, aunque á la ligera, el retrato de la encantadora esposa de D. Leopol-

do, el cual, á su llegada á la casa, siéntase en un comedor, lleno de tallados de roble, y se rodea de toda la gente menuda, dándose principio, en presencia de los esposos, al almuerzo.

El primer plato, llega á la mesa envuelto en una nube de vapor levemente azulado á la luz que entra por los balcones.

El comedor es una pieza ancha y cómoda revestida de aspecto de casa noble, donde los aparadores de madera oscura, los paisajes al óleo enclavados en la pared y los platos antiguos sujetos en marcos de *peluche* y colgados en los muros, concuerdan perfectamente con el exterior alegre, al par que majestuoso de la quinta.

Los niños se extienden en dos cadenas, del padre á la madre, puestos á la mesa, y cada cual muestra la blanca servilleta que ha de servir de escudo á las yemas de huevo, de las cuales algunas gotas caen sobre el limpio paño, y se convierten instantáneamente en *signos de admiracion*.

—Mamá, vino—grita uno de los niños.

—Papá, carne—añade sin detencion otro.

—Dame pan, papá,—murmura un tercero.

Doña Emilia, que gusta de servir por sí misma á sus hijos, va complaciendo en union del esposo las peticiones, siempre hasta el punto en que puede complacerse á un niño que se sienta á la mesa á comer.

Dan agradables incidentes á la estancia el rumor de los cubiertos chocando en la vajilla; las copas del agua llenas de líquido cristalino; las del vino, heridas por los rayos del sol, los cuales empezaron á iluminar la mesa por la punta, y fueron recorriendo y besando toda la cristalería, haciendo alto un rayo en el cuello de doña Emilia, otro en la blanca perilla de D. Leopoldo, éste en la cabeza rizada de un niño, donde hizo infinitos alardes de belleza, y otro que entró por el borde de la copa del Jerez, moviendo su azulado cuerpo de átomos, hocicó en el reposado topacio, dándose buen hartazgo de zumo de viñas. Al dar en la copa del Burdeos uno de los rayos llenóla de suaves irisaciones y de mortecinos tonos de púrpura, que convirtieron la rancia disolucion de rubíes en un encendido trozo de crepúsculo.

La conversacion de la mañana gira sobre la conveniencia de volverse á la capital, pues la temperatura es ya demasiado fria, y son

menos intensas las sombras, al ser acusadas en el suelo por las hojas.

Así es, en efecto; desde la quinta percíbense en las próximas cañadas los resonantes remolinos de los despojos vejetales, que giran como locas devanaderas tejiendo el hilo invisible del invierno. En el jardin han dejado caer las dalias las simétricas hojas que combinaron sus vivas esferas de sangre, y la vara de jazmines golpea desnuda los hierros de la reja, donde lucen las postrimeras campanillas azules.

Los paisajes de vides, tendidos en las faldas de los montes, enseñan el color apagado del verde que se extingue, y traen á la memoria los diálogos de rachas y granizos de los meses confusos del invierno.

Las granadas de *layo* traidas á la mesa, dejan señalar, bajo la ya esprimida piel, los granos rojos y astringentes, como el guante deja adivinar en la mano delicada la joya sembrada de rubíes. De los techos del granero lucen pendientes algunos racimos de uvas, mústios y medio secos, cuidadosamente envueltos en blancos papeles que los preservan de los tábanos é insectos.

Las orzas del vinagre hállanse en el últi-

mo período de efervescencia, y el mosto cosechado en la bodega echa sus primeros arranques de nobleza, y sueña con la copa que le habrá de aproximar á lábios jóvenes y floridos para dejar en ellos su sabor á mocedad.

El almuerzo acaba por fin entre una alegre algarabía de gritos y carreras, en las que ¡fuerza será decirlo! toma parte tambien el grave señor de la perilla.

La cosa es resuelta. La ciudad no tardará en descorrer los telones de sus teatros, esperando á los rezagados viajeros, y el aviso de regreso lo reciben de una manera callada los séres de la quinta en los celajes color de ópalo de los cielos.

Pronto la hacienda no contendrá gente ni ruidos, y solo será invadida por las zarzas, que hincarán sus dientes en los muros para subir; por los rosales, que se agitarán como desengreñadas cabelleras, y por las dudosas trasparencias de los dias de invierno, muy parecidas á las que rodean la desmayada pupila, bajo el ajado cristal del ojo muerto.

SEMANA SANTA EN SEVILLA

A mi noble amigo el Sr. D. Leopoldo Estevas Suarez

SEMANA SANTA EN SEVILLA

I

LA CALLE DE LAS SIERPES

El tren corría formando sus ondulaciones de culebra, ya horadando peñascos y atravesando lóbregas cavernas, ya produciendo ruido de cicópleos martillos sobre el alto puente, ya cruzando llanuras y llanuras con voracidad insaciable, y arrojando á los aires su fantástico penacho de vapores, que el viento recogía para formar con sus pliegues la ondulante bandera del progreso.

Una estacion, otra despues, luego otra, gritos de los conductores anunciando con borroso pregon pueblos y paradas, chispas

surgidas del horno en brillantes explosiones, repeler de fuerzas centrífugas en los recodos, ruidos de cristales y de linternas, paisajes, caseríos, arboledas, todo un furioso torbellino que rueda al mismo compas del tren, envolvía la série de enlazados vagones, á través de cuyas ventanas veíase pasar un empinado palo del telégrafo abriendo sus brazos de alambre, despues otro, tambien con los brazos abiertos, enseguida otro, y siempre el mismo desfile de fantasmas siguiéndose en la carrera, é igual estrepitosa música resonando en el cerebro y en los oidos.

Amenguó, por última vez, su fuerza el imponente mónstruo; sonaron como á modo de caer de rastrillos de puentes levadizos; vibró un rumor de timbres y de campanas, y la encantadora Sevilla apareció á los ojos como un realizado sueño de la fantasía, como la ansiada Jerusalem anunciada al viajero en su largo y pesaroso camino.

Allí surgió á los ojos con su estrépito de gentes y carruajes, con su traje esplendoroso de los dias de fiesta, con su manto de vivos reflejos, y en aquel momento parecióme oir en sus calles los terribles y sigilosos

pasos del rey don Pedro, los golpes de espada de sus galanes riñendo en amorosos desafíos, la alegre risa del loco D. Juan colocado por Byron en el escenario del españolismo y la poesía, los diálogos de amor cambiados al través del primoroso calado de sus rejas, y el alegre bullicio de sus verbenas y serenatas, juntamente con el airoso galopar de sus caballos, el estruendo de la graciosa zambra de gitanos allá en los barrios pintorescos, y las dulces y melancólicas lamentaciones de su rio, recitador de las mágicas leyendas de sus poetas.

Expuesto á que estallara mi corazon de felicidad, atravesé por calles y plazas dudando aún si pisaba la famosa ciudad de Andalucía. Risueños oleajes de oro se alzaban dentro de mi cerebro y caian en alegres rompientes sobre mi corazon; aquel sol que me alumbraba era el hermoso sol de la pátria, aquellas gentes que oia, desfiguraban graciosamente las palabras al hablarse; me hallaba, pues, entre afectuosos compatriotas, me encontraba en la hermosa region andaluza.

Acogido por la espléndida galantería de sus hijos, que constituye una de sus notas

características, llegué, trás de ligero caminar, al centro donde refluye la gente como sangre al vigoroso corazon; al cristal mágico tras del cual resbalan cuadros y tipos de todos géneros, embelesando el ánimo y la mente, á la alegre y bulliciosa calle de las Sierpes, que mostraba sus lujosos establecimientos, sus casas de pequeña alzada entre las que rueda la luz como una inundacion de vida y de color, y sus cafés y círculos aristocráticos, donde la juventud esparce su afan decidor retrepada en indolentes asientos colocados sobre la acera misma de la calle, en tanto que arroja al paso á las mozuelas chistes oportunos y felices ocurrencias, requiebros amorosos y sátiras jocosas, motes apropiados á las figuras y palabras de cariño á las de más dulces semblantes.

Colocado en cómodo asiento, pude ver la encantadora cigarrera de enagua crugiente y almidonada, que hacia arrastrar con garbo sobre el suelo, de ojos maliciosos y dispuestos á encantadores guiños, y de un mar de brillantes flores en el peinado. Allí cruzó ante mis ojos, contoneando su apergaminada figura, el chalan empatillado nacido en la jita-

nesca Cava, con su cháchara dispuesta á rodar de los lábios, su traje de escasas medidas, y su labor, llena de paciencia, en la pechera; tambien cruzaron ante mí, pilluelos de Murillo alegres y desenfadados, con el vestido deshecho en incomprensibles trizas, el rostro cubierto de súcias pinceladas y una inteligente hoguera de chispas en los ojos; el pueblo y la galanteadora aristocracia, el cantador puesto á la sazon de moda; el extranjero que arriba á la ciudad; todo pasaba en brillante y animado desfile, en tanto que en las calles inmediatas veíanse cruzar devotos y nazarenos componiendo alguna característica procesion.

Esta fué la Sevilla que al poner el pié en su suelo pasó delante de mis ojos; todo fundíase en ella en particular y alegre conjunto; y bajo un cielo de un azul intensísimo, ya empezado á cuajarse de trémulas estrellas, lo mismo cautivaba la mente la graciosa mujer sevillana ocultando el rostro tras la calada mantilla, que llamaba la atencion el célebre torero, de paso por la capital, atravesando el artístico fondo de la calle, con su afelpado y recogido sombrero y su gruesa cadena dando mecidas á mo-

do de columpio, mientras le seguia larga y bulliciosa turba de rapaces, encantados del abolengo y donaire de su figura...

XX

DESPUES DEL MISERERE

No sé como fué, pero ello es que me hallé en una de las capillas de la catedral, donde pronto debia dar comienzo el celebrado *Miserere* de Eslava.

Las luces opacas que de columna en columna tendian sus rayos hácia los altares, penetraban como espadas temblorosas á través de la cancela de la capilla, y se perdian lamiendo los muros, en las tinieblas, dejando vagorosos reflejos en los aires.

Una série de figuras humanas, á manera de fantasmas, oia entre la sombra con religioso silencio, al lado mio, los cantos de la ceremonia, y bajo las naves del templo resbalaba una apiñada muchedumbre, levantando, al rozar los piés sobre el pavimento, un rumor parecido al crugir y restregar de la seda.

Habia ya resonado el *Incipit Lamentatio* de Jeremías, y aún temblaban bajo los arcos las vibraciones de las voces; el salmo *salvum me fac Deus*, habia igualmente espirado en aquel ambiente de religiosidad y recojimiento; tambien pasaron las lamentaciones, á cuyo final repiten los acentos *Jerusalen, Jerusalen, conviértete á tu Dios*, frase que rueda de uno en otro muro, en jigantesca onda sonora, que llena de armonías el templo; lanzadas por los salmistas y cantores, habian sonado despues las sagradas antífonas al principio y al final de cada salmo, y así mismo habia sido entonado por las voces el cántico de Zacarías ó *benedictus;* todo parecia haber dejado en el ambiente un sublime rastro de divina poesía, y todo incitaba á preparar el ánimo para el grandioso *Miserere*, en cuya solemne instrumentacion parece que toman parte vírgenes y ángeles; estruendo de formidables cataratas y arrullos de claros manantiales; ensordecedor estampido de tempestades terribles, y susurros de abejas y de palomas cuando vagan por las florestas y los rosales.

A punto de las nueve, cuando ya acostumbrado el oido á las voces del canto llano, mi

vista volaba del órgano inmenso á la alta nave que llega hasta los cielos, el *Miserere* dió comienzo con toda majestad, y llegó dulcemente por los oidos al corazon, sacudiendo sus fibras de la abstraccion en que se hallaban.

Misérere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam, resonó poco á poco en la catedral acompañado de la voz cantante que se perdia entre el estruendo de la música y el laberinto de palmeras que el arte habia sabido formar de la informe y endurecida piedra y lanzar á los cielos, doblando débilmente los arcos en el centro, con el afiligranado y suntuoso ojival florido.

Mientras corria la voz por las escalas, ya sonaba la orquesta grave y profunda, como misa de *requiem* que entonaran en sus criptas los severos reyes muertos; ya vibraba con las voces de las altas octavas, llenando de claridad la armonía como si cayese una inundacion de luz sobre las notas; ya entremezclaba sones graves y agudos donde á la vez parecian oirse idilios de pastores y estruendoso correr de caballos; ya, por último, quedaba la armonía suspensa de una nota, como de un hilo de oro, y moria en un afilado so-

nido cada vez más lejano, como cáliz de aérea flor que se cierra.

La gente entretanto, resbalaba rumorosa é inquieta por el lado de los altares y por el centro de las naves, buscando puesto donde refugiarse; entre el clamor de los violines, percibíase el silbado rumor de los pasos sobre las losas, como un chicheo dulce y misterioso de cosas que se llamaban para contarse historias y secretos.

El oscuro calado de las mantillas proyectando su sombra sobre los rostros, las rojas colgaduras suspensas de las columnas y de los muros como grandes cortinas de fuego y oro, el rutilar de los reflejos sobre la pedrería de las arañas y sobre los cristales de las lámparas, la danza de claridad y de tinieblas en los ángulos y bajo las bóvedas, la noche imponente suspensa en las alturas como fúnebre crespon tejido de alas negras, los rezos, las plegarias, el golpe dado no se sabe dónde que llena sonoramente las naves y se pierde á lo léjos como eco de un mundo desconocido, todo hacia mayor el misterio de la ceremonia, y todo contribuia á la severa magestad de la iglesia.

El segundo versículo rodó desde las altu-

ras del coro como una imponente catarata, y la orquesta agitó sus arcos y sonó sus instrumentos lo mismo que si fuese llegada la hora del dia del juicio. No era ilusion; entre el diluvio de sonidos, se derrumbaba con terrible estrépito el inflamado Sinaí que desgajaba su corona de tempestades, en tanto que tras las últimas vibraciones atravesaba como una bandada de ángeles por los aires, agitando sus alas de oro, que tropezaban en las bruñidas lámparas de plata y en las trompetas de los órganos.

El versículo espiraba; espiraba entre una sucesion de vibraciones, cuyas notas se abrian como rosas y se plegaban como desfallecidas alas, hasta extinguirse en los débiles pliegues del aire.

Despues era entonado otro versículo, luego otro en el que parecia palpitar todo el dolor humano, y por último acabó el miserere con una altísima nota, llena y vibrante, que durante un minuto estuvo rodando por las naves imponentes.

La gente abandonó luego el recinto lenta y espaciosamente; los sacerdotes cruzaron sobre las losas en direcciones distintas, la iglesia quedó completamente desierta, y so-

naron las pesadas llaves en las cerraduras, cerrándose á poco las puertas gigantescas.

Las severas imágenes colocadas en sus nichos, los santos de piedra tendidos sobre los sepulcros, y las brillantes figuras pintadas en los vidrios de colores ¿qué harian en medio de aquella profunda soledad y á qué ceremonia se entregarian una vez que hubo sido cerrado el solitario templo?

XXI

LA NOCHE DEL JUEVES SANTO

Imposible seria enumerar, y menos describir, la série de fiestas religiosas habidas desde el Jueves Santo al Sábado de Gloria en la pintoresca ciudad de Sevilla.

La noche del Jueves Santo es una velada deliciosa. Desde la salida del *Miserere*, un verdadero rio de gente cruza por todas las calles que han de recorrer las procesiones, y en todos los semblantes se lee el firme propósito de pasar la noche en grata velada, ya que la pasion y muerte de Jesús no impresiona gran cosa á los sevillanos, los cua-

les, más se ocupan en dar vida y color á una alegre verbena, que de entregarse á ayunos, *kiries* y letanías.

En todas las casas de la carrera, vénse balcones llenos de gente, y fondos de habitaciones, donde con frecuencia se contemplan cuadros á lo Goya ó á lo Fortuny, en que las airosas mantillas caen sobre los rostros, la seda resplandece y cruje en los trajes, y las cañas de cristal van de mano en mano, llevando alegría á los corazones, á cambio de dudas y tristezas.

La noche del Jueves Santo, es así como un bello cuadro de género. Aquí rostros picarescos, allá talles airosos, un chiste saliendo de cada boca y un donaire en cada movimiento.

Esta velada original y extraña, donde la noche se desliza como un sueño encantador, y el corazon se embelesa con los más dulces delirios, finaliza al rayar el alba, con el estruendo de las músicas y el rumor del gentío, que anuncian el próximo desfile de estandartes y cofradías.

Alumbradas débilmente por la luz del dia y por las de los cirios colocados en los pasos de las imágenes, aparecen éstas por el fondo

de la calle, llevando delante largas y fantásticas filas de nazarenos.

Entre ondulaciones de cadenas y temblar de flecos de plata, atraviesan los lujosos pasos bajo los balcones, mostrando el esplendoroso manto de sus vírgenes, los guardabrisas de las luces, y la cascada de oro y pedrería derramada sobre las túnicas y el torciopelo.

La luz de la mañana que baja indecisa de los cielos, llega tímidamente á los rostros y los tiñe del color de la muerte; el canto de las saetas óyese de trecho en trecho dando más carácter religioso á la pintura; mézclanse los sollosos de los violines á los severos cantos de los sacerdotes, y á veces, como contraste original del cuadro, tapa el rico trozo de manto de una imágen el hueco de una florida ventana, donde, una vez que ha pasado la bordada túnica, aparece de repente la silueta de una mujer que sostiene en la mano una dorada caña de manzanilla...

XV

LAS COFRADÍAS DEL VIERNES

Tráiganse á la imaginacion los cuadros más bellos contemplados en la vida; déjese á la fantasía trazar á su antojo perspectivas y paisajes; idee el pensamiento las escenas de más magnificencia, y cuando el cerebro humano haya satisfecho su deseo de belleza, contemple desde la calle de las Sierpes el soberbio cuadro que presentan las cofradías del Viernes Santo, y verá cuanto es más rica la realidad en opulencia y esplendor que la poderosa fantasía, y como no hay manera de pintar con tan brillantes colores y dar luz con tan espléndidos rayos como los rayos y colores de la realidad.

De las siete cofradías que cruzan la carrera, no hay una sola cuyo lujo no raye en lo fabuloso. Los pasos de la iglesia de la Carretería, donde lo grandioso de la riqueza únese al más exquisito gusto; los del célebre barrio de Triana, trás de los que va la gente

dando vivas á las imágenes; los de Santa Catalina, los de San Isidoro, los de la Magdalena y los de San Lorenzo, rivalizan entre sí y se disputan la palma del triunfo, no pudiendo ninguno vencer á su contrario, tal es el caudal que lleva sobre sí cada paso y á tanto llega el gusto, la riqueza y esplendor de cada uno.

El espectáculo de una de las calles de la carrera es admirable. Las graciosas cabezas de mujer se agrupan como en los alegres cuadros de costumbres; cuando pasa alguna imágen, las jóvenes arrancan de su pecho los ramos de flores y los arrojan sobre el lujoso palio; los nazarenos arrastran las colas de sus largas túnicas dando más fantástico aspecto á la calle; canta algun hombre una sentida saeta; suena el toque de aviso para el alzamiento de las imágenes, y al pasar cada cual de ellas rozando las macetas de los balcones, las mujeres se arrodillan en respetuosa actitud, los hombres se descubren con respeto, la vista se derrama por el mar de trajes y personas, y la luz viene á romper sus espadas en las aristas de la pedrería.

Suele ocurrir, que al atravesar una cofradía, las nubes se abren en repentino chubas-

co. Gritan entonces las mujeres, vocean los chiquillos, y un grupo de figuras atraviesa entre la lluvia, alzándose airosamente los bajos de los vestidos, y se trueca entonces el severo cuadro religioso por una elegantísima acuarela, donde el viento arremolina las faldas, los paraguas se vuelven al empuje del aire, y los tacones se reflejan en los charcos, como en cristal de improvisados espejos.

V

EL SÁBADO DE GLORIA

Sin cuidarse del cansancio ni de la fatiga, la gente que oyó el miércoles el *Miserere*, veló toda la noche del Jueves Santo y vió las procesiones en la tarde del viernes, acude el Sábado de Gloria á la catedral á presenciar el solemne rompimiento del velo.

Un rumor confuso de pasos ahogados y de rotas conversaciones llena las naves de la iglesia, cubierta de extraordinaria muchedumbre.

Los vidrios de infinitos colores resplande-

cen entre el color viejo de los muros, como cristal elaborado de vivísimas flores. Por un calado roseton entra una fina hebra de luz que dora las trompetas del órgano.

Millares de miradas se fijan en el morado velo extendido delante del altar, para verlo de pronto rasgarse y huir en ligeros pliegues á los lados.

Entónase el *Gloria* por la voz solemne del sacerdote, y un horrísono estruendo, sólo comparable al de las fragorosas batallas, surge de las bocas de los órganos y de los morteretes disparados en los espacios del templo. El velo rásgase en dos partes, dejando ver el altar sublime y el fondo maravilloso de la iglesia; resuenan como tromba de armonía los ecos de la música y las voces de los cantos; afluye la gente como mar alborotado bajo las naves macizas, y allá en la Giralda voltea la inmensa balumba de campanas, presa entre los encajes de la piedra, y convierte la torre en ciclópeo instrumento que derrama sobre la ciudad la gran noticia del *resurrexit*.

Durante un cuarto de hora, las campanas voltean y voltean en la torre, como enormes cálices de bronce.....

VI

DOMINGO DE PÁSCUA.—TOROS

Cristo ha resucitado. Conócese la nueva más bien en las ceremonias que en los semblantes, los cuales, para estar alegres, no necesitaren en verdad de la fausta noticia.

La gente acude alborozada á la plaza á presenciar la corrida de toros, y en su seguimiento vamos tambien para ver los infinitos donaires de la capa.

El circo resplandece con toda la animacion y la alegria propias de la fiesta; bajo los arcos de las gradas, vése una apiñada muchedumbre que se expresa en ese lenguaje emocionado compuesto de frases incoherentes, gritos y blasfemias, adecuados al espectáculo.

En los palcos de la plaza destácase lo más encopetado de la poblacion. Cada grupo de figuras, es un cuadro de majas y manolos.

Mantillas, peinetas, fiecos airosos y morillas, abanicos de pluma y concha á usanza de españolas costumbres, rostros llenos de

gracia y de poesía, toda esta risueña perspectiva, se estiende de arco en arco, y de grada en grada, llenando de vivos esplendores la fiesta.

Competencia entre los espadas, muestras de arrojo temerario, silbas apasionadas de la gente, intempestivas salvas de aplausos, parcialidades, que hacen nacer la acalorada disputa y dan al aire las navajas, pases de gran riesgo, crítica de los inteligentes, todo este laberinto reprodúcese durante la lidia de cada toro, y da á la plaza su carácter peculiar.

.....

Pasados los primeros dias de fiesta, son esperados con ánsia sobrada los segundos, que traen consigo la feria, y son para los sevillanos la fiesta favorita.

Aplicando cautelosamente el oido, créese percibir el bullicioso rumor de cantares y de suspiros, de bailes y de jolgorios, todo lo cual constituye el vivo y esplendoroso cuadro de la feria, de que es reina y dueña absoluta la guitarra.

VII

UNA CASILLA DE LA FÉRIA

Una casilla en la célebre féria sevillana, es un cuadro original, de corte especialísimo, que merece ser conocido del lector, pues se distingue notablemente de los demás cuadros de otras férias.

Así, pues, á instancia del dueño de la casilla donde reza el número 46, vamos á penetrar y á tomar asiento en ella, siquiera sea como simples espectadores, por más que á lo último, cuando hayamos tomado detalles para el cuadro, nos dejemos tambien seducir por la linda mujer que, en combinacion con otras cuantas, venga á ofrecernos una y otra caña de manzanilla, con el deliberado propósito de alegrarle á uno el corazon, cuando no excesivamente la cabeza.

Ved á un lado las figuras principales. Allí están Esperanza, Reyes, Luisa y Manuela, y

otras personas más que componen el total de la fiesta.

Entre las figuras no se echa de ver la llamada Carlota, sevillana que yo me sé, capaz de hacer llorar de sentimiento con una copla cantada á la guitarra á los mismísimos Hércules de piedra que presiden la Alameda.

Si ella estuviera en la casilla, la fiesta sería completa y la alegría general; pero sabido es que en el mundo nada hay completo, y todo es relativo.

Pero si no puede presentarse al lector tal como ella es *de por sí* en el ejercicio del canto, voy á bosquejar en dos pinceladas su retrato, á ver si su rostro deja algo que desear al más exigente.

Quizás por aquello de que la belleza perfecta reside, segun algunos, en la mujer de escasa estatura, Carlota es de estatura pequeña. Y porque la gracia (sin que nadie lo diga), se halla allí donde nace, es asimismo graciosa, y ¡vive Dios! que, como dijo el otro, tanta es la que posee, que un doblon, y cuenta que es lo más que yo podria tener, diera de buen grado por *describilla*.

Su mata de pelo, que es del color de las moras maduras, cae de una manera tan par-

ticular sobre su frente, y hace allí la luz tales arabescos de sombras, que lo mejor, lo confieso, es mirar hácia otro lado; su nariz, ni grande ni pequeña, es de una correccion clásica; sus lábios... á propósito, Heine ha dicho de una mujer que sus lábios eran semejantes á dos rimas, y yo digo con el poeta aleman, que las de Carlota son de las acabadas en *oria*, como *gloria*, por ejemplo; sus mejillas son de un moreno aterciopelado, que recuerdan lo delicado del albaricoque; y en cuanto á los ojos, que á propósito he dejado para lo último, vistos de soslayo, que es como únicamente pueden mirarse, por mí aseguro que siempre que los miro rompo sin querer en seguidillas, y digo:

Calculo que seiscientas
son tus pestañas,
cada pestaña negra
es una espada.
Cuando las mueves,
con seiscientas espadas,
niña, me hieres.

Pero la guitarra ha acompañado mi seguidilla, y Manuela y Luisa, aprovechando el descuido, han empezado á bailar las sevillanas, danza clásica de las casillas.

Principiado el baile y rota la descripcion que venia haciendo, aprovecha así mismo el tema de los ojos, Esperanza, y da incremento á la fiesta cantando con voz dulcísima la siguiente copla, y enviando con su garganta noramala todos los tubos de plata.

Son tus ojos tan vagos
que cuando miras,
donde pones se ignora
tus dos pupilas.
Miras de modo
que sin mirar á nada
lo miras todo.

Mientras la guitarra preludia y suenan las castañuelas, canta tambien Tulio esta otra copla:

De tus ardientes ojos
tras las pestañas,
hay rayos de luz negra
que muerte lanzan.
Cruja el incendio,
y en él chisporrotee
roto mi cuerpo.

Al sonar la voz del cantador van los brazos de las bailadoras por los aires formando airosos movimientos, inclínanse levemente los talles, los ojos se fijan con modestia en el

suelo, y á cada una de las vueltas de las figuras, la mantilla enseña dentro de su gracioso marco un rostro lleno de frescura y de poesía.

Esperanza vuelve á cantar:

Mar adentro en tus ojos
boga mi anhelo
buscando en tus entrañas
seguro puerto.
Rota mi barca,
cielo y agua descubro,
nunca la playa.

—¡Viva ella, viva ella!—grita dando palmadas Federico, en tanto que José le alarga una caña de manzanilla.

—Por la de V., serrana,—dice uno.

—Que sea.

—¡Olé y olé! ¡Vamos allá!

Los cristales chocan, las copas centellean como diamantes, y Tulio vuelve á cantar:

Por traidores tus ojos
voy á enterrarlos,
no sabes lo que cuesta,
niña, el mirarlos.
Sobre su losa
he de escribir con besos:
"aquí reposan."

Y añade Esperanza:

"Aquí yacen dos ojos,
dirá en tu nicho,
dos ojos tan oscuros
como el delito.
Tú, caminante,
pasa pronto no sea
que muertos maten."

Bailadas seis seguidillas, ya que pasaron las tres primeras, que es la regla establecida, las palmadas cesan, los bastones dejan de dar en el suelo, siéntanse las bailadoras, y entre copas de vino de color de pluma de canario, la fiesta pónese á ver desfilar la gente, siempre oyendo los sones de la guitarra.

A la entrada de la féria, donde está la famosa calle de San Fernando, la gente resbala bajo una inflamada bóveda de puntos de gas como á través de un incendio maravilloso; músicas y organillos atruenan los aires haciendo moverse en las demás casillas infinita série de parejas que repican las castañuelas ó van dando vueltas vertiginosas; las luces de los faroles llamean dentro de las tazas de porcelana; cruzan acá y allá grupos de graciosas mujeres con las mantillas sobre los rostros y el peinado lleno de flores, y á

uno de los lados de la féria distínguense las pintorescas buñolerías, con sus lazos de colores, sus blancas sábanas guarnecidas de primorosos encajes, y su hornillo á la puerta, donde la verbosa gitana charla y acciona, entre ocurrentes donaires, invitando á la gente á pasar á su establecimiento.

A otro lado extiéndese toda la série de tiendas de muñecos, frente á la cual álzase tambien la no menos larga de teatros y polichinelas. Excita el *franchute*, de larga perilla, con trabajoso discurso, á ver en el cuarto de lona la cabeza parlante, la rara mujer magnética y el mónstruo que mide incomprensible número de metros, y allá, sobre el fondo negro de la noche, aparece de pronto y sube los aires un ondulante cohete parecido á fabulosa serpiente, el cual traza su elegante arco luminoso en el cielo, estalla en grande y lejano tronido, y baja por último temblando hasta el suelo, en brillante explosion de lágrimas de oro.

La gente pasa una vez, y otra, y cien, por delante de las casillas; los rumores de las guitarras y de las castañuelas son generales en toda la féria, y pronto la animacion y el movimiento aturden los ojos y caldean la

cabeza, que se llena de ardientes delirios y poéticas quimeras.

El ganado muje ó relincha á espalda de las tiendas, esperando el rayar del dia, para lucir su lana hecha ondas de nieve, ó su gallarda cola presa en alegre rosario de borlas pintorescas.

Un buey que se ve echado, entre la oscuridad, sobre un lecho de broza, hace entrar por su boca, con serena pausa, las verdes hojas de cebada, entre desviaciones de uno y otro lábio, mientras su cola permanece echada sobre los flancos, como la de un leon que reposara de su fatiga.

VIII

DESDE LA GIRALDA

En medio de una circunferencia de muchas leguas, tapizada de verdes sembrados y pomposas arboledas; sobresaliendo cien piés de la poblacion, que alegre y rumorosa se agita á los piés del coloso; luciendo su grandioso cuerpo de campanas que se bambolean en los enormes cepos de madera, cuando el

repique hace ensordecer la torre; llenos de afiligranadas labores los cuatro frentes, y alta, y gentil, y espiritual, la Giralda de Sevilla eleva la punta de su veleta hasta el pálio rosado de las nubes, y destaca su enorme silueta, de tonos oscuros, en un ambiente bañado de luz ofuscadora, ungido por la dulce fragancia de los azahares.

No tiene esta reina de piedra, para llegar á su corona, la escalera de torcido caracol de otras alturas, donde parece flota el vértigo entre la lobreguez de los muros y los huecos y hendiduras que van quedando sobre los abismos: la Giralda tiende su cuadrada carretera desde el cimiento á la altura, por la cual pudieran galopar caballos, y llega hasta la espléndida meseta de las campanas.

Desde ésta al remate, un formidable espárrago oculto á la mirada, taladra la masa de piedra, y guia y conduce hasta los 50 piés de altura que recorre, por los cuales, sólo un ágil mono seria capaz de caminar sin incertidumbres y tocar los piés de la estátua colosal que sirve de remate á la torre, en cuya cabeza chispea el último destello del sol.

Desde la meseta del *cuadro*, donde la mole se adelgaza notablemente sin perder nada

de su gentileza, la ciudad ofrece á los ojos uno de los más hermosos panoramas del mundo.

Por uno de los frentes se destacan los campos de Tablada, con sus llanuras interminables, sus vacadas paciendo en la yerba, y sus confusas lontananzas, que tienen el encanto de lo vago y lo indefinido.

Por otro lado vése el resplandeciente zigzag del rio, tendido en escorzo sobre un campo de verdura, y colocado entre las Delicias y el apartado barrio de la Huerta. La elegantísima Torre del Oro destácase al borde del rio, convidando con su histórico aspecto á la evocacion de fantásticas leyendas.

Por otro de los frentes, mírase, monstruosamente tendida ante los ojos, una masa inmensa de poblacion cuya monotonía rompen porcion de miradores y cúpulas de iglesias; á un lado distínguese la oscura y dilatada hilera de los Caños de Carmona, que se aleja perdiéndose entre casas y arboledas.

Por el último frente de la torre, dáse vista al populoso barrio de Triana que separa de la poblacion el decantado Guadalquivir, en el cual los buques se alzan inmóviles junto

al muelle, enseñando el profuso laberinto de sus mástiles. Del lado allá de la márgen, se ve, entre espesos y opulentos árboles, la famosa Cartuja, con sus grandes chimeneas en forma de cono, su remate de nave de iglesia, y su aspecto reposado de monasterio.

Cerca de la Cartuja, echa sus tremendas columnas sobre el rio el hermoso puente de hierro, donde el tren levanta, al pasar, el horrísono estruendo que acompaña al derrumbarse de una montaña.

La estacion del ferro-carril, deja ver tambien sus cruces, líneas y vagones, como una operacion de álgebra trazada sobre la tierra.

En el frente del barrio de Triana, únense y mézclanse en abigarrada armonía, la graciosa azotea salpicada de flores, la ventana casi hundida sobre el rio, la canal impensada saliendo de en medio de un muro, y toda la série de incidentes, que se admiran en los elegantes cuadros de García Ramos.

Alzada la vista del paisaje, y encerrada despues en la torre, se observa con deleite el musgo que arraiga y medra allí donde sólo van á rozar su vuelo las águilas, y donde truena y zumba el huracan como imponente

tromba, mientras abajo se enerva la gente entre las pausas solemnes de la siesta.

Los filos de la piedra aparecen roidos por el aire, como si el fluido invisible tuviera los terribles dientes de la pantera; las piedras separáronse unas de otras, á medida que el viento picó con su cincel la ruda argamasa con que sueldan las catedrales sus ciclópeas junturas.

Admira el conturbado ánimo que no se tronche la torre como delicado tallo de azucena, al bramido espantoso del huracan, que hace crugir las maderas de las campanas, arranca granos de piedra á los sillares, mueve con fantásticas ondulaciones los cordeles, y pasa dilatando su racha en el espacio, que abierto y ávido, lo recibe en su seno, inmutable y fijo como la torre.

El gigantesco terraplen que corona las naves de la catedral, lleno de cúpulas y puentes tendidos sobre arcos, con que le adornó el afiligranado ojival florido, es presidido por el tremendo cíclope, á cuyas alturas no llegan, débiles en su vuelo, los vencejos, á colgar sus nidos de los mechinales. El nublado de golondrinas va y viene sobre los remates de las cúpulas y en torno

de los aleros y repisas de aquel monstruoso cuerpo de la catedral, que tiene escamas de piedra roidas por las centurías, horrible vello de musgo repartido por la áspera epidermis y cabellera de matas silvestres que crecen en todos los huecos y anfractuosidades.

Cuando en una solemnidad religiosa, las campanas plañen, con fragores épicos, y bajo el enorme techo de la catedral el órgano derrama su catarata, haciendo resonar las altas columnas como las cuerdas de un colosal instrumento, el corazon queda aterrado en aquellas alturas, con el paisaje de una espléndida ciudad por delante, un rio espaciado de banda á banda sobre campo sin límites, y las armonías del órgano y de las campanas, resonando como música del dia del juicio por la vasta amplitud de las esferas.

El terror del ciclon en el desierto, y de la galerna en el mar; la vista de las pirámides, la contemplacion de un cuadro de Miguel ó Angel, son sólo comparables al sentimiento religioso que se apodera del ánimo, cuando desde lo alto de la Giralda se oye tronar el repique del *Sábado de Gloria*, y se percibe tras la cóncava techumbre del templo el

Gloria in excelsis Deo, acompañado por las voces de la clerecía y los rugidos imponentes del órgano.

—«*Gloria in excelsis Deo*»—repite aterrado el espíritu, como si su voz saliese de un microscópico gusano, y se perdiese, sin ser oida de nadie, en el concierto.

Así es la terrible emocion. Colocado á la vista de tanta magnificencia, y poseido del profundo y bello terror que conmueve y transfigura al artista, sólo se tiene lábios para alabar á Dios, porque Dios únicamente es quien destella por encima de tanta grandeza.

ÍNDICE

	Páginas
El baño de los chiquillos	11
La Sombra	23
El Casorio	33
Tarde de Junio	43
La Fuente	51
La lluvia	59
Cuadro campestre	67
La faena de naranjas	77
La casa de campo	89
Buscando nidos	103
El paleto de visita	113
La peseta y el sol	125
La primera salida	135
La granizada	149
El riego en la huerta	157
La caja de pasas	169
El recodo del camino	181
El movimiento de las hojas	193
El doctor Centurias	203
El palo del telégrafo	215
El monton de basura	223
La trilla	233
Paisaje de Setiembre	241
Semana Santa en Sevilla	253